J.M.G. LE CLÉZIO

LA RONDA Y OTRAS NOTAS ROJAS

OCEANO

HOTEL DE LAS LETRAS

LA RONDA Y OTRAS NOTAS ROJAS

JEAN-MARIE GUSTAVE LE CLÉZIO

OCEANO

Edición: Martín Solares
Diseño de portada: Éramos tantos

LA RONDA Y OTRAS NOTAS ROJAS

Título original: LA RONDE ET AUTRES FAITS DIVERS

© 1982, Éditions Gallimard
Traducción: Iván Salinas

D.R. © 2016, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Eugenio Sue 55, Col. Polanco Chapultepec
Del. Miguel Hidalgo, C.P. 11560, México, D.F
info@oceano.com.mx
www.océano.mx

Primera edición en libro electrónico: julio, 2016
eISBN: 978-607-735-991-3

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o trasmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y por escrito del editor.

Libro convertido a ePub por:
Capture, S. *A*. de C. V.

LA RONDA

Las dos muchachas decidieron encontrarse ahí, en el sitio donde la calle de la Libertad se ensancha y forma una plazuelita. Decidieron darse cita a la una porque la escuela de taquimecanografía empieza a las dos y así tendrían todo el tiempo que necesitaban. ¿Y qué si llegaban tarde? ¿Qué más daba si no las dejaban entrar a la escuela? Eso fue lo que dijo Titi, la mayor, de cabello rojo, y Martine alzó los hombros como hace siempre que está de acuerdo y no tiene ganas de decirlo. Martine tiene dos años menos que Titi, es decir, tendrá diecisiete en un mes aunque aparentan la misma edad. Como suele decirse, lo que le falta es carácter e intenta disimular su timidez detrás de su aire ceñudo; y lo hace, por ejemplo, cuando encoge los hombros para decir sí o no.

En todo caso, aquello no fue idea de Martine. Tampoco de Titi, pero ella fue la primera en hablar al respecto. Martine no pareció muy sorprendida, no se escandalizó, sólo encogió los hombros. Y fue así como las dos chicas se pusieron de acuerdo. Eso sí, discutieron un poco sobre el lugar. Martine quería hacerlo fuera de la ciudad, como en los Molinos donde no había casi nadie; pero Titi, al contrario, dijo que era mejor en plena ciudad donde pasaba la gente; tanto insistió que al final Martine encogió los hombros. En el fondo, le daba lo mismo si era en plena ciudad o en los Molinos, era una cuestión de suerte, nada más. Eso pensaba Martine, pero no consideró adecuado decírselo a su amiga.

Durante todo el rato que duró la comida con su madre, Martine casi no pensó en la cita. Cuando lo hacía le asombraba darse cuenta de que le daba igual. De seguro no era lo mismo para Titi. Ella tenía días y días dándole vueltas al asunto, de seguro lo comentó mientras se comía un sándwich sentada en una banca con su novio. De hecho, quien primero habló de prestarle el velomotor a Martine fue él, pues ella no tenía uno. Pero no es posible saber lo que él piensa al respecto. Incluso cuando está furioso o aburrido, no se puede leer nada en sus ojos pequeños y entornados.

Sin embargo, cuando Martine llega a la calle de la Libertad, cerca de la plaza, siente de golpe que su corazón se llena de pánico. Es muy

curioso cuando nuestro corazón tiene miedo: hace «bum bum bum» muy fuerte en el centro del cuerpo y al instante se nos aguadan las piernas como si nos fuéramos a caer. ¿Por qué tiene miedo Martine? No sabe muy bien, su cabeza está fría y sus pensamientos son indiferentes, incluso algo aburridos, como si dentro de su cuerpo hubiese alguien más, lleno de inquietud. En todo caso, aprieta los labios y respira con suavidad para que los otros no vean lo que sucede en su interior. Titi y su amigo están ahí, sentados a caballo sobre los velomotores. A Martine no le cae bien el novio de Titi: no se le acerca para evitar besarlo. Pero con Titi la cosa es distinta. Martine y ella son amigas de verdad, sobre todo desde hace un año, y para Martine todo ha cambiado desde que tiene una amiga. Ahora le teme menos a los chicos, y también tiene la impresión de que ya nada puede afectarla porque cuenta con una amiga. Aunque no es bonita, Titi sabe reírse y posee un par de hermosos ojos gris verde; por supuesto, su cabello rojo es un poco excéntrico, pero el aire que le da le queda bien. Tila siempre protege a Martine de los chicos. Como es una chica linda suele tener problemas con ellos; cuando eso sucede, Titi la ayuda. A veces tiene que repartir patadas y puñetazos.

Quizás a quien se le ocurrió primero la idea fue al novio de Titi. Es difícil decirlo porque hace mucho que casi todo mundo tiene ganas de intentarlo, aunque los chicos siempre hablan mucho y no hacen gran cosa. Entonces Titi dijo que les iban a enseñar, que no se iban a echar para atrás y que los hombres y las mujeres de la banda se podían ir muy pero muy lejos; después de eso Martine ya no tendría nada que temer. Ésa es la razón por la que Martine siente latir su corazón con tanta fuerza en su caja torácica, porque es un examen, una prueba. Hasta ahora lo piensa, pero al ver a Titi y al muchacho sentados en los velomotores en la esquina de la calle mientras fuman al sol, entiende de golpe que el mundo espera algo, que algo suceda. Sin embargo, la calle de la Libertad está tranquila, no hay mucha gente. Las palomas caminan al sol en la orilla de la banqueta y en el agua que corre, y mueven mecánicamente sus cabezas. Es como si de todas partes, en los oídos de Martine hubiese surgido un vacío intenso, angustioso y estridente, un vacío que suspende una amenaza en lo alto de los edificios de siete pisos, en los balcones, detrás de cada ventana o en el interior de cada auto estacionado.

Martine se inmoviliza, siente el frío del vacío dentro de sí, hasta en su corazón, mientras un poco de sudor le humedece las palmas de las manos. Titi y el muchacho la observan con los ojos entornados por la luz del sol. Le hablan, aunque ella no los escucha. Debe estar muy pálida; sus ojos permanecen fijos, sus labios tiemblan. Luego, de pronto, todo eso desaparece y se pone a hablar sin saber muy bien lo que dice, su voz suena un poco ronca.

«Bueno. Entonces qué, ¿vamos? ¿Nos vamos ya?»

El muchacho se baja del velomotor. Besa a Titi en la boca y luego se acerca a Martine, quien lo rechaza con violencia.

«Anda, déjala.»

Titi enciende su velomotor y se pone al lado de Martine. Entonces las dos avanzan dando acelerones. Ruedan un momento por la banqueta y luego bajan juntas por la calzada en el carril del autobús, una al lado de la otra.

Ahora, mientras va rodando, Martine ha dejado de sentir el temor en el cuerpo. Quizá las vibraciones del velomotor, el olor y el calor de la gasolina han llenado todo el vacío que había en ella. A Martine le gusta andar en velomotor, sobre todo cuando hay mucho sol y el aire está frío, como hoy. ¡Cuánto le gusta colarse entre los autos con la cabeza un poco de lado para que el aire no le entre a la nariz e ir rápido! Titi tuvo suerte, su hermano le dejó su velomotor —bueno, decir dejó es demasiado: el hermano espera que Titi le pague algo de dinero. El hermano de Titi no es como la mayoría de los muchachos. Es un buen chico que sabe lo que quiere, no se la pasa inventando cualquier cosa, como los otros, para hacerse respetar. A decir verdad Martine no piensa en él, sólo unos cuantos segundos, como si estuvieran juntos en su gran moto Guzzi y a toda velocidad por la calle vacía. Ella no sólo siente el viento en el rostro cuando se pega al cuerpo de él con ambas manos, sino también el vértigo de las curvas, ahí donde la tierra gira sobre sí misma, como en un avión.

Las jóvenes bordean la banqueta, hacia el oeste. En el cénit, el sol quema y el aire no logra disipar esa especie de sueño que pesa sobre el asfalto de la calle y el cemento de las banquetas. Las tiendas están cerradas y las cortinas de hierro están abajo, lo que acentúa aún más la impresión de torpeza. Al pasar, con todo y el ruido de los velomotores, Martine escucha el gorgoteo de los televisores que hablan completamente solos en el primer piso de los edificios. Se escucha una voz de hombre y una música que suena extraña en el sueño de la calle, como si estuvieran dentro de una gruta.

Ahora Titi va adelante, toda erguida sobre el asiento del velomotor. Sus cabellos rojos flotan al viento y su chamarra de aviador se hincha en la espalda. Martine va tras ella siguiendo la misma línea, y cuando pasan frente a los vidrios de los talleres mecánicos distingue con el rabillo del ojo sus siluetas que se deslizan como las siluetas de los jinetes en las películas de vaqueros.

Luego, de pronto, el miedo regresa al interior de Martine y le seca la garganta. Acaba de darse cuenta de que la calle no está del todo vacía, que todo eso está como arreglado de antemano, que las dos se acercan a lo que va a suceder y no pueden desviarse. La angustia es tan fuerte que todo se mueve frente a los ojos de Martine como

cuando uno está a punto de desmayarse. Quisiera detenerse y recostarse en cualquier sitio, en el suelo o contra un rincón del muro, con las rodillas pegadas al pecho para contener los latidos del corazón que emiten ondas por todo su cuerpo. Su velomotor baja la velocidad, zigzaguea en la calzada. Frente a ella, a lo lejos, Titi continúa sin voltear, toda erguida sobre el asiento de su velomotor mientras la luz del sol brilla en su cabello rojo.

Lo que resulta especialmente terrible es la gente que espera. Martine ignora dónde están y quiénes son, aunque sabe que están ahí, por todas partes, a lo largo de la calle, mientras sus ojos despiadados siguen la carrera de los dos velomotores. ¿Qué están esperando? ¿Qué es lo que quieren? ¿Aguardarán en lo alto de los edificios blancos, tal vez ocultos detrás de las cortinas? ¿Y si están muy lejos, dentro de un auto estacionado, observando con binoculares? Mientras su vehículo baja la velocidad en la calzada, cerca del cruce, Martine ve aquello en el espacio de unos segundos. Sin embargo, un instante después Titi va a mirar hacia atrás, a desandar el camino y a decir: «¿Y entonces? ¿Y entonces? ¿Qué te pasa? ¿Por qué te detienes?».

Martine cierra los ojos y saborea aquellos segundos de noche roja en medio de la jornada cruel. Cuando vuelve a abrirlos la calle está aún más desierta y blanca; bajo los rayos del sol se derrite el gran río de asfalto negro. Al igual que momentos atrás, Martine aprieta los labios con fuerza para no dejar que se le escape el miedo. A los demás, a esos que observan, a los agazapados detrás de sus postigos o de sus autos, a todos esos los odia con tanta fuerza que sus labios empiezan a temblar de nuevo y siente que el corazón se le quiere salir del pecho. Tan rápido van y vienen todas estas emociones que Martine siente cómo la invade una especie de embriaguez, como si hubiese bebido y fumado en exceso. Aún ve, con el rabillo del ojo, los rostros de aquellos que esperan y observan, los cochinos agazapados detrás de sus cortinas y sus autos. Hombres de rostros gruesos y ojos hundidos, hombres hinchados que sonríen apenas y en cuya mirada brilla un fulgor de deseo, un chispa de maldad. Mujeres, mujeres de rasgos duros que la observan con envidia y desprecio, y también con temor. Luego están las caras de las chicas de la escuela de taquimecanografía, rostros de chicos que se dan la vuelta y se acercan gesticulando. Ahí están todos, Martine adivina su presencia detrás de los vidrios de los bares, en los rincones de la calle que el sol vacía.

Cuando echa a rodar de nuevo ve a Titi detenida en el cruce siguiente, en la parada del autobús. Titi, volteada a medias sobre el asiento de su velomotor, tiene el cabello rojo contra el rostro. Fila también está muy pálida pues el miedo afecta el interior de su cuerpo y le forma un nudo en la garganta. De seguro lo que da miedo es el sol, el cielo desnudo y sin nubes sobre los siete pisos de los edificios

nuevos.

Martine detiene el velomotor al lado de Titi y ambas se quedan inmóviles, con la mano en el acelerador y sin decir nada. No se hablan, no se miran. Saben, ahora, que la ronda va a empezar, y por ello sus corazones laten con fuerza, pero ya no de inquietud sino de impaciencia.

La calle de la Libertad está vacía y blanca con aquel sol en el cénit que aplasta las sombras, las banquetas desiertas, los edificios que parecen ojos cerrados, los autos que ruedan en silencio. ¿Cómo puede estar todo tan tranquilo, tan lejano? Martine piensa en los motores de las motocicletas que pueden estallar como el ruido de los truenos, y por un instante ve que la calle se abre y se precipita bajo las llantas que la devoran mientras las ventanas explotan en mil migajas que cubren el asfalto con minúsculos triángulos de vidrio.

Todo aquello es su culpa, sólo de ella: la señora de saco azul espera el autobús sin observar a las muchachas, un poco como si estuviese durmiendo. Tiene la cara enrojecida porque caminó bajo el sol y la camisola blanca se le pega a la piel debajo del saco de su conjunto azul. Sus ojos pequeños están hundidos en las órbitas y no ven nada, o ven apenas furtivamente hacia la parte de la calle de donde debe venir el autobús. En su muñeca derecha mece un bolso negro de piel, herrado con un cierre de metal dorado que lanza chispas de luz. Sus zapatos son negros también, un poco arqueados debido al peso de su cuerpo y gastados de la parte interna.

Martine observa a la señora de saco con tanta insistencia que ésta se voltea. Sin embargo, sus ojos pequeños están tan escondidos por la sombra de las cejas que Martine no puede encontrar su mirada. ¿Por qué intentar cruzar miradas? Martine no sabe qué tiene aquella mujer, qué es lo que la altera y la inquieta y la irrita al mismo tiempo. ¿Acaso se debe a que en ese lugar hay demasiada luz, una luz cruel y dura que vuelve pesado el rostro de la mujer, haciendo que su piel transpire y que unos rayos puntiagudos brillen en el cierre dorado de su bolso de mano?

De golpe Martine acelera y el velomotor salta en la calzada. Siente enseguida el aire en el rostro y su estupor desaparece.

Rueda rápido, seguida de Titi. Los dos velomotores avanzan con estruendo por la calzada desierta, se alejan. La señora de azul las sigue con la mirada un momento, observa los velomotores dar vuelta dos calles más adelante hacia la derecha. El ruido agudo de los motores se apaga de pronto.

A unas cuantas cuadras, no muy lejos de la estación, el camión azul de mudanzas comienza a rodar cargado con muebles y cajas. Es un camión viejo, de ruedas altas, pintado con un azul infecto y brutalizado desde hace varios millones de kilómetros por sucesivos

choferes a fuerza de frenar bruscamente y de golpear contra la palanca de velocidades. Frente al camión azul la calle estrecha está repleta de coches estacionados. Al pasar cerca de los bares el chofer se asoma, pero lo único que ve es la sombra al fondo de las salas. Resiente el cansancio y el hambre aunque tal vez se trate de la luz, demasiado dura, que se refleja en el asfalto de la calzada. Entrecierra los ojos, gesticula. El camión azul va con rapidez por toda la calle estrecha y el rugido de su motor se amplifica en las puertas de los garajes. En la plataforma trasera los muebles rechinan, los objetos chocan entre sí dentro de las cajas embaladas. El olor pesado del gasóleo llena la cabina, se extiende afuera dejando su rastro en una humareda azul a lo largo de la calle. El viejo camión se tambalea y rueda sobre los baches, va derecho y a toda velocidad, como un animal enojado. Las palomas se echan a volar frente al vehículo que atraviesa la calle, una más, casi sin reducir la velocidad. Acaso el millón de kilómetros que ha circulado por las calles de la ciudad le otorguen el derecho de pasar por ahí.

Segunda, tercera, segunda. Las velocidades rechinan, se oyen los golpes, el estruendo del motor. En los escaparates de las tiendas la silueta azul pasa con rapidez como un animal furioso.

Allá, al borde de la banqueta, la señora con saco azul sigue esperando el autobús. Acaba de consultar su reloj por tercera vez aunque las manecillas parecen haberse bloqueado en aquella insignificancia: una con veinticinco. ¿En qué está pensando? Su cara enrojecida permanece impasible, la luz del sol marca apenas las sombras de sus órbitas, la nariz, el mentón. Bien iluminada de frente parece una estatua de yeso, inmóvil a la orilla de la banqueta. Sólo la piel negra de su bolso de mano y sus zapatos parece estar viva, lanzando reflejos de luz. Su sombra está amontonada a sus pies como un despojo, un poco echada hacia atrás. Acaso ya no piensa en nada, ni siquiera en el autobús número siete que debe irse acercando y que en alguna parte recorre las banquetas vacías, deteniéndose para recoger primero a dos niños que van al liceo y luego, aún más lejos, a un viejo de traje gris. Aunque sus pensamientos se han detenido, éstos también esperan en silencio. Lo único que hace la mujer es mirar; a veces ve un velomotor que pasa con el sonido de la fricción de su cadena, otras veces un auto que se desliza sobre el asfalto con un ruido caliente de calle mojada.

Todo es tan lento y, sin embargo, hay una especie de relámpagos que golpean el mundo, signos que relucen a lo largo de la ciudad, destellos dementes de luz. lodo está tan tranquilo, se diría que al borde del sueño, y no obstante hay cierto rumor y gritos contenidos, una cierta violencia.

Martine rueda frente a Titi, se pierde a toda velocidad en las calles

vacías. Al dar la vuelta inclina tanto el velomotor que el pedal raspa el suelo y suelta manojos de chispas. El aire caliente provoca que le lloren los ojos, le aplasta la boca y la nariz, obligándola a voltear un poco la cara para poder respirar. Titi va unos cuantos metros detrás con el cabello rojo ondeando al viento, embriagada ella también por la velocidad y el olor a gasolina. La ronda las conduce lejos, por el centro de la ciudad, antes de traerlas de vuelta poco a poco, calle por calle, hacia la parada de autobús en donde sigue esperando la señora del bolso negro. También las embriaga el movimiento circular, el movimiento contra el vacío de las calles, contra el silencio de los edificios blancos, contra la luz cruel que las encandila. La ronda de los velomotores hace un surco indiferente sobre el suelo y lanza un llamado: para colmar aquel vértigo, el camión azul y el autobús verde también ruedan por las calles, cerrando así el círculo.

En los edificios nuevos, al otro lado de las ventanas parecidas a ojos apagados, las personas desconocidas viven apenas escondidas por las membranas de sus cortinas, enceguecidas por la pantalla perlada de sus televisores. No ven la luz cruel ni tampoco el cielo; no oyen la llamada estridente de los velomotores que forman una especie de grito. Incluso quizás ignoren que sus hijos son quienes dan vueltas a la ronda, que son sus hijas con el mismo rostro delicado de la infancia y los cabellos enredados por el viento.

En las celdas de sus departamentos cerrados, los adultos no saben qué sucede allá afuera, ya no quieren saber quién anda dando vueltas por las calles vacías sobre un velomotor demente. ¿Cómo podrían saberlo? Viven prisioneros del yeso y la piedra. El cemento invadió sus carnes, obstruyéndoles las arterias. En la pantalla gris de la televisión hay caras, paisajes, personajes. Las imágenes se encienden, se apagan, hacen vacilar el fulgor azul en los rostros inmóviles. Afuera, a la luz del sol, sólo hay lugar para los sueños.

Entonces la ronda de los velomotores se cierra aquí, en la gran calle de la Libertad. Ahora los velomotores van todo derecho, dejando tras de sí aquellos edificios, árboles y cruceros. La mujer de saco azul está sola, a la orilla de la banqueta, como si estuviese durmiendo. Los velomotores ruedan a unos centímetros de la banqueta. El corazón ha dejado de latir a cien por hora. Ahora late más tranquilo y las piernas han cobrado confianza, las manos ya no están húmedas. Los velomotores ruedan a la misma velocidad, uno al lado del otro, y su ruido está tan sincronizado que podrían tumbar los puentes y las paredes de las casas. Hay hombres en la calle, agazapados en sus autos estacionados, escondidos tras las cortinas de sus cuartos. Pueden espiar con sus ojos entrecerrados, pero ¿y eso qué?

Casi sin disminuir la velocidad, el primer velomotor se sube a la banqueta y se acerca a la señora vestida de azul que, justo antes de

caer, ve a Martine seguir su camino a unos centímetros de la banqueta. La mujer observa al fin a la chica con sus grandes ojos abiertos, haciendo visible el color de su iris, el cual ilumina su mirada. Pero aquello sólo dura una centésima de segundo y al instante siguiente se oye el grito de la señora que resuena en la calle, un grito de sufrimiento y sorpresa mientras los dos velomotores huyen hacia el cruce.

El viento cálido sopla de nuevo. El corazón de Martine se agita en su caja torácica; en su mano, que aprieta el bolso negro, hay algo de sudor. Y en su interior un vacío, sobre todo, pues la ronda ha llegado a su fin. Ya no puede haber más embriaguez. Lejos, más adelante, Titi va a toda velocidad con el cabello rojo flotando al viento. Su velomotor es más rápido, llega al cruce y se va. Pero en el momento en que el segundo velomotor rebasa el cruce, el camión de mudanzas azul emerge de la calle, idéntico a un animal, y con la parte delantera atrapa y aplasta al velomotor de Martine contra el suelo provocando un terrible estruendo de vidrio y metal. Las llantas frenan con un aullido.

El silencio regresa a la calle, al centro del cruce. En la calzada, a espaldas del camión azul, el cuerpo de Martine está acostado, doblado sobre sí mismo, como una sábana. En ella no hay dolor, no todavía, mientras observa el cielo con los ojos muy abiertos y la boca le tiembla un poco. Sin embargo, poco a poco la invade un vacío intenso e insoportable conforme la sangre escurre en meandros negros de sus piernas fraccionadas. El bolso de piel negra que quedó en la calzada, no muy lejos de su brazo, como si lo hubiese olvidado sin darse cuenta, lanza a los ojos unos destellos asesinos con su cierre de metal dorado.

MOLOCH

Hoy, 15 de agosto de 1963, la joven llamada Liana está sola, sentada al fondo de la sala, en la banca forrada de tela imitación piel color verde oscuro. Afuera, el calor pesa en las paredes de lámina y el techo plano, y adentro no hay un soplo de aire a pesar de que las ventanas están abiertas. A los pies de Liana, Nick jadea pesadamente. Es el único ruido al interior del remolque, aunque cada tanto se oye, a lo lejos, el motor de una sierra de cinta o de una moto, incluso el inusual grito de un niño que provoca que la joven se estremezca. Con el calor, el silencio pesa, ahoga, aprieta la cabeza e impide pensar como si en verdad no hubiese nadie, nadie a leguas a la redonda.

Hace tanto que Liana no ha visto a nadie. La última vez fue… ¿serían dos, tres días atrás? Ho lo sabe muy bien, apenas puede activar su espíritu para buscar recuerdos. Cuando lo hace, algo se enciende en ella como si se le endureciera un músculo, al igual que los nervios diminutos hacen temblar el párpado o la mejilla. Cuando eso sucede, abandona la búsqueda. Entonces se levanta, camina un poco por todo el remolque con los pies descalzos sobre la alfombra rugosa y marcada con quemaduras de cigarros. El piso del remolque tiembla bajo su peso. El perro lobo se levanta con las orejas apuntando hacia delante, luego deja caer la cabeza y se vuelve a dormir, o al menos finge hacerlo. Él tampoco ha visto a nadie en días, aunque quizá todo eso le importa poco. Nadie le cae bien, no necesita a nadie.

Se llama Nick. No fue ella quien le puso ese nombre. Fue Simón, cuando llevó al perro. Sólo dijo: «Se llama Nick». El perro estaba tan pequeño que apenas podía mantenerse sobre las patas y defecaba sobre la alfombra. Liana lo quería de todos modos y habría deseado ponerle un nombrecito tierno y empalagoso, pero Simón dijo que se llamaba Nick y sanseacabó. Entonces ella aceptó el nombre que, para un perro lobo, sonaba bien.

Cuando Liana observa a Nick, nada se anima en su interior, aún puede recordar aquel tiempo sin que le duela, pero debe pensar sólo en el perro y en nada más. Si no, aparece el vértigo, una especie de viento que da vueltas en su cabeza, un viento que vacía, paraliza.

Nick es un gran perro lobo de pelo blanco y gris con un collar de

pelos negros y una cola gris oscura. La punta de las patas es blanca, tiene una especie de lunares en cada mejilla, bigotes largos y tiesos y manchas negras le coronan cada ceja. Tiene un par de ojos amarillos marcados con una pupila bien negra que lo ven a uno al fondo de los ojos hasta que uno se ve obligado a desviar la vista. Liana intenta imaginarse ahora su mirada y, sin darse cuenta de inmediato, los ojos que aparecen son los de Simón, amarillos también, duros, insistentes y con una estrellita de luz que brilla al centro de las pupilas, ennegreciéndolas aún más. Los ojos la observan largamente, y el silencio al interior del remolque es tan intenso que cava un pozo insoportable. ¿Por qué la observan así esos ojos durante todo ese tiempo? Se dice que intentan ver en su interior, ir hasta el fondo para quemarla, matarla. Entonces siente que las agujas negras de aquellos ojos negros la perforan, y suelta un grito.

El perro lobo se vuelve a levantar y la observa, la mitad de su cuerpo en alerta. Gomo Liana ya no dice nada y se queda estática, el animal relaja poco a poco los músculos. Sin embargo, su cabeza ya no descansa en el tapete apoyada entre sus patas. Sus ojos amarillos permanecen bien abiertos.

«No es nada, Nick, no es nada», dice Liana, quien se da cuenta de que apenas tiene fuerza para murmurar. Aquello parece una mentira porque todo su cuerpo es sacudido por temblores, mientras el sudor le humedece la frente, la espalda, la palma de las manos.

¿Qué hora es? La una, ¿o más tarde? Si la televisión funcionara todavía podría ver si ya pasó el noticiario. Pero el aparato se descompuso la semana pasada: se quemó de una buena vez por todas soltando un humo sofocante.

Pero aún no da la una ni por asomo, porque la carretera, allá, al fondo del terreno baldío, no ha producido ningún ruido de nuevo. Cuando van a dar las dos, se escuchan los rugidos de los motores, sobre todo los camiones pesados. Por el momento siguen estacionados a la entrada de la ciudad, donde hay cafés y gasolineras. Comen, toda la gente lo hace. Liana piensa de pronto que no ha comido casi nada desde ayer en la noche. Tuvo hambre hace rato y luego se le pasaron las ganas. Le pasa lo mismo, ahora, desde que… Tiene hambre y al instante siguiente siente náuseas. ¿Será por el bebé? ¿Debería ver un doctor como se lo dijo la asistente social, la chica pálida de lentes? Pero a Liana no le gustan los doctores. Siempre quieren tocar, examinar, siempre quieren saber… Si va a ver a un doctor de seguro le hará preguntas, y sus ojos van a brillar. A la gente le gusta tanto hacer preguntas. Tienen ojos que brillan y hablan con la boca húmeda, dicen y preguntan cosas, quieren saber nombres.

A ella Nick no le habla. Nada le pide. Sabe quedarse horas, días sin moverse, sólo escuchando y mirando sin hacer ruido.

El silencio está en todas partes. Liana huele el silencio en su interior, un silencio inagotable. Afuera, en el aire tórrido, en la luz, los árboles están inmóviles: árboles enclenques de follaje gris, eucaliptos, laureles, algunos pinos, palmeras. La tierra está blanca; hay piedras y polvo. Pero Liana no necesita observar el exterior. El silencio que está en todas partes también está en ella formando una mirada que recorre el horizonte, como el haz de un faro que todo lo escruta.

Hace mucho que no ha salido. ¿Dos días, tres? En el remolque sobrecalentado ya no hay nada que detenga el tiempo, nada que retenga el paso de las horas, de los minutos. El péndulo eléctrico se detuvo: de seguro la pila se acabó, aunque Liana ni siquiera ha pensado en cambiarla. ¿De qué le serviría? Ni siquiera sabría ponerlo a la hora. Además, ¿a ella qué más le da la hora? Sólo observa cómo cambia la luz dentro del remolque. En la mañana la luz es pálida y clara, un poco gris. Más tarde, cuando el calor aumenta en el exterior, se vuelve amarilla, brutal, y duele. Para verla, Liana entrecierra los ojos. Luego aparece una luz oblicua, caliente, en la que se ven flotar los granos de polvo como mosquitos. Un poco después surge una luz naranja, suave y bastante tranquila, la luz cansada al final del día que poco a poco se transforma en el velo malva del crepúsculo. Entonces todo se pone gris, pero no gris como en la mañana: un gris que se apaga, lentamente, con el color de la ceniza. Incluso cuando está todo oscuro hay un poco de luz que entra en el remolque: es el reflejo triste de las lámparas allá, en el camino, y la bruma rosada de las luces de la ciudad. Cada tanto aparece el haz de los faros de un auto en movimiento. Se pueden pasar horas viendo la luz que ilumina las paredes del remolque, o los reflejos que corren sobre la tela color verde imitación piel de la banca, sobre la mesa barnizada y sobre la tela con flores de las cortinas.

Liana se mueve lo menos posible. Se siente pesada, muy pesada. Cuando camina, a veces sus rodillas ceden y casi acaba en el piso. Como si tuviese a alguien sobre sus hombros. A veces piensa en Simón, siente el peso de su cuerpo sobre el suyo y se sacude con rabia para quitárselo de encima. Pero el peso desconocido no se va, no la abandona nunca.

Entonces prefiere no moverse. Se queda sentada en la banca, cerca de la ventana o en una silla, con los codos apoyados sobre la mesa.

¿Adónde podría ir? Ahí, en cada rincón y en otros sitios, está la misma tierra blanca, la arena, las piedras puntiagudas, la tierra acre y enceguecedora. Por todas partes se ven los mismos árboles enclenques, los eucaliptos, los laureles, las palmeras roídas por el sol. A lo largo de los caminos hay unos plátanos y unas sábilas a orillas del río. Ellos no se mueven, es cierto. Los árboles y las sábilas permanecen donde nacieron, en la tierra seca que los aprisiona y bajo el sol que los

quema.

En cambio, los otros, los hombres, sabrían encontrarla rápidamente. No podría huir de ellos. Los hombres y las mujeres que se mueven de un lado a otro todo el tiempo, los que van y vienen en sus autos, los motociclistas que circulan con sus cascos en las carreteras junto con los camiones. Ellos saben adónde van, no tienen miedo de perderse, no esperan. Liana sabe que pueden venir en cualquier momento a llevársela, a conducirla a alguna de sus cárceles. Cada día la buscan doctores, policías, asistentes sociales, conductores de ambulancias. Liana les tiene miedo a ellos y a los ruidos que hacen, a su velocidad. Todos recorren las calles en sus máquinas sin descanso. El ruido de sus motores se funde y ruge sobre la ciudad como el ruido de una catarata.

Liana camina cada tanto a lo largo del remolque. Bajo sus pies siente el temblor de las estructuras metálicas mientras el remolque oscila como un barco. Nick levanta de nuevo la cabeza y sigue a su dueña con sus insistentes ojos amarillos. Da un bostezo y luego va hacia la puerta. Quiere salir.

«¿Quieres ir afuera?»

Liana pone la mano en el picaporte. Nick observa la mano con impaciencia, ladra un poco dando gemidos. Lila se da vuelta, busca la correa con los ojos pero no la ve. Quizá se cayó tras algún mueble. Liana está extenuada sin gana alguna de buscarla. ¿Acaso la perdió el otro día cuando fue con Nick al supermercado? No recordaba si Nick tenía correa cuando había vuelto. Ni modo. Abre la puerta y Nick se desliza hacia fuera. Se apura para llegar a la mitad del llano blanco, se parece a un lobo. Liana sabe que va a ir a cazar del lado del río seco, que va a matar gallinas y conejos de las granjas vecinas. Pero eso le da igual. Ls una especie de acuerdo entre él y ella. Puede que vuelva en la noche, cansado y con los ojos rutilantes.

Liana baja los escalones con dificultad. Titubea en la tierra caliente. La enceguece la luz. Tiene que poner la mano derecha arriba de los ojos como visera. Camina todo derecho, hacia la mitad del terreno baldío. De pronto se da cuenta de que tiene los pies desnudos y las piedras filosas le hacen daño.

Busca al perro con los ojos pero éste ha desaparecido en el llano de tierra blanca, al otro lado de la valla de arbustos. Escucha a los perros de los granjeros ladrar a su paso.

Liana se queda inmóvil frente al remolque y la luz la envuelve, entra en ella. Liana está completamente sola en la tierra polvosa, lejos de los árboles, lejos de las casas, sin nada en qué apoyarse, sin nada con qué esconderse. El sol arde en el centro del cielo emitiendo sus rayos dolorosos. Hay círculos que nadan en el lugar y siluetas que huyen, lejos: sombras, niños quizás, o perros, o autos, es difícil

saberlo. Vuelan insectos invisibles que tornan el aire espeso: avispas, abejorros. Una luz gira a su alrededor como el viento: la luz del silencio, la soledad que oprime su cuerpo como el peso de un desconocido.

Liana quisiera retroceder un poco pero titubea y ahora todo el llano de tierra se pone a girar sobre sí mismo, arrastrando los árboles y las carlingas de los remolques. Aquello gira un buen rato así, alrededor de ella, la tierra y todo lo que arrastra: los remolques, los postes eléctricos, los arbustos, las palmeras enjutas, los barriles de keroseno, hasta las torres de los edificios que están al borde del gran río seco y el supermercado de techo de lámina.

Todo eso da vuelta lenta, muy lentamente, como si hubiese música en algún sitio. De pronto Liana siente que cae al piso, su cuerpo golpea el suelo como un trozo de madera. Liana escucha un fuerte ruido en su cabeza, aunque luego ya no oye nada porque se ha desmayado.

Cuando despierta, primero ve dos ojos insistentes que la observan con las pupilas negras. No son, sin embargo, los ojos del perro. Es una mujer de cara infantil con lentes que relucen en la luz. Liana la reconoce al instante: es la asistente social que suele venir hasta su puerta para hablarle.

«¿Ya se siente mejor? ¿Se siente mejor ahora?»

La voz suave también es insistente. Liana se levanta poco a poco, como el perro hace un rato. Su cabello está lleno de polvo. Por instinto se peina con los dedos de la mano derecha. La joven de lentes dorados la observa con atención y dice:

«Voy a buscar un doctor.»

«¿No! ¡No!», dice Liana con fuerza. «Ya estoy bien, me voy de vuelta a casa.»

«Le voy a ayudar.»

Liana intenta ponerse de pie sola, aunque se siente muy pesada. Se apoya en el brazo de la asistente y avanza cojeando hacia la escalera de su remolque.

«¿Está segura de que no desea que le hable al doctor?»

Con algo parecido a la rabia, Liana dice:

«¡No! ¡No quiero ver a nadie!»

«Eso sería lo mejor en su estado, por si se vuelve a sentir mal.

La joven tiene una voz insistente que ella detesta.

Liana dice con dureza, casi con maldad:

«No me suelo sentir mal. Me hizo trastabillar mi perro.»

Y para parecer más convincente grita dos, tres veces: «¡Nick! ¡Nicky! ¡Nick…!». Pero el perro, claro está, no viene.

Liana regresa al remolque lenta, muy lentamente, concentrándose

en cada paso. A su alrededor la luz quema, por todas partes brotan chispas: en el follaje, en las largas hojas grises de las palmeras, en los postes de acero, en las piedras filosas. Incluso hay chispas en su propio pelo, en la punta de cada una de sus uñas. Hay una especie de chubasco eléctrico que atraviesa el terreno baldío. Aquello genera también una música particular, un zumbido sordo, un chirrido que penetra los oídos y que forma un nudo al centro del cuerpo. Liana siente náuseas en la garganta. Un sudor malsano le humedece las palmas de las manos y su corazón late con potencia en las arterias.

«¿Se siente bien? ¿Se siente bien?»

La joven de lentes sigue a su lado. La toma del codo y Liana se deja llevar, está demasiado débil como para resistirse. Llegan a la escalera y ella quisiera detenerse, pero la mano de la joven la guía hasta la puerta. Entran juntas al habitáculo sobrecalentado.

«Aquí hace demasiado calor», dice la mujer. «¿No hay aire acondicionado?»

Liana mueve la cabeza.

«Hay que dejar la puerta abierta, y todas las ventanas.»

«¡No! ¡No!», grita Liana, acostada a medias en la banca.

«Le voy a traer algo de beber», dice la joven. «De seguro está deshidratada.»

Va a la cocina y Liana la escucha hurgar en los trastos desordenados. Luego regresa con un vaso de agua.

«No está fría pero igual la hará sentirse mejor.»

Liana bebe. El agua calma sus náuseas y su corazón late con menos fuerza. Tiene sueño.

«Gracias», dice. La joven la observa con minuciosidad.

«¿No quiere que abra las ventanas? En verdad hace mucho calor aquí.»

«¡No!», dice Liana. «Es… es por culpa de las moscas.»

«¿Moscas?»

«Sí, por culpa del perro. Su olor atrae a las moscas.»

Liana mira a su alrededor. La joven entiende de inmediato.

«Quédese sentada. Lo voy a llamar. ¿Cómo se llama?»

«Nick.»

Liana observa que la joven abre la puerta. Llama al perro. La voz y el nombre del perro resuenan de forma extraña en el espeso silencio del terreno baldío.

La joven vuelve:

«No está. ¿Quiere que vaya a buscarlo?»

Liana niega con la cabeza.

«Para qué. Ya regresará más tarde. Volverá antes del anochecer.»

Como ya no hay nada más que hacer la joven se queda de pie frente a Liana. Su rostro infantil está marcado por la angustia y el cansancio, como si estuviera a punto de ponerse a llorar.

«¿En verdad no hay nada que pueda hacer por usted?»

Liana niega con la cabeza.

La joven está a punto de irse pero da marcha atrás. Saca de su mano una libreta, escribe algo en una hoja, la arranca y se la da a Liana.

«Es mi nombre y dirección, con mi número de teléfono. Si necesita cualquier cosa me puede encontrar ahí, o me puede dejar un mensaje. Para Judith, eso es todo. ¿Lo recordará? Judith.»

Liana la mira sin sonreír, sin expresión.

«Las cosas estarán mejor ahora, ya verá.»

«No necesito nada.»

«Hasta luego.»

«Hasta luego, señora.»

«Cuando… cuando vaya al hospital, llámeme. La vendré a buscar.»

La asistente social se va y cierra la puerta con delicadeza.

Allá afuera, el gran perro blanquinegro corre a toda velocidad en algún sitio sobre la tierra polvosa, entre los arbustos a orillas del río seco. Ya no escucha el ruido de los autos que transitan en el camino, en lo alto de los pilares de concreto. Ya no escucha el ruido chirriante de los grillos ni los gritos de los niños en los campos. La luz chispea en las piedras afiladas, en los follajes, en las hojas de las palmeras, en las púas de la alambrada. Es una luz que embriaga, que trastorna un poco. El gran perro vuelve trazando grandes círculos en torno a las granjas, sigue una pista muy vieja y provoca que los perros del vecindario se pongan a ladrar. Luego, cuando cae la noche, deja de correr, se arrastra y con los pelos erizados avanza hacia el gallinero enrejado donde escoge, pacientemente, su presa.

*

Hoy, 3 de octubre, Liana despierta antes que el día. Cuando siente que se le rompe la fuente, comprende que el momento ha llegado, que aquello va a suceder. Aún no había pensado en eso, no con seriedad, por lo que desde hace tiempo dejó de vigilar los días en el calendario, de modo que ha olvidado un poco que aquello iba a ocurrir algún día.

Ya estaba gorda y pesada desde hacía mucho tiempo, con la piel del vientre tensa como una sandía. Acaso se había acostumbrado a todo eso, a ese nuevo estado. Cada día se había puesto más gorda y pesada, cada vez más le costaba agarrar aire al caminar o al ascender las escaleras, incluso cuando subía las banquetas últimamente. Luego

la gente la observaba con aire incómodo, casi parecía como si tuvieran algo que ver en esa historia. Incluso algunos eran amables con ella, aunque amables de forma especial, con una mirada un poco huidiza, y Liana sintió desconfianza de ellos. Ya no quería ver a nadie, a nadie más. Cuando regresaba la joven de lentes dorados, Liana entreabría la puerta y en cada ocasión le dijo de mal modo, como si fuera una vendedora de jabones: «Muchas gracias, no necesito nada».

A últimas fechas reconocía incluso su forma de golpear la puerta con delicadeza usando la punta de los dedos, por lo que Liana no se movía. El perro se ponía a ladrar como un loco hasta que la asistente social se iba.

Liana tiene un poco de miedo al sentir cómo se le escurre toda esa agua en la cama. Al levantarse para limpiar, de inmediato siente unos dolores punzantes. Nunca ha tenido un dolor como ése. Son olas de fuego bajándole por los costados que le paralizan las piernas o le recorren toda la espalda hasta los brazos y los hombros, y le retumban en la nuca.

Liana cae en la alfombra sucia gimiendo, incapaz de caminar. Respira muy fuerte y hace un ruido como de máquina, siente todas sus venas tensas como cuerdas. Su corazón late pesadamente, como si estuviera en el centro mismo del remolque, y hace vibrar todas las láminas, los muebles, el techo.

Nick se le acerca con las orejas levantadas y los ojos amarillos brillando de forma extraña a la luz del foco eléctrico. Quizá ya sabe lo que está pasando. Liana lo llamó en silencio, y lo mira con los dientes apretados para no gemir. El animal se detiene lejos de la mujer y se recuesta sobre la panza con las patas muy plantadas contra la alfombra vías orejas bien paradas, sin dejar de observar con sus ojos amarillos de pupila apretada.

A pesar de los terribles dolores que le impiden pensar o moverse, Liana rueda un poco de lado sobre la alfombra y se siente algo aliviada al ver a Nick, como si en verdad la pudiera ayudar.

Nada dice. Liana permanece acostada en la alfombra con las rodillas dobladas un poco hacia el vientre y los brazos acunándole el cuerpo. Gime con suavidad, aprieta los labios para no gritar. El gemido crece en su interior, le recorre todo el cuerpo con ondas de dolor, violentas oleadas que los labios apretados no dejan brotar y que salen expulsadas en forma de vapor contenido. Gime para ella, y también para Nick, intentando transformar el dolor en una canción monótona que quizá le permita dormir, olvidar.

Pero Liana no puede dormirse. Las oleadas de dolor que atraviesan su cuerpo provienen desde muy lejos, del otro lado de la tierra, y se topan en su camino con la coraza del remolque, y dentro de la coraza se encuentra esta mujer acostada en la alfombra, ovillada, intentando

en vano esconderse. ¡Hay tanto sufrimiento en la tierral La tierra ceniza, los árboles, las palmeras inmóviles, la noche gris, las lámparas que mal iluminan y también todo lo demás: las láminas, los vidrios y plásticos, los muebles forrados con tela imitación piel Ahí dentro está el gran perro lobo blanco y negro, acostado sobre el vientre como una estatua de piedra, hierática; allá afuera, los hombres y mujeres desconocidos, esos que duermen abrazados en su cama desordenada, los que están solos, los enfermos en las grandes salas de los hospitales, los viejos que se ahogan, todos, allá afuera, en sus cuartos asfixiantes. La soledad que llena el interior del remolque es muy grande. Ahora es ella la que se asoma en oleadas cada vez más tensas. La soledad nace en el fondo de la noche y vibra sobre las estrellas azuladas de las luminarias haciendo que se oiga su terrible silencio. Liana gime y su voz recuerda el zumbido de un mosquito.

Frente a ella el gran perro permanece inmóvil. Observa con sus ojos amarillos, escucha. Liana quisiera llamarlo, piensa en su nombre y en aquel otro, el que le dice Simón, pero en esta ocasión no siente el vértigo. Liana no quiere gritar. No puede. No sabe por qué pero no debe gritar, pase lo que pase no debe hacerlo. Entonces sus labios se aprietan aún más de dolor y sus rodillas abiertas dejan que los brazos se enrollen en el vientre duro apretándolo como un cinturón.

Poco a poco, y sin darse cuenta, los brazos empiezan el movimiento de amasar, inician el acto de expulsión. Se deslizan a lo largo del vientre unidos por los puños, luego suben hasta los senos, vuelven a bajar una y otra vez. Así es como luchan contra las oleadas de dolor, para apartarlas y romper sus filas. Liana rueda sobre la espalda, cae a la izquierda y luego a la derecha: el movimiento continuo de rodarse la alivia. Liana es como un barco que va y viene sobre las olas, cede un instante y luego se inclina mientras la fuerza amenazante pasa por debajo de su casco.

El gemido también va y viene. Por momentos es agudo, poderoso, cuando la ola hace crujir todas las estructuras y hace temblar todo a su paso; en otras ocasiones es suave y grave, lento. El corazón y los pulmones ya no van tan rápido y el tiempo del mundo disminuye la velocidad como un soplo.

Aquello dura mucho tiempo, tanto que Liana ya no sabe cómo empezó todo. Por momentos piensa que el bebé ya está naciendo, que eso es lo que esperó durante meses; piensa que está sucediendo algo extraordinario, que algo va a cambiar en todo el planeta por primera vez. Eso le provoca un gran escalofrío, una corriente que la quema y la ilumina toda, como una lengua de alcohol que se desplaza.

Pero aquello no dura, debido al sufrimiento y a la soledad del fondo de la noche que aprieta la coraza del remolque. Lo único que queda ahora es el dolor que desespera y asfixia a Liana desde de todos

los puntos de la tierra seca, del lecho del río sin agua o de la ciudad dormida en la bruma. Un dolor que llega por los pasillos de la sombra en aquella noche tan larga, dolor que avanza y se ramifica en las ramas erizadas de los árboles, en las hojas ásperas de las sábilas viejas.

El perro lobo no se mueve. Sus ojos amarillos observan fijamente a la mujer que gira un poco sobre sí misma, acostada sobre el tapete verde con el vestido arrebujado que rodea su dilatado vientre. Su mirada es dura, las orejas apenas se mueven para captar el crujir del piso bajo el cuerpo de la mujer y las olas incesantes de gemidos.

Acaso quien le da orden a todo ese dolor es él. Acaso el orden se encuentra en su mirada tan dura y amarilla que parece de otro mundo, proveniente de ahí, del centro del calor y de la luz, de las playas ardientes de la memoria, proveniente de la misma luz que la de la semilla del hombre que se quedó en el vientre de la mujer; entonces la semilla creció creando una explosión de dolor, abriendo, separando, forzando la carne que se le opone, enviando largos temblores de fiebre a los miembros, bamboleando sus olas por las entrañas hasta los pulmones, hasta el corazón.

Justo antes de que el sol salga nace el bebé. Liana no se da cuenta de que aquello está sucediendo. Tan sólo comprende que ya no puede levantarse, irse o siquiera pedir ayuda. Es demasiado tarde. Su cuerpo se arquea con tanta fuerza sobre las piernas para intentar formar un arco, que piensa que hará retroceder las delgadas paredes del remolque, e incluso las del país, empujando los árboles, las antenas de alta tensión, el espesor de la noche. Entonces el bebé aparece con la cabeza por delante, deslizándose poco a poco mientras las manos de Liana lo guían hacia fuera. Liana observa el techo del remolque y el foco desnudo que irradia su luz con la misma intensidad de una estrella. Sus manos hacen todo el trabajo junto con su vientre, con dilataciones y contracciones regulares. Las manos guían al bebé entre las piernas abiertas y lo colocan sobre el tapete todo pegajoso cubierto aún con el velo de la placenta. Las manos también rompen el cordón umbilical y hacen el nudo en el vientre del bebé. Para ese entonces, los llantos agudos ya llenan el interior del remolque y la luz del día ha empezado a apagar los rayos del foco.

Entonces, por primera vez, Liana de pronto se siente al fin libre de la angustia que ha sentido desde hacía meses, sin entender muy bien por qué. Esa nueva vida ocupa simple y sencillamente toda la coraza del remolque sin que quede espacio para nada más. Hace tanto calor que Liana no envuelve al pequeño. Al contrario, termina de desvestirse por completo sin levantarse del tapete sucio. Luego pone al pequeño ser sobre su pecho, apretándolo contra sus senos hinchados. Liana se duerme así, acostada de lado sobre el piso, con el bebé en sus brazos, mientras en las ventanas del remolque crece la luz.

*

El perro lobo de ojos amarillos observa fijamente. No se mueve nada su cuerpo, ni sus ojos. Su pelo blanco y negro brilla a la luz del día con cada chispa de luz dura y densa como una gema. En la tierra no hay descanso ni dulzura, jamás. La luz del sol es seca y áspera, proviene de los espacios vacíos y de las playas de guijarros polvosos en el estuario del río grande.

Aquí, en la coraza metálica del remolque, el tiempo se amplifica como si todo se hubiese detenido atrapado por el calor seco, paralizado, golpeado por miles de chispas eléctricas semejante a las piedras y a los sílex ensartados en la tierra polvorosa, semejante a las ramitas de los arbustos calcinados y a los árboles muertos de sed, semejante a las hojas grises de las sábilas y a las palmeras detenidas en el aire pesado del cielo. Con sus ojos amarillos de pupilas dilatadas, el perro lobo inmóvil fija la mirada hacia delante. En su mirada hay fuerza y también en su hocico, en su frente de arrugas verticales. La fuerza viene de sus cejas, unos largos pelos tiesos que salen de una pequeña mancha negra encima de sus ojos, y de sus bigotes cortos y duros, algunos de ellos rotos. La fuerza viene de su pecho y de sus patas traseras, extendidas hacia el frente, cuyas uñas se hunden en la alfombra sucia del remolque.

Ya no se mueve. Es su voluntad. Su fuerza es no moverse. Es como si fuera una orden que no comprende pero que igual escucha y que detiene todo su cuerpo, tensando cada nervio y cada músculo. Acaso la orden surgió de la luz enceguecedora del día, cuando Liana abrió la puerta del remolque por la mañana antes de irse. Entonces percibió una ola dolorosa que lo empujó hasta el fondo del remolque; también escuchó la voz de su dueña, una voz que no había escuchado nunca y que gritó la orden una sola vez.

Los ojos amarillos del perro observan la banca cerca de la ventana. Permanecen fijos en los cojines verdes de imitación piel donde hay una toalla abierta, porque en la toalla abierta duerme el bebé. Él tampoco duerme. Sólo hace un poco de ruido al respirar porque el aire es demasiado caliente y pesado para su pecho. Aun así duerme sin moverse acostado sobre la espalda, con la cabeza de lado y apretando los puños.

El perro lobo lo observa. Lo vigila intensamente con sus ojos amarillos pues el bebé es el único ser vivo en el mundo, el único en poseer un corazón, un rostro, unas manos.

Acaso todo se debe al olor. Desde hace varios días el único olor que el perro lobo percibe es el de ella, un olor extraño, un poco dulce y no muy fuerte que no había olido nunca, un olor particular de sudor

y de orín aunque dulce, muy dulce, un poco como el de una planta o una flor. A causa del olor el perro lobo no puede dormir. A veces sus ojos se cierran, posa su mandíbula sobre las patas delanteras y se abandona al sueño. Pero de golpe llega el olor que lo pone alerta y lo invade haciéndolo alzar las orejas y abrir los ojos de par en par mientras cada nervio de su cuerpo se tensa a tal punto que podría romperse.

El olor del bebé es dulce y llena todo el interior del remolque. Tal vez hasta se difumina hacia fuera en el terreno baldío y en los árboles, llegando incluso a los postes de la carretera vías playas desiertas del gran río seco.

Al perro lobo le gusta ese olor. No es del todo consciente de que le gusta, aunque cada fibra de su cuerpo está tan tensa que le duele intentar reconocer aquel olor. Eso genera en él un desajuste, un ruido constante que no cesa, una leve palpitación del corazón, la tibieza de un aliento pasajero, la sangre que corre por las arterias y se mueve bajo la frágil piel.

Él escucha, sin cansarse. Inmóvil y con las patas poderosas extendidas hacia el frente, escucha. Pero como con su mirada, escuchar fijamente es algo tenso, doloroso. Llegan algunos ruidos mínimos del exterior: crujidos, soplos, chirridos de insectos. A veces, a lo lejos, vueltos irreales por el calor, hay gritos de niños o ladridos de perros. Incluso se escucha el rugir de los camiones que suben con dificultad por el puente de la carretera. Los ruidos se mezclan con la luz, el calor, la soledad. El perro lobo los percibe sin estremecerse, resuenan en el instante preciso que los imaginó. Pero sus orejas alzadas, dirigidas hacia el frente, sólo sirven para captar el ruido débil y lento que viene de la banca de imitación piel.

La respiración del bebé es suave, un poco ahogada debido al calor. Su ruido ligero llena la carlinga del remolque. La respiración parece construir algo, acaso de ella proviene el olor no muy fuerte y acariciante que impide dormir al perro.

Cuando el bebé se despierta y empieza a llorar, Nick no se mueve. Pero su mirada se vuelve más dura, todo su cuerpo se tensa al máximo. Sus uñas se incrustan con más fuerza en el tapete y sobre su lomo y su cuello los pelos se erizan un poco.

Desde hace mucho el vacío reina en el remolque, desde hace horas cuando Liana cerró la puerta y se alejó por el terreno baldío. El vacío también está en otras partes: en las superficies de tierra polvosa, en los bosquecillos quemados por el sol, en el follaje de los laureles y eucaliptos, en el lecho blanco del río. Hace tanto tiempo que todo resuena en su cuerpo golpeando incluso las paredes de metal y vidrio. La voz del pequeño que ocupa ahora todo el remolque, brota chirriante y segura, insistente como el canto de los insectos. Es una

voz que llora contra el silencio, contra la soledad, perforando la espesura del aire y de los muros de metal, haciendo un agujero por donde el silencio se escapa. Ya no hay nadie ahí, en el remolque, salvo la voz aguda y la mirada fija del perro lobo.

De golpe Nick siente el hambre. Desde hace mucho no ha comido. Su boca y su lengua se volvieron insensibles y ya no recuerda cómo eran antes. Sin mirarla acechó la puerta del remolque hora tras hora, esperando que Liana volviese, esperando que volviera y apareciese a contraluz, esperando que le dijera algo y que lo llamara. Desde hace días Nick aguarda que le dé de comer cualquier cosa, carne, galletas, pan. Pero desde que volvió al remolque Liana dejó de verlo, se acostaba de inmediato en la banca de imitación piel, desabotonaba su vestido y apretaba contra su pecho al pequeño ser que tomaba leche con vigor. Entonces estaba aquel olor de leche y sudor que crecía en el remolque, invadiéndolo todo. Aquel olor lastimaba a Nick, y también lo asustaba, por lo que el perro iba a esconderse debajo de la mesa, al otro lado de la cabina, con los ojos entrecerrados y las orejas echadas hacia atrás.

Luego se vuelve a dejar sentir ese olor dulce y no muy fuerte a leche, orín y sudor que llena la cabina del remolque: pero Nick ya no tiene miedo. El cuerpo del bebé crece y ocupa poco a poco todo el espacio con su piel tibia, su rostro, su aliento y su voz que llora.

El bebé llora más fuerte. Acaso se ha dado cuenta de que su madre está ausente. Acaso él también tiene hambre. Pero su hambre es pequeña y dulce. El bebé tiene ganas de chupar el pecho tibio de su madre y de llenarse la boca de leche espesa; tiene ganas de volver a sentir el calor del cuerpo que quiere.

El hambre de Nick es distinta, se trata de un hambre que ya no reconoce y a la que ya nada puede saciar. Su hambre es idéntica a la soledad del estuario del río seco, ahí donde las casas son barridas por el viento del polvo. Su hambre es un dolor, como el dolor de su mirada y de su oído estáticos. El hambre le roe el interior del cuerpo y lo hace arder de fiebre. El hambre amplifica todo. Cada ruido, cada cosa que cruje allá afuera resuena dentro de su cuerpo haciéndolo estremecerse a pesar de la voz casi continua del bebé que llora. Ahora hay odio, y temor. Nick nunca ha experimentado con tanta fuerza aquello que se encuentra en su interior, al fondo de su cuerpo y que surge formando gruñidos en la garganta, erizándole todo el pelo, achicándole aún más el punto negro de las pupilas en sus ojos amarillos. Cada músculo de su cuerpo está tenso, listo para la acción.

Lo que despierta el odio y el temor en él es la voz del bebé llorando. La voz se mezcla con el dolor de la espera, el dolor de la mandíbula, lo reseco de la lengua y del hocico. La voz se mezcla con el gran vacío que cava un hoyo en el centro de su cuerpo.

Afuera, el sol quema la coraza de aluminio del remolque, los árboles negros aprisionados en la tierra, las piedras polvosas del río. A lo lejos, los autos transitan en la luz con las ventanas ciegas, abiertas a un destino inexistente.

Quizá Liana camine sin destino fijo en el gran supermercado de cemento y láminas, por los pasillos de productos: cajas multicolores, paquetes, carnes en celofán, frutos demasiado rojos o demasiado amarillos, acantilados de botellas con líquidos mágicos y prohibidos. Liana va caminando y la luz de los tubos de neón le ilumina el rostro desaliñado, los ojos hundidos en las órbitas, el cabello color paja. Liana va errando sin objetivo entre los pasillos, choca con las personas y las cosas sin reconocerlas. Camina de un punto al otro de la sala gigante sin tocar ni ver nada, puesto que nada puede ser suyo, puesto que nada tiene.

Un instante después piensa en el rostro de la asistente social y en sus lentes dorados, incluso escucha el sonido de su voz en el oído, pero aunque intente escuchar con todas sus fuerzas no consigue entender lo que dice aquella voz dulce. Entonces camina más rápido para huir de su desconcierto y esconderse. Sin embargo, la luz está por todas partes de la gran sala vacía, no puede escapar de ella. Eso le aprieta la garganta y las sienes, hace que le tiemblen las piernas. Liana sabe ahora que no hay nadie más salvo la asistente social y que no hay otro nombre en el mundo ahí, cerca de ella; sabe que ya no podrá encontrarla.

Liana camina durante largo rato en los pasillos del supermercado a la luz de los neones. Las personas no la miran. Están demasiado ocupadas en ver los pasteles, las frutas, los jabones, la ropa. Sus caras tienen el color de la carne y ojos brillantes como cápsulas; sus manos están ávidas de tomar, de llevarse cosas.

Sólo entonces se da cuenta, en un segundo, de que lo único que busca es la salida, una puerta en cualquier lado para escapar, para estar afuera. Tiene que irse de ahí lo más pronto posible, se da cuenta de la terrible necesidad de hacerlo y del peligro amenazante que hay allá, en el remolque, Liana se detiene frente a una mujer de pelo castaño y tez bastante pálida que permanece inmóvil frente a los periódicos. Quisiera pedirle que la ayude, pronto, porque sus ojos ya no ven la salida. Quisiera hablar de su hija que se quedó sola allá, en la coraza; quisiera hablar de su hija que van a venir a buscar y a llevarse, la misma que van a devorar, Pero las palabras no consiguen salir de su garganta. Se quedan encerradas en su cuerpo, haciéndole tanto daño que sus labios tiemblan y las lágrimas le llenan los ojos escurriéndole por las mejillas.

La mujer pálida la ve un instante sin decir nada y luego huye rápidamente. Entre las lágrimas Liana la ve dar vueltas y vueltas entre

los pasillos, como si quisiera borrar sus huellas.

Afuera la luz del sol es aún más fuerte. Quema y limpia todo: las piedras, la tierra, las hojas de los árboles. Hay polvo de cemento en los techos de las casas, como una funda ligera bajo el cruel azul del cielo. En la carretera de nudos lentos relucen las corazas de los autos. El viento trae por momentos el ruido ronco de los motores, el rugir de los camiones o el de los cláxones como gritos de animales. Luego todo eso se aleja. Todo va y viene así, por oleajes, dudando, intermitente. Hay tanta soledad, tanta hambre… Hay demasiada luz en el estuario desierto del río mientras que en el terreno baldío y aislado la cabina de aluminio del remolque se encuentra en equilibrio sobre sus bases de ladrillo, parecida al casco de un avión que ha naufragado. A pesar de todo eso, a pesar de la violencia y del asesinato, aquí no se oye ruido alguno salvo, ocasionalmente, el gruñir de la carretera y las voces de los perros de las granjas.

Cuando Liana regresa caminando con lentitud por el terreno baldío la luz ha declinado. No carga ningún paquete. Su ropa está cubierta de polvo blanco y cojea un poco, pues uno de los tacones de sus zapatos se ha roto. Su rostro está marcado por la angustia aunque ahora sabe lo que debe hacer, al fin lo ha entendido. Acaso sea demasiado tarde, acaso ellos ya están en camino guiados por Simón o por la joven de lentes dorados. O tal vez encontrará al guardia del terreno baldío con su rifle de doble cañón y su gorra de cazador enfundada hasta las ojeras. Deben llegar ahora, antes de la noche, para matar al perro y llevarse al bebé a uno de sus hospitales. Deben llegar para encerrar a Liana ahora en una gran sala blanca de paredes lisas de donde no podrá escaparse.

Aunque cojea, se apresura para llegar al remolque. Cuando sube las gradas de la escalera y abre la puerta, el perro lobo está junto a ella en un instante con el pelo erizado y los ojos chispeantes, porque ha entendido.

La joven mujer y el perro atraviesan, juntos, el terreno baldío. Liana tiene al bebé apretado contra ella, envuelto en su toalla de cocina. El bebé sorbe la leche mientras Liana camina. A pesar de su cansancio, siente que el líquido que sale la tranquiliza.

Ambos caminan durante largo rato hasta que cae la oscuridad absoluta. Ahora están al borde del río, en las playas de piedras polvosas. Se oye en algún sitio el ruido de un chorro de agua que corre. A lo lejos se escucha el rugir de los motores en el puente de la carretera. En ese lugar el aire de la noche es fresco y ligero. Hay mosquitos que danzan, invisibles. Liana cubre el rostro del bebé recién dormido con la toalla. Nick se aleja, sin hacer ruido, entre los arbustos que bordean el río para cazar gallinas y conejos de las granjas. Volverá al alba, satisfecho y agotado para acostarse junto a Liana y al

bebé. Sus ojos brillarán entonces en la sombra como dos estrellas, como si su dura luz bastara, durante unas cuantas horas más, para detener el avance de los hombres que van en su búsqueda.

EL FUGITIVO

Poco antes del alba, Tayar llega al pie de la alta montaña. Ha caminado toda la noche deteniéndose una sola vez en un café de camioneros a orillas de la carretera nacional, lo suficiente como para beber una taza de café áspero que le quemó la garganta. La carretera que serpentea al fondo del valle lo condujo hasta las estribaciones de la alta montaña. Un poco antes del puente, Tayar atravesó el curso del agua, luego escaló las antiguas terrazas de olivos hasta dar con el camino estrecho que zigzaguea hacia la cima del monte. Ahora ha llegado a un altiplano de piedra caliza y lo negro de la noche se vuelve gris poco a poco.

El aire está frío, un frío seco e hiriente. Tayar sólo viste el pantalón de lona gris y la camisola obligatorios. Tiene los pies desnudos metidos en unos tenis sin agujetas. Le pesa el cansancio de la larga caminata que lo hace titubear. Pirita de frío. Se aleja de la carretera y empieza a caminar entre los arbustos sobre las piedras que se desprenden de la montaña. En un hueco del terreno se detiene para orinar. Observa a su alrededor. Al este, del lado de donde viene, hay una mancha que crece en el cielo, un fulgor pálido y amarillo que hace que aparezca el horizonte, las rocas agudas, las ramas de los árboles enanos.

Grande es el silencio. Payar lo percibe por primera vez. Un vacío que oprime los tímpanos y aprieta la cabeza. Aquí no hay cantos de pájaros ni ruido de insectos, nada para saludar al día que llega, tan sólo unos gemidos del viento que sopla sobre el altiplano de piedra caliza; él es el único que va y viene como una respiración helada. Payar piensa en el mar que está allá abajo y en los jardines dormidos, en los edificios que se han vuelto tan pequeños como nidos de avispas, que cuesta trabajo imaginarlos.

Tayar avanza, embriagado por el sueño. Busca con los ojos un rincón de tierra, un refugio para dormir. Por fin sabe que puede dormir en ese lugar. Nadie vendrá a buscarlo. Conoce bien aquel paisaje sin haber estado jamás ahí. Es como el que hayal otro lado del mar, idéntico: rocas, arbustos de espinas, grietas, pedreros. Nadie. Cuando estaba con su hermano mientras cuidaban los rebaños

caminaba ahí, en ese mismo sitio. Lo recuerda bien. Ahora, a pesar de la noche que esconde la mitad de las cosas, encuentra el abrigo que busca, la prominencia de una roca gastada por el viento y las ramas escuálidas de un arbusto agachado. Tayar hace rodar las rocas puntiagudas golpeándolas con el talón y consigue hacer un hueco entre las piedrecillas. Luego se ovilla con la espalda pegada al peñasco y rodea su cuerpo con los brazos para no perder calor, Es lo mismo que hacía antaño con su hermano y su tío Rais cuando tenían que dormir a la intemperie durante el invierno.

Tayar respira despacio para desmoronar los temblores nerviosos del cuerpo y conseguir que su mandíbula deje de castañetear. Luego se duerme con la mejilla izquierda apoyada contra el hombro y los ojos cerrados mientras la luz roja del nuevo día aparece frente a él iluminando magníficamente el altiplano solitario.

Duerme durante largo rato así, sin moverse, respirando con lentitud. Aunque la luz del sol enceguecedor golpea su rostro y su cuerpo, Tayar no despierta. Cuando duerme parece una de las piedras grises que lo rodean. Su rostro, huesudo, tiene el color de la tierra; el cabello negro se agita en su frente por las turbulencias del aire. Su cuerpo es largo y enjuto, envuelto en ropas demasiado grandes para él.

Tayar duerme sin moverse, como solía hacerlo en los montes de Chelia escondido con su hermano entre las rocas. Las cabras y los borregos desandaban la cuesta pedregosa hacia el uadi con el sol ya en lo alto, como hoy, en el cielo sin nubes. Rasaban veloces pájaros piando en grupos, entonces su hermano se levantaba sin hacer ruido, intentando ver dónde se posaban las aves. Eran codornices del desierto, furtivas e inasibles como moscas.

En ese entonces Tayar se despertaba sin saber por qué, acaso porque su hermano lo miraba sin decir nada y aquello era como tener un dedo apoyado contra el pecho. Le decía en voz baja, como un murmullo: «Aazi», y juntos corrían con los pies desnudos, volvían por las laderas de la montaña hasta el uadi, donde las ovejas ya habían escogido el lugar donde iban a pasar a la sombra todo el día soleado.

A la luz, el agua del torrente era hermosa, brincando blanca y ligera en las piedras lisas en su descenso hacia el valle y pasando entre matas de lechetrezna y de acacias flacas. Luego el azul del cielo cobraba un tono más intenso, casi negro. Los dos niños se quitaban las túnicas de lana gastada y se ponían a nadar, acostados en el agua clara del torrente que corría sobre sus hombros y se les metía en la boca y los oídos. Luego se dejaban arrastrar poco a poco sobre las piedras lisas. Se reían. Más tarde se secaban de pie al sol y su hermano ponía la mano sobre su sexo recién circuncidado. Hablaban un poco, ¿de qué? Los borregos y las cabras iban subiendo hacia donde brotaba el

torrente en busca de plantas frescas. Las moscas y los moscardones iban surgiendo como si hubiesen nacido de las hojas de las lechetreznas; zumbaban alrededor del cabello de los niños y los picaban detrás de los brazos. A veces sentían la quemadura de un tábano que apenas se posaba sobre sus hombros. Entonces había que vestirse de nuevo y ponerse la túnica de lana que se pegaba a la piel húmeda. Cuando el sol estaba a la mitad de su ascenso hacia el cénit, el mayor sacaba las provisiones de la alforja de cuero: pan seco y pesado, dátiles e higos secos, queso salado, un odre de piel de cabra lleno de mantequilla rancia. Comían rápido, cada uno volteado hacia su lado y sin decir nada. El sol quemaba con fuerza y achicaba las sombras. El rostro de los niños estaba casi negro. Sus ojos desaparecían en la sombra de las órbitas. Cuando regresaba la tarde y el sol ya no se encontraba muy lejos de las colinas, los niños escalaban la pendiente de la montaña antes de acarrear a los animales aventándoles piedras. En lo alto, en el llano, buscaban un nuevo hueco donde dormir; cobijados por un árbol seco o en la cavidad que el viento había labrado en la roca. Después de quitar la arena y expulsar a los escorpiones, se acurrucaban y se envolvían ahí con los brazos, apoyando la cabeza sobre el hombro mientras se enfriaba la tierra.

Tayar se despierta antes de mediodía. Cuando abre los ojos ve de golpe toda aquella blancura, el sol que chispea en las rocas calcáreas. El cielo es de un azul bastante pálido, casi blanco. La luz duele al fondo de los ojos, lastima. Tayar siente que ruedan lágrimas en sus mejillas. Se esfuerza para deshacer el nudo de brazos alrededor de su cuerpo, estira las piernas. El viento sigue soplando en la misma dirección, silbando entre las ramas del árbol seco.

Tayar se levanta, titubea. Da algunos pasos, se agacha para orinar. Como no ha bebido nada desde la víspera, la orina es oscura, maloliente. Tayar busca a su alrededor para adivinar si hay agua en algún sitio. Como antaño, las aletas de su nariz se dilatan para captar el olor del agua. No hay sombras, ni siquiera una arboleda o una grieta. La planicie árida y seca de piedra caliza es barrida por el viento y la luz.

Tayar de nuevo se pone en marcha. Va todo derecho. La luz es dura como la piedra, como el cielo. Pero después de todos los días que pasó encerrado en la cárcel, después de lo sombrío de la celda, los pasillos húmedos y apestosos donde el aire vibra sordo al destello de los focos de neón, después de todos los ruidos de pasos, voces y portazos que se oyen siempre tres veces, así «¡pan!, ¡pan pan!», a Tayar le gusta esta dureza, este silencio de piedra y viento, este cielo inmenso y sin nubes donde arde un único sol.

El hambre, la sed y el cansancio lo han lavado de todo eso. Siente cómo los recuerdos de la cárcel se alejan de él. Habría tenido que

venir aquí desde un inicio. Allá, más abajo, en la bruma gris de la ciudad, están el miedo, el odio, el asco. Tayar piensa en Mariem, escondida en un cuarto de hotel porque seguro cree que él irá ahora a vengarse, a matarla con su cuchillo de muelle. Mariem sabe que se ha escapado, debieron decírselo. Sin duda fueron los policías quienes le encontraron un cuarto en alguno de esos hoteles feos que rodean la estación de tren. También deben pensar que quiere vengarse y le tienden una trampa. Sí, es eso, le han preparado una ratonera, lo esperan en alguna parte de la calle, emboscados en una camioneta. 0 puede que más bien estén en el bar frente a la estación, donde beben café y cervezas a lo largo del día, esperándolo. Tayar tiene ganas de reír cuando piensa en los polis al acecho mientras lo esperan.

A pesar del sol que deslumbra, el aire en ese lugar es frío. Poco a poco, para economizar sus fuerzas, Tayar se dirige hacia lo alto de la planicie de piedra caliza, hacia esa especie de despeñadero vertical que forma algo parecido a un gran peldaño de escalera. Los arbustos espinosos le arañan las piernas y le desgarran la tela del pantalón gris. Aunque no hay nadie, Tayar tiene cuidado de no dejar marcas, no romper ramas de arbustos, no mover las piedrecillas de la tierra seca. Por instinto recobra los gestos del pasado, se inclina un poco hacia delante para no oponer resistencia al viento ni ser visto, aprieta los brazos al cuerpo, respira por la boca para que no se le seque la garganta, listo para agazaparse en algún agujero del suelo.

Conforme se acerca al despeñadero rocoso su instinto le advierte que hay agua en alguna parte, en la cima. No la ve ni la oye, pero la siente en su interior como un recuerdo. Con dificultad escala la pared de roca. Las piedras que ruedan hacen un ruido que resuena en todo el paisaje pedregoso. Tayar se inmoviliza, ovillado contra las rocas, esperando que regrese el silencio.

Allá, en las alturas, aún hay suficiente luz. Ya nada lo separa del cielo. La extensión de la superficie plana de piedra caliza es inmensa y el cielo azul se ve pálido en el horizonte, sombrío como la noche en el cénit. El viento, que hace temblequear la maleza, agita las hojas calcinadas de los arbustos. La tierra entre las piedras es gris, blanca, color salitre. Aquí, a pesar del sol, Tayar siente el frío del espacio y el viento; un viento áspero y reseco que sopla con fuerza, que llega desde el fondo de la atmósfera. Para descansar, Tayar se recuesta sobre la tierra y observa el cielo. Ya no sabe qué debe hacer ni adonde ir. Ya ni siquiera sabe por qué llegó hasta ese lugar, cuando estaba huyendo de la gran ciudad de la que conoce cada calle. Piensa un breve instante en Mariem, ve su rostro, su cuerpo, sus piernas al andar, su pelo amarillo que brilla. Sin embargo, la imagen se borra de inmediato, el cielo y el viento la hacen desaparecer.

Tayar siente cómo sufre cada músculo de su cuerpo. También está

ese dolor al fondo de su pecho, una quemadura específica que punza como la fiebre. Tayar se pone bocabajo y observa la tierra y la maleza a su alrededor. Hay moscardones que vuelan cerca de las matas de lechetrezna. También una abeja a la que se la lleva el viento. Luego una gran hormiga negra que corre sobre la tierra polvosa. Tayar la ve con detenimiento, como si fuera el último ser vivo cercano a él. La hormiga corre hacia su rostro, luego parece darse cuenta de algo, duda y se va por donde vino. Tayar está contento de mirarla. Se acomoda de lado para observar mejor cómo se aleja.

De pronto ve otra cosa. Está con su tío Rais en la montaña del Chelia, del lado del ocaso. Hace tanto de eso que Tayar ya no sabe por qué están ahí los dos, acostados sobre las piedrecillas, inmóviles, conteniendo la respiración mientras permanecen al acecho. Caminaron largo rato por entre la maleza: la ropa del tío Rais está desgarrada, cubierta de polvo, y Tayar tiene los pies ensangrentados. Caminaron durante días, huyendo de un peligro que el muchacho no entiende. Tayar sabe que no debe hablar. El sol le quema la nuca y la espalda, pero el viento es frío y agita las briznas de hierba, las hojas de los arbustos. Hay que callarse, hay que permanecer mudo como las piedras de la montaña, silencioso como las liebres. Ambos, el tío y el niño, observan intensamente unos extraños puntos negros que se mueven al pie de la montaña, lo largo de las orillas del uadi: hombres.

Son soldados provenientes del puesto de Lambesa que patrullan a la búsqueda de fugitivos. Tan lejos están que es imposible verles el rostro. Sólo se percibe la mancha verde oscura de sus uniformes y sus ametralladoras. Avanzan despacio al fondo del valle, sin detenerse, sin voltear hacia arriba. ¿También ellos tienen miedo? Tayar querría preguntarle eso a su tío pero no se atreve a hablar, ni siquiera con un murmullo.

Aquí en la montaña, el miedo está por todas partes. En cada piedra blanca, en cada mata de lechetrezna, en cada arbusto de espinas. Está a las orillas del uadi donde avanzan, como hormigas, los soldados oscuros. Está en las colinas distantes, color violeta oscuro. Está en el cielo sin fin, parecido a un pájaro de presa que anda merodeando. Aquello forma un silencio terrible que nada puede romper, un silencio que se mete en el cuerpo y hiela el corazón.

Mientras permanece acostado en la planicie de piedra caliza, Lavar percibe aquel silencio. Acaso los soldados van a venir ahora buscando su pista en las placas de arena endurecida, buscando las ramas rotas, las piedras desplazadas, los pequeños pedreros que haya provocado.

A la cabeza de la columna de soldados hay un gran perro. Tayar no había visto nunca uno tan grande. Ve perfecto cómo jala la correa afianzada a la mano de un soldado. El también busca, olfateando las piedras del barranco. A veces se detiene con la nariz levantada como

si hubiese olido algo y Tayar piensa que va a voltear hacia donde están y les ladrará. Pero el gran perro se echa a andar de nuevo y corre un poco en zigzag, arrastra con él a los hombres que también deben correr. A pesar del miedo, Tayar tiene ganas de reírse. Porque el miedo no viene de los hombres: existe solo, nace de la gran montaña y de las piedras blancas, de los arbustos cuyas hojas tiemblan al viento, del cielo vacío donde siempre está el sol.

Tayar se estremece, sacude la cabeza con violencia para ahuyentar la imagen de la montaña. Se pone de pie con dificultad y avanza de nuevo por la planicie de piedra caliza. La respiración sale de sus pulmones con un silbido y una especie develo rojo ondula debajo de sus ojos, muy cerca de la tierra. Como un lago de sangre.

Eso es porque no ha tomado ni comido nada desde hace mucho tiempo, Tayar sabe que si no encuentra ahora un poco de agua ya no podrá caminar. Escruta con atención febril el paisaje blanco. La luz del sol de mediodía ilumina cada piedra, cada árbol, sin hacer sombra.

Entonces, un poco hacia abajo y al frente, ve una mancha más oscura, esa que forma la maleza en las hojas todavía verdes, en las ramas negras. La maleza forma un círculo alrededor de un desnivel que apenas se distingue. Sin estar muy convencí do, Tayar se dirige hacia allá. De seguro ahí hay agua, en alguna parte. Un instinto más viejo que su vida le advierte a Tayar que encontrará agua: agua que lo está esperando.

Se trata de una boca oscura, abierta en la superficie de las rocas. A pesar de la sequía circundante, el aire aquí parece húmedo, como en el fondo de un valle. Hay arbustos que rodean toda la boca, como una melena erizada doblegada por el viento. Mientras se acerca, Tayar ve que la apertura es bastante grande, parecida a un cráter. Al fondo hay una barraca de piedra en ruinas y un bebedero lleno de agua.

Tayar baja al fondo de la dolina, es lo único que ve: el gran charco negro que refleja la luz del cielo, inmóvil como un espejo. Se inclina sobre el agua temblando de cansancio y bebe largamente sin siquiera usar las manos.

Al fondo de la dolina ya no hay ruido. Sólo el viento que pasa silbando entre las ramas de los arbustos de espinas. Sobre su cabeza el cielo es nítido, despampanante, Tayar se recuesta al fondo de la dolina, sobre una hierba como musgo. El sol le quema el rostro y las manos. Para vencer el cansancio y la soledad, Tayar canturrea un poco desde el fondo de la garganta como hacía antaño, cuando se ovillaba contra la roca en las colinas del monte Chelia.

¿Está soñando? Está solo, en la gran montaña. El sol quema, despiadado. Ya no hay nubes. Ya no hay ruido.

El niño aguarda sin desesperar, acostado en la tierra. Nadie debe venir ahora. Nadie. El tío Rais se fue ayer, antier quizá. Le dejó su

saco y su odre de piel de cabra para poder caminar más rápido. Dijo que iría hasta Lambesa y pasaría por las ruinas de Timgad para encontrar víveres y dinero, y también para enterarse de los mensajes que le habrían podido dejar. Dijo que había que esperarlo sin moverse. Sin moverse, Aazi, para que los perros de los soldados no lo oigan. Sin moverse, ni levantarse. No hablar, sobre todo no hablar, Aazi, sólo esperar ahí, acostado en la tierra, escondido entre la maleza y las rocas. ¿Qué debía hacer? A pesar del sol, el niño tiembla. El cielo vacío pesa mucho, la luz deslumbra y le provoca sed. Hay una especie de signo del miedo visible a ratos, parecido al ala de un gavilán que hace pestañear al sol. Está el signo de la muerte. Un signo que se ve cuando uno cierra los ojos, una huella terrible. El silencio no tiene fin. El niño no puede levantarse ni tampoco puede llamar a nadie, no hay que hacerlo. Los soldados son como los insectos: no están ahí y de pronto aparecen sin que se sepa bien de dónde salen. Los soldados caminan a lo largo de las hendiduras de la tierra, como las hormigas. ¿De dónde vienen? ¿Qué quieren? ¿Qué buscan? Tayar esconde su cabeza entre los brazos recostado sobre la tierra hirviente. ¿La fiebre le golpea las sienes? ¿O se trata más bien del sol de mediodía? El día está ardiendo desde hace mucho sin apagarse, como si la noche ya no debiese aparecer de nuevo. La sed es muy grande, parecida a un escalofrío que recorre la piel. El niño se da vuelta poco a poco y extiende la mano hacia el otro vacío. La piel de cabra está seca y arrugada como un seno muerto. Abajo, en el barranco quemado, corre el agua ligera del uadi. Tayar la oye claramente, su canto es nítido como el de un ave; el agua es hermosa y pura. Lo refresca escuchar su ruido y le devuelve un poco de fuerza, pero no debe moverse ni levantarse. Lo que Aazi oye no es el ruido del agua. Es la trampa de un soldado que fabricó un señuelo con un trozo de saúco para producir el ruido del agua y atraer a quienes quiere matar. Si Tayar baja desde lo alto de la montaña y si se acerca al uadi para beber, el gran perro va a echársele encima dando ladridos y los soldados estarán ahí, a sus espaldas, mientras el animal lo devora.

Cuando el sol se acerca al horizonte, rayar retoma la marcha. Le ha sentado bien dormir al fondo de la dolina. Antes de dejar el lugar da algunos tragos en el bebedero de nuevo. Aunque le parece pesada, áspera y con un sabor a metal, el agua fría le da nuevas fuerzas.

Tayar camina en dirección del sol, cegado, tropieza con las piedras. Sigue un antiguo camino que atraviesa la planicie de piedra caliza antes de llegar hasta un gran barranco que ahora se encuentra a la sombra. Del otro lado hay una pendiente abrupta que conduce a Calern, a la derecha se encuentran las cimas caóticas del Cheiron y al fondo del valle, a la izquierda, las granjas de Saint-Lambert, visibles apenas en el oscuro color de humo que lo cubre todo.

Y como una amenaza, siempre, el silencio. El viento frío sopla con más fuerza, como si viniera de la noche próxima. Incluso quizás haya perros ladrando en las granjas del valle y Tayar piensa que le ladran a él, como antaño. Pero el silencio siempre se cierra y apaga los ruidos de la vida. Ya sólo quedan apenas los sonidos de las cosas, las piedras que crujen, los arbustos que silban en el viento.

La luz mengua cuando Tayar abandona el borde del barranco para dar marcha atrás. Hace mucho que no ha comido y ya no tiene fuerzas para trepar por los pedreros. Tiene que sentarse agarrado a los peñascos mientras le late con fuerza el corazón. Cada vez que se detiene se sienta sobre los talones, como solía hacer en las pendientes del monte Chelia. Escucha lo más que puede, acechando el menor de los ruidos.

Quizá lo que espera es el sonido de los pasos de su tío, o acaso el ruido de su voz, un poco ronca y ahogada, cuando lo llama al llegar: «¡Aazi…! ¡Aazi!». Pero no es su tío. Es su hermana Horriya, cuyo nombre le sigue gustando pues significa libertad.

Horriya se le acerca y Tayar lave en el aire turbio de la noche. Lo viene a ver envuelta en su velo negro. Cuando está a unos cuantos pasos aparta la tela: aparece entonces su cara, tan hermosa y lisa como el cobre.

No se esconde. No le teme a nadie. Se detiene frente a Tayar, se quita el velo. En el hueco de su brazo derecho lleva un pan negro y un odre de leche agria. Se arrodilla a su lado, le toca la frente con la mano fresca y de inmediato disminuye en el niño la quemazón del sol, como si pasara una nube. Lo ayuda a sentarse y le sostiene la nuca mientras él bebe la leche agria, aunque no tarda en vomitar porque desde hace mucho no ha bebido ni comido. Sin decir nada, Horriya le limpia la boca con el velo y él vuelve a beber. La leche agria y suave le da tantas fuerzas que empieza a temblar.

Su hermana le da el pan en trocitos, como a un bebé. Le dice algunas palabras con su voz tranquila aunque su rostro está triste. Entonces Tayar comprende que su tío Rais ha muerto. Los soldados lo mataron cerca de las ruinas, pero está tan cansado que le da igual y no pregunta nada.

Ahora el cielo está aún más vacío, más grande, más blanco. En el horizonte, el sol ya se encuentra por debajo de la línea de las montañas Tayar sabe que cuando haya desaparecido al otro lado del pico de Thiey y del Audibergue la noche caerá de un solo golpe. Por eso se apresura para encontrar el refugio de la dolina, pero ha perdido el camino. Avanza, en la extensión de piedras blancas y negras bajo el cielo amarillo pálido, al azar.

Es raro encontrar arbustos. Hay extensos muros de piedras secas que van hasta el otro lado de la planicie sin razón alguna. Tayar los

sigue con dificultad. La sed y el hambre son dolores lancinantes. Ambos brotan de las piedras hirientes, del cielo, de los arbustos. Tayar se sienta en cuclillas para descansar un momento y con las manos toca las piedras ya frías.

Ahora recuerda. Quien se lo dijo por primera vez fue su tío Rais, aunque ya lo sabía, como si fuese algo que hubiera aprendido el día que nació. Con prisa busca entre las piedras hasta que encuentra una con forma triangular. Ésa era la piedra que había escuchado que llamaban «del hambre». Su tío Rais se lo solía decir, recuerda, se la enseñaba y se reía sabiendo que no era una piedra como las demás. Era una piedra que guardaba un secreto, un espíritu, cuando uno se la topaba en el camino.

Tayar se desabotona la camisola obligatoria y apoya la punta de la piedra contra la piel, ahí donde palpita el nudo del dolor, muy cerca de su corazón. A pesar de que lo frío de la piedra lo hace temblar, la aprieta con fuerza entre los brazos y la empuja. La punta de la piedra penetra en su carne. Tayar la aprieta con tanta fuerza que gime por el dolor que, con todo, no afecta sus brazos.

La piedra está tan apretada contra su diafragma que Tayar apenas puede respirar. Se levanta, doblado en dos y sintiéndose pesado; luego echa a andar por la planicie de piedra caliza. Ahora la piedra lo ayuda, le transmite su fuerza helada borrando el hambre y el dolor.

Tayar distingue la dolina cuando vuelve a caer la noche. Al fondo ve la barraca de piedra, idéntica a un iglú pétreo. Más lejos está la arista rocosa de las montañas, y acaso hundido ya en la noche, salpicado por las estrellas distantes que titilan al fondo de las sombras, el valle del Lobo.

Los bordes de la dolina aún están a la luz suave del crepúsculo. Tayar se acerca a la barraca de piedra, mira la puerta baja que da hacia la sombra. Duda pues aquello parece la tumba de un mago. Sus manos tiemblan cuando se inclina para entrar a la choza de piedra. El suelo de tierra apisonada está limpio y guarda las huellas de un fuego antiguo del que sólo quedan cenizas.

Tayar se sienta a la entrada de la barraca, inclinado hacia delante por la piedra del hambre. Con febrilidad junta algunos trozos de madera, ramitas y hojas para prenderlos pero recuerda que no tiene cerillos. Se los quitaron cuando entró a la cárcel. De cualquier modo, es posible que la madera estuviese demasiado húmeda dentro de la barraca, o tal vez ya no sepa cómo prender un fuego. Antes, en los escondrijos del monte Chelia, su hermano traía ramas, líquenes que parecían cabello, y se ponía en cuclillas para prender la fogata.

Ambos están al fondo de un valle no lejos de las ruinas de Timgad. Los animales forman un círculo en torno a un árbol seco, como si su verdadero amo fuera él y no los niños en andrajos que pasaron todo el

día persiguiéndolos a pedradas. La noche oscura apareció, rebosante de estrellas. Se percibe el ruido estridente de los insectos. El viento frío, que sopla como en ese lugar, hizo que los animales se pegaran a la corteza del viejo árbol golpeado por un rayo.

Cuando la llama brota entre los dedos hábiles del niño, vibrante y jocosa, parecida a un animal salvaje, Tayar mira con todas sus fuerzas. Está feliz, con una felicidad tan intensa que ya no puede moverse, ni hablar. Lo único que puede hacer es mirar con todas sus fuerzas, embriagarse con la vista del fuego. Su hermano ríe, habla fuerte. Avienta a las llamas varias gruesas ramas de roble verde que revientan formando nubes de chispas en la noche. «Ven Aazi —dice—, ¡ayúdame!» Entonces él también alimenta el fuego con ramitas, hierba seca, raíces cubiertas con tierra roja, todo lo que consigue atrapar con la mano. El fuego es voraz y devora todo con premura, escupe un humo que duda en la luz. Los insectos vienen a morir en el fuego, las largas hormigas voladoras que dejan su marca en el aire y se calcinan en las llamas. Tayar observa el rostro café rojizo de su hermano, del mismo color del fuego, y su cabello es ondulado con reflejos cobrizos. Sus ojos, en particular, son como el fuego, como si en el fondo tuviese chispas que brillaran en la noche. Corre y baila en torno al fuego, le habla como si fuera realmente un animal. Cada tanto suelta unos gritos guturales extraños: «¡Naoh! ¡Narrrr..!». O si no, dice palabrotas tras quemarse por lanzar una rama demasiado cerca del fuego.

Al fin, cuando la fogata ya es alta y sólida después de haber devorado todas las provisiones de ramas, los dos niños se sientan frente a ella, del lado donde no hay humo, y ven morir poco a poco el fuego mientras el frío de la noche también vuelve a su cabello y sus espaldas, a la tierra entre sus dedos.

Tayar, quien sueña con el fuego, deja los ojos abiertos a la noche. Protegido del viento al fondo de la dolina, ya sólo ve los bordes del cráter que corta el cielo claro. Tayar se siente alejado de los hombres. Hace mucho que no experimentaba una soledad semejante, al grado de sufrir vértigo. Lentamente, sin soltarla piedra del hambre, Tayar abandona la barraca de piedra y camina hasta el centro de la dolina. Se mueve a cuatro patas como un perro, con la cabeza echada hacia atrás para ver el cielo lleno de estrellas. El fondo de la dolina está tapizado de una hierba suave que conserva el calor del día como si fuera el pelaje de un animal.

El viento pasa por encima del cráter con grandes ráfagas surgidas del fondo del espacio. Ya sólo hay un ruido de olas, viento y frío. Tayar permanece largo rato ovillado, inmóvil, mirando las estrellas. Poco a poco recuerda el lugar donde antaño solía encontrar las estrellas, las reconoce una a una aunque no sabe nada de ellas, ni siquiera su nombre. Luego surge al oriente el fulgor de la luna, una

gran mancha blanca que crece en el cielo.

Hace tanto ya de todo eso que Tayar había olvidado cómo era. Aunque es más fuerte que toda su vida, vuelve aquel vacío que lo purifica como el hambre y la sed.

Tayar permanece quieto para que la piedra del hambre no se mueva. Cerca de la barraca de piedra en ruinas está el bebedero de los borregos. Tayar camina poco a poco hasta el recipiente de agua y bebe de nuevo el agua negra, sucia de tierra. Luego regresa a acostarse al fondo de la barraca. Ya no se cierran sus ojos. Permanecen abiertos hacia el negro círculo del cráter que corta el cielo. Tayar escucha el viento como si estuviera en un barco que se dirige hacia lo desconocido.

Cuando el sol ha vuelto al cielo sin nubes. Tayar se sienta en el borde del cráter. Observa la llanura de peñascos que se extienden hasta las montañas ásperas. Por todas partes hay muros de piedra seca. Los cráteres de las otras dolinas forman cada tanto manchas oscuras.

Tan grande y tan pesado es el silencio que Tayar no escucha al niño que se le acerca. Es un pequeño de doce, trece años, de piel bastante oscura y el pelo enmarañado por el viento. Ahora está del otro lado de la dolina, a contraluz, y se encuentra vestido con un anorak de esquiador algo grande para su tamaño. El niño observa a Lavar, inmóvil, con las manos en los bolsillos.

Tayar lo ve. Quiere levantarse pero el peso de la piedra apretada contra su estómago lo tira al suelo. Durante algunos segundos Tayar piensa que quiere matar al chico que lo observa, aunque eso ya no es posible. Mete la mano en la bolsa del pantalón y toca con las yemas el cuchillo de muelle que le había dado Frank antes de escaparse. Es un cuchillo pequeño con mango de plástico y una hoja delgada y afilada; al tocarlo, Tayar piensa en Mariem. Ahora sabe bien que ya no puede usarlo. Ya no tiene fuerzas. El viento, el frío de la noche, el silencio y el hambre le quitaron todo deseo de venganza.

Tayar observa al chico parecido a él parado al otro lado de la dolina. Le dice: «¡Ven, ven!», con la mano. El chico lo mira un buen rato sin moverse. Luego da la vuelta al cráter sin premura con las manos en los bolsillos. El tono de su cara es bastante moreno, sus ojos negros tienen el centelleo del metal.

Invadido por la angustia, Tayar lo ve acercarse. Hace tanto que no ha visto un rostro humano. Cuando está a unos pasos, el muchacho se detiene. Examina a Tayar con curiosidad. Finge no tener miedo, con las manos metidas en los bolsillos, aunque está listo para saltar hacia atrás a la menor señal de alerta.

«¿Cómo te llamas?», pregunta Payar. Habla con dificultad por la piedra del hambre que aprieta contra su diafragma. También porque

hace mucho que no ha hablado y porque las palabras se le han secado en la garganta.

El muchacho no contesta. Sólo dice:

«¿Está herido?»

«Dormí aquí», dice Payar. «¿No tienes nada que comer? Tengo hambre.»

«¿Por qué tiene eso?»

«No es nada», dice Payar, y deja caer la piedra al suelo. «Es un truco para no sentir el hambre.»

El muchacho no dice nada más. Se queda ahí para mirar inclinando el cuerpo un poco de lado. De pronto Payar tiene mucho miedo del silencio, quiere retener al niño cerca de él. Con dificultad extirpa el cuchillo con mango de plástico de su bolsa y se lo ofrece al muchacho:

«Escucha, ya no tengo dinero pero te doy este cuchillo. Tráeme algo de comer, tengo mucha hambre. Hace varios días que no he probado bocado.»

El muchacho ya no contesta ni se mueve. La luz del sol corta la silueta en el cielo y Tayar no puede ver su cara. De pronto el muchacho se va, se aleja de la dolina sin mirar atrás. Payar grita y su voz se deshilacha.

«¿Adonde vas? ¡Ey! ¡Ven!»

El silencio vuelve a la planicie de piedra caliza. Tayar se dirige hacia el fondo de la dolina después de sentir vértigo. Acaso es el dolor que vuelve a su cuerpo luego de haber soltado la piedra del hambre.

Tayar acecha todo el día el borde del cráter, ahí donde apareció el muchacho. Por momentos cree ver su silueta inmóvil contra el cielo, con su rostro ennegrecido y su cabello color hierba brillando a la luz. Es un niño flaco, de rostro serio y ojos oscuros escondidos por la sombra de las órbitas. Sus labios delgados están apretados en una expresión de mutismo. Tayar lo observa desde el fondo de la dolina con los ojos ardiendo de fiebre. Lo conoce bien, lo reconoce. El niño se le parece, es exactamente como un reflejo de sí mismo. Viste la misma ropa, la larga túnica de lana deshilachada alrededor del cuello que flota sobre su cuerpo flaco y le dibuja la forma de las piernas. Tiene los pies desnudos sobre las piedras afiladas y su cabello, negro y brillante, se mueve por el viento como la hierba.

Al darse cuenta de eso, Tayar siente una extraña embriaguez que borra todo dolor. El hambre deja de roerlo y sus pulmones respiran libres, hinchándose con un largo, muy largo suspiro. Tayar sabe que no necesita hablar o moverse. No comprende cómo está de pie en el altiplano de piedra caliza y siente la fuerza del viento en su rostro. Distingue la otra ladera, ahí donde las cabras bajan en zigzag hacia la ribera del uadi, entre la maleza y los pedreros.

Hay una inmensa abertura en la montaña donde vibra una luz que parece no acabarse nunca. Tayar se inclina hacia delante con todas sus fuerzas para observar el vacío. Las montañas de gres rosa y cuarzo chispean como si fuera la aurora. El cielo es azul. Ya no hay ruido, sólo la respiración del viento en sus oídos y el chirriar de la arena reduciéndose a polvo. Nada se mueve. Ni un solo pájaro, ni un solo animal terrestre. La luz se abre un camino hasta el horizonte y Tayar avanza en él, se desliza, se separa de sí mismo. Toca todos los puntos del valle hasta el horizonte. Ve las piedras rojas de las ruinas de Timgad parecidas a termiteros rotos y ve las palmeras del oasis ahí, donde flota el fino vapor de agua más ligero que el humo.

El camino de luz lo guía un poco más lejos hasta la casa de lodo, al borde del uadi. Pero la casa está abandonada. La puerta de rama del corral está tirada en el piso; ya no hay borregos ni cabras. Tayar observa todo ese polvo con dolorosa atención; cada piedra, cada parcela de los muros de adobe, cada rama muerta despierta en él un dolor antiguo. El paisaje de piedra que rodea la casa se aleja hasta el infinito. El viento frío del desierto atraviesa el rostro del hombre estático.

Hora tras hora el sol desciende paulatinamente en el horizonte. La noche que sigue es bastante oscura, tragándose en su frialdad la meseta de piedra caliza. Tayar se arrastra y sube hasta el borde de la dolina, no lejos de la barraca de piedra. Sin embargo, el viento lo repele y Tayar se deja resbalar despacio hasta el fondo del cráter, ovillándose en la hierba húmeda sin dejar de pensar en el camino de luz que percibió hace rato, el que le enseñó el muchacho que se le parece. Pero el frío lo borra todo.

Las estrellas surgen, débiles primero y luego cada vez más luminosas. Jamás han relucido con un reflejo semejante. Tayar las observa con placer mientras apoya la cabeza en la hierba. Gomo en la noche anterior, las reconoce. Encuentra su lugar y el dibujo que forman, incluso las más chicas que apenas palpitan muy cerca de la tierra. Esa noche hay algo distinto en ellas, como si portaran un mensaje desconocido. Una especie de música que se mete hasta el fondo de sí mismo, perturbándolo. Tayar observa el camino de estrellas que atraviesa el cielo a oscuras, escucha su canto estridente y ligero que se dispersa en el vacío. El cielo lo contiene, lo arropa todo, y bajo su manto el tiempo es abolido en un vértigo múltiple. Sin descanso, aparecen nuevas figuras, nuevas estrellas. Tayar sabe que ya no tiene rostro ni cuerpo, y que en la noche se ha convertido en un punto inmóvil sobre la tierra fría. Allá arriba las estrellas se animan con una vida intensa y resplandeciente, combinando sus músicas discordantes en la noche, parecidas a los llamados de los insectos.

La humedad chorrea del rostro de Tayar al surgir el alba. La

primera luz lo saca de su sueño y ve, primero de forma difusa y luego con mayor claridad, la silueta del niño que se le parece. El muchacho está de pie, parado sobre el borde del cráter, la luz del sol hace que su cara parezca más oscura, casi negra. Su cabello tiene el color de hierba quemada.

Inmóvil, el niño observa. Tayar quisiera decirle que se acerque, hacerle un gesto como ayer, pero ya no puede moverse. El frío de la noche lo ha vuelto pesado como la piedra. Sólo sus ojos pueden observar, pedir auxilio.

Con unos cuantos saltos, el muchacho baja hasta donde estaba Tayar al fondo de la dolina. Del bolsillo de su anorak saca un pedazo de pan, una naranja y un cuchillo. Se los deja a un lado sin decir nada.

Cuando ve que Tayar no puede moverse arranca un poco de pan y le mete el pedazo en la boca. Luego pela la naranja y le da un gajo. El jugo resbala por la garganta de Tayar y poco a poco le vuelven las fuerzas al cuerpo. Tiembla al intentar levantarse sobre los codos. Los primeros rayos del sol iluminan los bordes del cráter y los arbustos negros que temblequean al viento. Tayar come más pan, chupa los gajos de la naranja y escupe la membrana.

«¿Tiene hambre?»

Tayar asiente con la cabeza mientras come.

«¿Tiene frío?»

El muchacho se quita el anorak y lo coloca sobre el pecho de Tayar, pasándole las mangas a cada lado del cuello.

«¿Está herido?», pregunta de nuevo el muchacho. En su voz ya no hay miedo, sólo inquietud. Tayar niega con la cabeza. El jugo de la naranja le llena la boca, despierta la vida en su rostro, en sus entrañas.

«¿Cómo te llamas?»

Tayar intenta hablar pero su voz es tan débil que es el único que la escucha. El muchacho se inclina hacia él, sus ojos brillan en su cara morena con un halo misterioso que parece venir desde su interior. Ya no habla, sólo mira a Tayar; la luz de la mirada del niño le da fuerzas, como si fuera un alimento.

Tayar cierra los ojos por un instante. Lo olvida todo, la celda de paredes manchadas, el olor a moho y a orines, los ruidos de los pasos que resuenan en los largos corredores por encima de su cabeza y debajo de su cama, en todas partes; los duros ruidos de los talones que no dejan de caminar por los corredores. Todo eso se borra al fin, junto con el crepitar de los focos de neón, el chirrido de las rejas y el terrible ruido de las puertas que resuenan tres veces, así: «¡pan!, ¡pan pan!». Ruido del corazón, ruido de las puertas, ruido de los golpes. Todo eso se esfuma ahí, en la parte alta de la planicie de piedra caliza bajo el sol dulce de la mañana, frente a la mirada brillante del niño

arrodillado junto a él. Tayar abre los ojos, ve la silueta inmóvil del muchacho y su cabello iluminado por el sol como si fuera hierba. Con dificultad dice «Aazi…», y se ríe un poco sin ruido y su mano se alza para tomar la del muchacho, quien se levanta de un salto y permanece de pie, en equilibrio y con los músculos tensos, preparado para huir.

Después de levantarse con un esfuerzo que le cubre el rostro de sudor y le quema el interior del pecho, Tayar mira al niño que corre ligero como un cabrito por el borde del cráter. La silueta permanece un instante en el filo del cráter, como si el niño dudara. Luego, sin que Tayar entienda cómo, el pequeño desaparece de golpe. Ya sólo queda el cielo inmenso y vacío, la luz, el ruido del viento.

A un costado, a tientas, Tayar encuentra los trozos de pan, las membranas húmedas de la naranja. Intenta tomar un trozo de pan pero sus dedos carecen de fuerza y el alimento cae en la hierba. A pesar del anorak en su pecho, Tayar siente que el frío lo invade y se adueña poco a poco de él.

Tayar intenta llegar hasta lo alto de la pendiente de la dolina arrastrándose bocabajo. Aquello dura tanto que ya no sabe bien qué ha sucedido momentos antes. Sus ojos empañados miran fijamente un poco más arriba las piedras afiladas y las ramas de los arbustos de espinas recortadas contra el cielo blanco. A veces el mundo parece vaciarse como si cayera la noche, una noche terrible que nunca ha de terminar. 0 quizá lo que tapa el espacio y hace brillarlas espinas de los arbustos con fulgores mortales es un velo de sangre. Tayar sube con lentitud la pendiente del cráter y se desliza sobre el vientre como un saurio. Las piedras le desgarran los antebrazos y las rodillas, le hieren el pecho y la cara pero él no presta atención. Hay en él una fuerza que sobrevive porque quiere ver. El niño ha desaparecido dejando a sus espaldas una estela de luz. Tayar quiere andar por ella como si fuera un camino que pudiera conducirlo hasta el paisaje de piedra que tan bien conoce, el valle abierto en la montaña que va hasta el fin del mundo.

Ése es un lugar que, en verdad, nunca ha abandonado. Tayar se iza poco a poco hasta el borde del cráter, ahí donde se puede ver el camino de luz. La planicie de piedra caliza está sola bajo el cielo azul. El viento helado silba en los arbustos de espinas. A lo lejos hay montañas altas, grises ya, irreales. Tayar avanza por la planicie movido por la misma fuerza, lejos de la protección de la dolina. Sigue el camino de luz que el niño trazó entre la maleza hasta la orilla del despeñadero. Las piedras le despellejan las manos y le desgarran la ropa, pero él no siente nada. Arrastra el cuerpo avanzando a veces sobre las rodillas, dirigiéndose hacia el otro lado de la planicie, ahí en donde está toda la luz del sol. Se apresura porque sabe que la noche va a llegar pronto y que no aguantará el frío que caerá en la tierra.

Debe alcanzar la orilla del despeñadero antes de que el sol toque las montañas, o será demasiado tarde.

Se arrastra por el suelo y el olor a excremento de borrego se mezcla con el olor a hierbas, con el aroma del humo que proviene de las granjas situadas al fondo de los valles.

Por su lado, el sol avanza con rapidez y baja hacia la tierra como una nave reluciente. La luz golpea la frente de Tayar y frena su avance. Cegado, cierra los ojos. Y pronto se encuentra al borde del despeñadero. Cuando mira, siente que el vértigo se apodera de él.

Ahí está Tayar, como en otros tiempos, recostado bocabajo sobre el pedrerío mientras aguanta la respiración. Es posible que la voz de su tío diga un murmullo: «No te muevas, Aazi, no hables…».

El sol quema y deslumbra aunque Tayar ve al fin lo que buscaba, el inmenso valle que va hasta el otro lado del mundo, ahí donde cada piedra, cada planta, cada arbusto de espinas brilla con una claridad que no existe en ninguna otra parte pues de ellos nace la luz, y no del cielo.

Tayar siente la felicidad en su interior mientras contempla el valle sin sombra. Sus ojos se humedecen: por primera vez, luego de varios días, ya no siente hambre o sueño. La quemadura en el centro de su pecho resplandece como un sol.

Grande es el silencio en el valle. No hay pájaros planeando, no hay sombra ni tampoco miedo. «No hagas ruido Aazi, mira…» El sol le quema la nuca y los hombros por entre la ropa desgarrada. Ya ha dejado el odre de piel de cabra entre las rocas, junto con la alforja, para caminar más rápido. Tiene que ir lejos, antes de que caiga la noche, por las colinas del monte Chelia hasta la gruta en donde lo esperan su hermano y su hermana Horriya. Ya no hay nada, nadie más en el mundo. El gran valle abierto conduce hasta el otro lado de la tierra, más allá de Timgad, más allá de Lambesa. El niño volvió para mostrarle el camino, para dejar su señal de luz. Ahora sólo debe mirar y dejarse resbalar por el camino radiante.

Tayar ya no ve el sol que baja hacia las montañas ni la sombra que inunda el valle. Mientras el viento le mece el pelo, Tayar permanece inmóvil, con la cabeza apoyada contra el piso como si estuviera durmiendo. Sin embargo, tiene los ojos abiertos y en sus córneas brilla una luz. Respira lento, con mucha dificultad.

Por eso no ve a los hombres que avanzan por el camino entre los muros de piedra seca. Tienen uniformes y uno de ellos jala con una correa a un gran perro salvaje que olfatea las piedras y que, de vez en cuando, se detiene. Los hombres saben adonde se dirigen, guiados por un muchacho que camina en silencio unos pasos adelante. Van por la planicie de piedra caliza hacia la dolina capturada ya por la sombra. Se apresuran sin decir palabra mientras el ruido de sus botas perturba,

por un instante, el silencio de la tierra.

ARIANE

Hay un bloque de viviendas de interés social a la orilla del río seco. Una verdadera ciudad en sí misma con decenas de edificios, grandes acantilados de concreto gris erguidos en las explanadas de asfalto y en todo el paisaje de colinas de piedras; con caminos y puentes; con el lecho de guijarros polvosos del río y el centro de incineración que genera una nube acre y pesada que flora sobre el valle. Esto se encuentra lejos del mar, lejos de la ciudad, lejos de la libertad e incluso lejos del mismo aire debido al humo del centro de incineración, lejos también de los hombres porque es un conjunto habitacional que parece una ciudad abandonada. ¿Ya no hay nadie, nadie en aquellos grandes edificios grises con sus miles de ventanas rectangulares? ¿Nadie en los cubos de las escaleras, en los ascensores, tampoco nadie en aquellos grandes estacionamientos donde los coches detuvieron su marcha? ¿Aquellas puertas y ventanas están tapiadas, ciegas, y ya nadie puede salir de esos muros, departamentos y sótanos? Esos que van y vienen por las grandes murallas grises, hombres, mujeres, niños, a veces perros, ¿no son como fantasmas sin sombra, con ojos vacíos, inasibles e inhallables, perdidos en el espacio sin calor, sin cruzarse nunca unos con otros, sin conocerse entre sí, como si no tuviesen un nombre real?

Cada tanto pasa una sombra, huidiza, entre los muros blancos. A veces, a pesar de la bruma, y a pesar sobre todo de la nube espesa que baja al poniente desde la chimenea del centro de incineración, se alcanza a distinguir el cielo. También se aprecian algunos aviones que se escapan de los nimbos en un instante, dibujando largos filamentos algodonosos tras sus alas relucientes.

Pero en este lugar no hay pájaros, moscas o saltamontes. A veces en los grandes estacionamientos pavimentados hay una Catarina perdida que camina en el suelo y que, volando con dificultad, intenta huir hacia las jardineras llenas de tierra craquelada, ahí donde está el geranio quemado.

A veces también hay niños. Se paran frente a la puerta de los edificios y tiran al piso su mochila, juegan, gritan, se pelean. Pero todo eso no dura mucho. Regresan a los alveolos, entre los muros.

Igual se escuchan las voces de los televisores que gruñen, se carcajean, tararean. O bien, cuando cae la noche, aparece de pronto el ruido desgarrador de los ciclomotores y un grupo que pasa a toda velocidad, zigzagueando en los estacionamientos y dando vueltas alrededor de los postes de luz. Diez, veinte motos tal vez, y los muchachos van cubiertos con máscaras de plástico, chamarras de piel negra de imitación, cascos naranjas o tricolores. El ruido de sus máquinas rebota en los muros de cemento, ruge en los pasillos y los subterráneos, hace ladrar a algunos perros. Luego, de repente, se van y se oye cómo el ruido de los motores disminuye y se apaga entre otros muros, al fondo de otras entrañas subterráneas.

De vez en cuando van más allá del centro de incineración, hacia lo alto del vallecito del río Ariane, suben por las curvas que conducen al cementerio y escalan la cuesta de la Lauvette. Es un ruido extraño, como el de un rebaño de animales salvajes que grita y muge en la noche y cuyos ecos rebotan al fondo de los barrancos oscuros. Es un ruido que da miedo porque brota de todos lados al mismo tiempo, incomprensible, casi sobrenatural.

Por la noche, el aire frío sopla en los edificios y los estacionamientos como sobre bandejas de piedras. El cielo está negro, sin estrellas ni luna, mientras que la cegadora luz de los grandes pilares de hierro forma placas en el asfalto. Durante el día la luz del sol se refleja en los muros color cemento, prisionera de los nimbos pesados, y el silencio que hay en ella no tiene fin. Hay reflejos, sombras. Hay coches que pasan por la gran carretera que bordea el río y también más abajo, por el puente destinado sólo para los vehículos. Los motores vibran y ruedan sin cesar entre los altos acantilados: camiones de las cementeras; camiones con madera, gasolina o ladrillos; camiones con carne o leche. Los autos van hacia los supermercados o vuelven de ahí, ciegos, como si en realidad no los condujera nadie.

Hoy, lunes de Pascua, aquella gran ciudad de viviendas está aún más vacía, aún más vasta. El cielo está gris y un viento frío sopla a lo largo del río seco y sube por los muros de los diques, por entre los altos acantilados de los edificios. La luz blanca de las nubes brilla en las ventanas hasta el decimosexto piso y forma una especie de rayos que se agitan, un tipo de reflejos. En los grandes estacionamientos vacíos hay sombras pálidas.

Los hombres no están ahí, hoy han desaparecido. Ya sólo quedan los restos de autos inmóviles, semejantes a los de los grandes cementerios de coches, más allá, un poco más hacia donde brota el río. Es un día para los autos, un día de restos abandonados, sin motores, puertas o ruedas, con los faros reventados, los vidrios rotos y los cofres abiertos que dejan ver el negro vacío de donde han sido

arrancadas las culatas del motor.

En las calles vacías hay unos cuantos niños que corren tras un balón blanquinegro y algunas mujeres que discuten paradas a la orilla de la banqueta. A ratos se escucha música. Proviene de una ventana abierta de par en par a pesar del viento helado: una música pesada de tonos cansinos y con tina voz curiosa, aguda, que tiembla al cantar sin descanso mientras las manos de los hombres aplauden siguiendo el ritmo. ¿Para quién canta esa voz? El silencio, más allá, ¡es tan grande, tan vasto! El silencio viene de las montañas rasas cuya curva se pierde en las nubes. El silencio viene de los caminos y del lecho del río seco, también proviene del otro lado, lejos, de la gran carretera sobre los pilares gigantes. Es un silencio áspero y frío, un silencio chirriante a causa del polvo de cemento, espeso como el humo lóbrego que sale de las chimeneas del centro de incineración. Es un silencio de más allá de los rugidos de los motores. Ese silencio vive en lo alto de las colinas, cerca del cementerio, y está mezclado con el olor acre del humo del centro de incineración el cual desciende, con pesadez, hasta el fondo del valle sobre los estacionamientos de aquellas viviendas, e incluso llega al fondo de los sótanos sin luz.

Por ahí camina Christine, pasa junto a los altos edificios sin mirar ni detenerse. Es grande y esbelta, sobre todo con su pantalón negro de pana y sus botas cortas de tacones muy altos. También lleva una chamarra de plástico blanco encima de un suéter blanco con rayas rojas. Sus cabellos rubios están sujetos en una cola de caballo y lleva unos aretes de metal dorado prensados a los lóbulos de sus orejas. El viento frío que barre la calle sin descanso viene desde allá, desde el mar al otro lado de las colinas, y recorre el valle del río levantando el polvo. Todavía es un viento invernal y Christine se envuelve en su chamarra de plástico, sube el cierre hasta el cuello con la mano derecha mientras hunde la izquierda en la bolsa trasera del pantalón.

Hay tanto silencio que escucha el ruido de sus tacones resonar en todos y cada uno de los meandros de los estacionamientos, en todos los muros de los grandes edificios e incluso al fondo de los sótanos. Aunque quizá sea el frío lo que le impide escuchar algo más. Sus tacones golpean el cemento de la banqueta haciendo un ruido metálico, duro e insistente que resuena bastante dentro de su cuerpo, de su cabeza.

Mientras camina intenta verse cada tanto en los vidrios de las camionetas detenidas o en los retrovisores de los grandes camiones. Algo ansiosa, inclina un poco la cabeza y entrecierra los ojos para poder verse. Entonces, en los espejitos convexos observa, como en medio de una bruma, su silueta negra y blanca que avanza casi como si estuviera bailando, las piernas y brazos alargados, el cuerpo ensanchado en las caderas, y la cara pequeña como la cabeza de un

alfiler enmarcada por su cabello dorado. Después la cara se agranda y crece hasta deformarse un poco: nariz larga, ojos negros separados como los de un pez, boca color cereza que sonríe y muestra sus dientes muy blancos. En el pasado Christine se habría reído sin parar ante su reflejo deforme. Ahora su ansiedad es demasiado fuerte e intenta reconstituir, a partir de aquella imagen grotesca, su verdadero rostro y su verdadero cuerpo, cerrando los ojos después de dejar el espejo atrás.

Ya no sabe por qué tiene tanta necesidad de verse. Aquello está en su interior, golpea y casi la lastima. Al caminar por la calle durante largo rato sin encontrar nada, salvo su reflejo gris en las vitrinas o su cara deforme en los retrovisores de los autos, va en busca de un espejo, un verdadero espejo sin importar dónde se encuentre: en la entrada de un edificio, en los baños de un bar o en un salón de belleza. Se dirige hacia él, se detiene y se observa durante largo rato, con avidez y sin moverse, casi sin respirar, con los ojos fijos en los ojos de la chica del reflejo, hasta sentir vértigo.

Ya no se ve el sol debido a las nubes grises pero Christine siente que debe ser tarde. La noche va a caer ahora, sin mucha prisa, y junto con el viento recorre todo el valle del río. Su hogar: un departamento de paredes estrechas y manchadas en donde hay un pesado olor a cocina que la asquea, el barullo del televisor, los gritos de los vecinos, el entrechocarse de los platos, los ruidos que resuenan en las escaleras de cemento, la puerta del elevador que rechina y se atora piso tras piso. Christine piensa también en su padre sentado frente al televisor, con las mejillas mal rasuradas y los cabellos hirsutos. Piensa en su hermana menor, en su cara pálida con ojeras, en su mirada hipócrita de chiquilla de diez años, y piensa con tanta fuerza que frunce las cejas y murmura algunas palabras sin saber bien qué, acaso un insulto, o quizá tan sólo un «¡Vete!». También piensa en su madre, en su cara cansada, en su pelo cubierto de tinte, en sus miembros y su vientre pesado, su silencio también pesado, como si en él se hubiera acumulado un montón de cosas como grasa dañina.

Al final, Christine ya no piensa en todo eso pero percibe muy rápido imágenes, olores, sonidos que se precipitan con tanta potencia y urgencia que aquello oculta, por un instante, el paisaje de los grandes estacionamientos y los muros con trescientas ventanas idénticas. Entonces se detiene, cierra los ojos frente a aquel país de blancura extrema, frente a ese mantel de sal, de nieve

El viento frío la vuelve a atenazar. Frente a ella, al pie del edificio gigante, está el Milk Bar. A Christine le gusta ir ahí, para hacer que el tiempo pase cuando sale de la escuela antes de volver al reducido departamento donde están su padre, su madre silenciosa y la mirada hipócrita de su hermana. Christine sube los escalones alegremente,

empuja la puerta de vidrio y huele con placer aquel aroma que tanto le gusta, el olor a vainilla, café y cigarro. Hoy no hay nadie en el Milk Bar. Podo mundo fue a la ciudad a pasear, a la orilla del mar o a la montaña en moto. Sólo está el dueño del Milk Bar, un hombre gordo con lentes que está sentado detrás de la barra y lee un periódico. El hombre lee cada línea con tanto esmero que ni siquiera le presta atención a Christine cuando entra y se sienta en una mesa de plástico cerca de la ventana.

¿Qué puede estar leyendo con semejante concentración? Pero Christine ya no piensa en ello, le da igual. Le gusta estar sentada ahí, con los codos sobre la mesa de plástico y observar afuera a través del vidrio.

Ahora la noche está cayendo. En la calle vacía, bajo el cielo gris, las sombras avanzan instalándose poco a poco. Cada tanto alguien pasa caminando y observa hacia el interior del Milk Bar antes de proseguir su trayecto. A Christine le gustaría saber la hora pero no se atreve a preguntársela al dueño, quien sigue recorriendo el periódico, palabra por palabra, como si no lograse comprender lo que va leyendo.

Entonces Cathie pasa frente al Milk Bar y reconoce a Christine. Hace muchos gestos y entra como tromba en el café, hablando tan fuerte que hasta el dueño se sobresalta. Cathie es más grande y fornida que Christine, de pelo negro rizado y con la cara cubierta de pecas. También tiene más años, unos dieciséis o diecisiete, aunque Christine parece tenerla misma edad gracias a su ropa, los tacones altos y el maquillaje. El dueño del Milk Bar se levanta de su banco y va hacia las dos chicas.

«¿Qué se toman?»

«Un café negro», dice Cathie.

«Y uno con leche para mí», dice Christine.

El dueño las mira un momento esperando que digan algo más. Luego gruñe:

«Bueno, pero cierro en diez minutos.»

Cathie siempre es así: habla demasiado y muy rápido, gesticula mucho, lo cual harta un poco a Christine, sobre todo porque no ha comido desde la mañana y ha andado todo el día afuera recorriendo las plazas, caminando por las calles vacías o a la orilla del mar. Luego Cathie se pone a hablar mal de todo el mundo, es una verdadera víbora, y eso también provoca que sienta vértigo, como en un carrusel que va demasiado rápido.

Por fortuna ya es de noche allá afuera. A pesar de su advertencia, el dueño del Milk Bar no parece tener ganas de cerrar de inmediato. Sigue leyendo su periódico aunque con menos concentración, de vez

en cuando levanta la cabeza para mirar a las chicas. Christine lo voltea a ver y lo sorprende mirándola con ojos brillosos. La chica se sonroja y gira la cabeza bruscamente hacia la ventana.

«¡Ven!», le dice de pronto a Cathie. «¡Vámonos!»

Sin esperar respuesta deja el importe del café con leche sobre la mesa de plástico y sale. Cathie se le une al pie de la escalera.

«¿Qué tienes? ¿Quieres volver a casa?»

«Nada, no», contesta Christine, pero ahora que está afuera se da cuenta de que debe pensar de nuevo en el departamento con paredes manchadas, en la televisión que habla sola, en el rostro cerrado de su padre, en el cuerpo cansado de su madre, en la mirada de su hermana.

«Bueno, adiós, yo me voy a casa», dice Cathie, quien de pronto pone cara de estar aburriéndose. Christine quiere retenerla y esboza un gesto.

«Escucha, es que…»

Pero no sabe qué decir. La noche es fría y sopla el viento. Cathie levanta el cuello de su chamarra azul y se va corriendo mientras se despide con la mano. Christine la observa entrar al edificio de enfrente y ve que la luz automática se enciende; aguarda unos segundos frente a una puerta en la planta baja, luego la puerta se abre y se cierra. Cathie ha desaparecido.

Christine da algunos pasos en la calle, hasta el ángulo del estacionamiento. Se pega al muro en una mancha de sombra. Después del calor perfumado del Milk Bar, el frío de la noche la estremece. Frente a ella, el cielo gris se ha puesto rosa y luminiscente del lado de la ciudad, mientras que la pesada mancha sigue ahí, sobre las chimeneas del centro de incineración. Ya no hay ruido, es decir, ningún ruido significante. Sólo el rugido sordo de autos y camiones allá, en el puente de la carretera; los ruidos de hombres y niños en los departamentos; las voces gangosas de los televisores.

No quiere volver a casa de sus padres, aún no. Christine quiere permanecer ahí, inmóvil, con la espalda apoyada contra la pared fría para observar la noche, el cielo gris y difuso, los grandes muros blancos cuyas ventanas están encendidas. En el sótano se hallan los autos estacionados y los camiones parados en la calle bajo las manchas de los faroles. Las luces de la ciudad se prenden como estrellas deslucidas. Quiere escuchar los ruidos confusos de la vida en los departamentos, escucharlos todos al mismo tiempo y sentir el frío de la noche. Permanece largo rato de ese modo, inmóvil contra la pared hasta que el frío anquilosa sus piernas, brazos y hombros. Las gotas de humedad relucen en su chamarra de plástico blanco, en sus botas.

Entonces Christine echa a andar de nuevo por las calles vacías, da

vueltas a los bloques de edificios. Ya no sabe bien adonde va. Primero se dirige hacia el edificio de la escuela, luego atraviesa el pequeño jardín de niños que está al pie del camino y recorre las calles donde hay casitas destartaladas en medio de jardines pelados. Hace ladrar a los gozques contra las rejas y a su paso ve que algunos gatos negros corren bajo los coches estacionados.

Cuando vuelve a encontrar los bloques de los edificios, parecidos a gigantes de pie en medio de los terrenos y los estacionamientos, Christine siente de nuevo la luz fría y húmeda de los faroles que la estremece.

Entonces el ruido de las motocicletas la alcanza en un santiamén. Lo escucha estallar entre los edificios sin saber exactamente de dónde proviene. ¿Adónde ir? Christine quiere esconderse porque está en medio de la gran calle y porque la luz de los faroles la alumbra de forma brutal. Corre hacia el edificio más cercano y se pega contra el muro al instante en que el grupo de motociclistas pasa a toda velocidad. Son seis o siete, enmascarados con sus cascos y vestidos con vinil negro, trepados en sus motos trial cubiertas de lodo. Christine ve que se dan la vuelta en el cruce, escucha que el ruido de los motores se aleja, se extingue.

De pronto siente miedo. Ya no sabe de qué tiene miedo pero ahí está en ella, como un escalofrío, y también a su alrededor en el silencio de las grandes calles vacías y de los edificios gigantes con los cientos, miles de ventanas, bajo la luz anaranjada de los faroles, en el viento frío que sube a lo largo del valle y transporta el olor acre del humo y el rumor de la carretera. Un miedo extraño e impreciso que le aprieta la garganta y que, a pesar del frío, le empapa de sudor la espalda y las palmas de las manos.

Ahora camina rápido, intentando no pensar en nada. Sin embargo, de pronto recuerda la mirada punzante del dueño del Milk Bar y su corazón palpita como si aún sintiera esos ojos posados sobre ella, espiándola en la sombra. Quizás el hombre realmente esté ahí. Christine recuerda que iba a cerrar su local y que la había mirado después de salir del Milk Bar, cuando estaba ya parada en la calle.

Y de pronto, ahí están otra vez los motociclistas. En esta ocasión no los oyó venir, llegaron al mismo tiempo que las motos. Tal vez llegaron despacio, dando vueltas y zigzagueando en el estacionamiento del edificio, escurriéndose entre los autos para sorprenderla.

Ahora Christine está inmóvil en el estacionamiento bajo la luz anaranjada del farol que resplandece en su cabello rubio, en su chamarra de plástico blanco y en sus botas, mientras las motos dan vueltas despacio, rodeándola. Los motociclistas tienen los rostros cubiertos por la visera de sus cascos y ninguno de ellos parece

observarla, tan sólo giran a su alrededor; los ligeros acelerones hacen que las motos se sacudan y que los faros y las luces rojas tiemblen. A medida que giran, los motociclistas van reduciendo el círculo y pasan tan cerca de ella que Christine puede sentir el aire caliente de los escapes. Permanece de pie, petrificada, con el corazón latiendo fuerte y las piernas sin fuerza. Mira a su alrededor, hacia los grandes edificios, ¡pero los muros son tan altos y hay tantas ventanas iluminadas! ¡Son tantos los autos estacionados con la carrocería cubierta de destellos! El ruido lento y profundo de las motos que giran hace vibrar el piso y todo su cuerpo, inundándole la cabeza. Siente que las piernas le tiemblan bajo su peso y se apodera de ella una especie de vértigo. De pronto se echa a correr hacia el frente tan rápido como puede, lanzando gritos en medio del estacionamiento.

Entonces las motos se lanzan tras ella, rodean los autos estacionados y continúan su persecución, deslumbrándola con sus faros; los aceleradores hundidos hasta el fondo hacen que retumben los motores en rugidos.

Christine no se detiene. Atraviesa el estacionamiento y luego corre a lo largo de las avenidas, bordea los muros de los edificios, atraviesa los terraplenes cubiertos con hierba al ras. Corre tan rápido que ya casi no puede respirar y el viento frío hace que le resbalen lágrimas por las mejillas. A fuerza de huir ya no sabe dónde está. Hasta donde llega su mirada lo único que ve a su alrededor son las murallas blancas de los edificios, idénticos todos, los estacionamientos que se abren mostrando sus autos inmóviles, las calles iluminadas por los faroles anaranjados, los terraplenes llenos de hierba sucia. Luego, así como llegaron, los motociclistas desaparecen. El frío, el pesado silencio y el vacío se apoderan de nuevo del conjunto de viviendas y Christine vuelve a escuchar el rumor distante de los autos que circulan más allá, en el gran puente que atraviesa el río.

Entonces observa dónde se encuentra. Sin saber cómo sus piernas la han llevado corriendo justo frente a su edificio. Levanta la vista, busca las ventanas del departamento donde están su padre, su madre y su hermana. Aunque viven ahí desde hace apenas cinco meses, aún tiene que mirar durante largo rato antes de reconocer las tres ventanas situadas al lado de esas que tienen macetas con geranios. Las dos ventanas de la gran habitación están iluminadas pues ahí es donde su padre está sentado en el sofá observando la televisión mientras come. Ahora Christine está muy cansada y casi contenta por la idea de volver a su exiguo departamento, de aprisionar el pesado olor a comida, de escuchar la voz gangosa del televisor.

Empieza a subir por los escalones, empuja la puerta de entrada del edificio, apoya la mano en el botón de la luz automática. Entonces los ve. Ahí están todos, esperándola, con sus chamarras de vinil negro y

sus cascos con la visera bajada brillando con la luz de la escalera.

Christine no puede gritar porque algo se le atora en la garganta y sus piernas ya no pueden moverse. Se acercan. Uno de ellos, uno grande con chamarra de aviador y casco color naranja con visera de plástico ahumado, se le acerca hasta quedar pegado a ella y la toma por el brazo. Ella intenta zafarse, abre la boca y va a gritar pero el motociclista le da un puñetazo en el vientre con todas sus fuerzas, ahí donde el cuerpo se dobla en dos y la respiración se detiene. La arrastran hacia la puerta que está a un costado del elevador, bajan la escalera de cemento donde rebotan los sonidos. Se oyen los gritos de los niños, los ruidos de los televisores de la planta baja y de los platos al entrechocar. Bajo tierra la luz es gris, proveniente de dos o tres focos en medio de los tubos y la canalización. Los motociclistas avanzan rápido. Jalan el cuerpo de Christine y casi la llevan cargando. No dicen nada. Abren una puerta. Es un sótano, apenas cuatro o cinco metros cuadrados de cemento gris, cajas y un viejo colchón en el suelo. La tiran al piso. Al fondo del sótano uno de los motociclistas prende una vela en equilibrio sobre un plato viejo. El sótano es tan pequeño que están de pie unos contra otros.

Afuera la luz del temporizador se apaga y sólo queda el fulgor de la vela que titubea. Christine recupera el aliento. Las lágrimas resbalan por las mejillas y provocan que el rímel y el maquillaje se corran. Sus dientes castañetean.

«Desvístete.»

La voz del grande resuena en el sótano exiguo, una voz dura y ronca que la muchacha no conoce. Como no reacciona, se agacha hacia ella, le jala la chamarra y le desgarra la tela del cuello. Christine tiene miedo, piensa que le van a desgarrar toda la ropa. Entonces se quita la chamarra y la coloca en el piso. Va hasta el otro lado del sótano, muy cerca de la vela, y se quita el suéter tejido a rayas, se desabrocha las botas, desliza su pantalón, luego los calzones y el brasier. Desnuda tirita de frío en el sótano; flaca y enclenque, sus dientes chocan tan duro que sabe que ni siquiera podrá gritar; llora un poco, emite gemidos vías lágrimas siguen ultrajando sus mejillas con rímel y maquillaje. Luego el muchacho se le acerca, se desabrocha el cinturón. La empuja sobre el colchón y se extiende sobre ella sin quitarse el casco. Los otros se acercan. Christine ve sus rostros mirándola mientras siente el aliento del muchacho en su piel. Uno tras otro, interminablemente, la abren, la desgarran. El dolor es tan grande que ya no siente el miedo ni el frío, sólo un vértigo que se forma en ella y que la aplasta más allá de su vientre, más abajo, como si el colchón mojado se desplomara al fondo de un pozo glacial y oscuro, quebrándole la espalda. Aquello dura tanto tiempo que ya no sabe qué sucede. Cada vez que uno de los muchachos entra en ella a la fuerza,

el dolor crece en su cuerpo y la arrastra aún más hacia el fondo del pozo. Las manos aplastan sus muñecas contra el suelo, apartan sus piernas. Las bocas se dilatan en su boca, muerden sus pechos, ahogan su respiración.

Luego la vela tiembla un poco más y acaba por ahogarse en la cera. Entonces todo se detiene. Hay un silencio, y el frío es tan terrible que Christine se ovilla en el colchón y se desmaya.

Cuando la luz eléctrica regresa, ve la puerta del sótano abierta y a los motociclistas de pie en el pasillo. Sabe que todo terminó. Se levanta, se viste, sale titubeando del sótano. Su vientre arde y sangra, sus labios están hinchados, tumefactos. En sus mejillas las lágrimas se han secado, mezcladas con el rímel y el maquillaje.

La empujan hacia delante por la escalera de cemento. En la entrada sólo queda el grande con su casco y su chamarra de aviador. Antes de irse se inclina hacia ella y una de sus manos se posa en el cuello de la chica.

«¡Cabrón!», dice Christine con una voz donde tiembla el miedo y la rabia. Pero él hace que la mano pese más en su cuello.

«Si hablas, te matamos.»

Christine se sienta afuera, en los escalones. Permanece largo rato así, sin moverse, para que el frío la vuelva insensible, para que lo negro de la noche la envuelva y calme el dolor de su vientre y las contusiones de sus labios. Luego busca en el estacionamiento un coche con un gran retrovisor: lentamente, con la dedicación de una niña chiquita, se limpia el rímel de los ojos y frota el maquillaje de sus mejillas amoratadas.

CASONA AURORE

Aurore existió desde siempre ahí, en la punta de la colina, medio perdida en el revoltijo de la vegetación aunque de todos modos visible entre los altos troncos de las palmeras y de las latanias: gran palacio blanco color nube que tiembla entre las sombras del follaje. Se le conocía como la casona Aurore a pesar de que nunca se leyó ningún nombre en los pilares de la entrada, sólo una cifra grabada en la placa de mármol, la cual desapareció mucho antes de que hubiese podido recordarlo. Quizá tenía aquel apodo justamente debido a su color nube, a ese tono ligero y nacarado parecido al cielo de las primeras horas. Eso sí, todo el mundo la conocía. Es la primera casa de la que me acuerdo, la primera casa extranjera que me enseñaron.

Fue también en aquella época cuando oí hablar sobre la señora de la casona Aurore. De seguro me la enseñaron cuando ella se paseaba en su jardín, peinada con su gran sombrero de jardinero, o mientras deshojaba los rosales cerca del muro de la entrada. Pero de ella conservo un recuerdo impreciso, fugitivo y apenas perceptible, al grado de que a veces me pregunto si más bien no la imaginé. Solía enterarme de lo que decían de ella por las conversaciones que escuchaba distraídamente, sobre todo las de mi abuela y sus amigas. La mujer pronto tomaba tintes de ser una persona extraña, acaso una especie de hada cuyo puro nombre me parecía lleno de misterios y promesas: la señora de la casona Aurore. Eso se debía a su nombre y al color nacarado de la casa dispuesta en medio de la maleza, así como al enorme jardín abandonado por completo donde vivían multitudes de pájaros y gatos errantes. Cada vez que pensaba en ella o que me acercaba a su propiedad, yo sentía un poco el estremecimiento de la aventura.

Más tarde, junto con otros granujas, aprendí cómo entrar en la propiedad: por la brecha de un muro viejo, del lado del barranco, en la umbría de la colina. Pero en aquella época no decíamos «la señora de la casona Aurore», ni siquiera «casona Aurore». Hablábamos de ella más bien con una perífrasis que, de seguro, había sido inventada para exorcizar el misterio de la primera infancia y para justificar que entráramos ahí. Decíamos: «Ir al jardín de los gatos vagabundos», o

también «Pasar por el hoyo del muro». Prudentes, nos quedábamos en la parte abandonada del jardín, ahí donde vivían los gatos y sus camadas milagrosas de gatitos ciegos junto a dos o tres estatuas de yeso abandonadas a la vegetación. En raras ocasiones, mientras jugábamos a las escondidas o durante las expediciones de reconocimiento entre la jungla de acantos y laureles, lograba distinguir a lo lejos, como si fuera irreal, la casa blanca con sus escaleras de abanico rodeada por los troncos de las palmeras. Pero ni una sola vez escuché la voz de la propietaria, ni una sola vez la vi en los pasillos de grava o en los peldaños de la escalera, y menos aún tras los vidrios de la ventana.

Sin embargo, cuando pienso en aquella época hay algo extraño, como si todos supiéramos que la señora estaba viviendo en aquella casa donde tenía su reino. Sin haberla visto nunca ni conocerla, sin siquiera saber su verdadero nombre éramos conscientes de su presencia; éramos sus familiares, sus vecinos. Algo de ella vivía entonces en aquel barrio en lo alto de la colina, algo que no podíamos ver en realidad pero que existía en los árboles, en las palmeras, en la silueta de la casa blanca, en los dos pilares de piedra de la entrada y en la gran reja oxidada cerrada con cadena. Era un poco como la presencia de algo muy antiguo, suave y distante; la presencia de los viejos olivos grises y del cedro gigante marcado por el rayo en los viejos muros que rodeaban la propiedad como murallas. También estaba en el olor caliente de los laureles polvosos, en los macizos de los azares de China y en los naranjos, en las vallas sombrías de los cipreses. Todo eso estaba ahí, día a día, sin moverse ni cambiar, y éramos felices sin saberlo; o sin quererlo, gracias a la presencia de la señora que estaba en el corazón de la propiedad.

También queríamos a los gatos. A veces algunos granujas los perseguían tirándoles piedras, pero cuando los animales pasaban por la brecha del muro los dejaban en paz. Ahí, dentro de los muros del jardín, los gatos vagabundos estaban en su casa, y lo sabían. Vivían en camadas de centenas, agarrados a las rocas de la umbría o medio escondidos en los huecos del muro gastado, calentándose bajo el sol pálido del invierno.

Los conocía bien a todos, como si hubiese conocido sus nombres: el gato blanco tuerto con las orejas desgarradas por los combates; el gato pelirrojo; el gato negro con los ojos azul cielo; el gato blanquinegro con las patas siempre sucias; la gata gris de ojos dorados y todos sus cachorros; el gato de la cola cortada; el gato atigrado de nariz rota; el gato que parecía un tigrillo; el gato de angora; la gata blanca con tres pequeños blancos como ella, hambrientos y asustados, con las pupilas agrandadas y el pelaje manchado o erizado; y todos los felinos que se acercaban a la muerte con los ojos llorosos y la nariz congestionada,

tan flacos que se les veían las costillas y las vértebras del lomo entre el pelambre.

Los gatos vivían en el bello jardín misterioso, como si fuesen las criaturas de la señora de la casona Aurore. Incluso cuando a veces nos aventurábamos cerca de las galerías del lado de la casa blanca, se veían algunos montoncitos de comida colocados sobre pedazos de papel encerado o también en viejos platos desportillados. La mujer les daba de comer y eran los únicos seres que podían acercársele o hablarle. Se decía que les daba comida envenenada para poner fin a sus sufrimientos pero creo que no era verdad, que sólo era una leyenda más, inventada por aquellos que no conocían a Aurore y le tenían miedo. No nos atrevíamos a acercarnos mucho a las galerías o a los muros, como si no perteneciéramos a la misma especie, como si estuviésemos obligados a seguir siendo unos extraños para siempre.

También me gustaban los pájaros, unos mirlos de vuelo pesado que saltaban de árbol en árbol. Silbaban curiosas melodías trepados en las altas ramas de los laureles o en las coronas sombrías de la araucaria. A veces me divertía contestándoles con silbidos, porque ése era el único lugar donde uno podía esconderse entre la maleza y silbar como pájaro sin que nadie apareciese. También había algunos petirrojos y de vez en cuando un misterioso ruiseñor que cantaba su música celeste hacia el atardecer, cuando iba cayendo la noche en el jardín.

También había otra cosa curiosa en aquel jardín abandonado: una especie de templo circular hecho de grandes columnas sobre las que descansaba un techo ornado de frescos; en uno de los costados estaba escrita una palabra misteriosa, una palabra extraña que decía:

ΟΥΡΑΝΟΣ

Me quedaba durante largo rato observando la palabra extraña sin entenderla, medio escondida en las altas hierbas entre las hojas de laurel. Era una palabra que lo arrastraba a uno al pasado, a otro tiempo y a un mundo distinto, como el nombre de un país inexistente. No había nadie en el templo salvo algunos mirlos que brincoteaban en los escalones de mármol blanco, algunas hierbas silvestres y lianas que invadían poco a poco las columnas en marañas y formaban manchas oscuras. A la luz del crepúsculo en aquel lugar había algo aún más misterioso, ocasionado por los juegos de la sombra en los escalones de mármol y por el peristilo del templo donde brillaban las letras mágicas. En ese entonces yo creía que el templo era verdadero. A veces iba con Sophie, Lucas y Michel, los otros niños del vecindario, después de arrastrarnos en la hierba para observar el templo sin hacer ruido. Sin embargo, ninguno de nosotros se hubiese atrevido a llegar hasta los escalones del templo por miedo a romper el encanto que

reinaba en ese sitio.

Aunque en aquel tiempo ya no iba al jardín de Aurore, un tipo después me dijo lo que era aquel templo construido por un chiflado que creía haber vuelto a la época de los griegos. Hasta me explicó la palabra mágica, me dijo cómo se pronunciaba, uranos, y me dijo que quería decir «cielo» en griego. Lo había aprendido en la escuela y de seguro se sentía muy orgulloso, pero a mí eso ya me daba igual: quiero decir, ya todo se había cerrado en mi memoria y era imposible cambiarlo.

En aquella época los días eran largos y hermosos en el jardín de la casona Aurore. En la ciudad ya no había nada más que resultara interesante, ni las calles ni las colinas, tampoco el mar que se veía a lo lejos entre los árboles y las palmeras. Durante el invierno el jardín estaba oscuro y escurría lluvia, aun así era agradable ir a sentarse contra el tronco de una palmera y escuchar la lluvia tamborilear en las grandes hojas de palma y en las hojas de los laurales. Entonces el aire permanecía inmóvil, helado, y no se oía un solo grito de pájaro ni un solo ruido de insecto. La noche caía rápido, pesada, cargada de secretos, llevando consigo el sabor acre del humo. La sombra mojada hacía que se estremeciera la piel y las hojas de los árboles, como un soplo en el estanque.

O de lo contrario, el sol surgía duro y agudo entre las altas ramas en la víspera del verano, quemando los claros minúsculos cerca de los eucaliptos. Cuando el calor aumentaba me arrastraba entre la maleza como un gato hasta la puerta desde donde podía ver el templo. Ése era el momento más hermoso: el cielo azul sin nubes y la piedra blanca del templo, tan intensa que yo debía cerrar los ojos, encandilado. Entonces miraba el nombre mágico y ese puro nombre bastaba para provocar que me fuera a otro mundo, como si estuviese entrando en uno que aún no existía. No había nada más salvo aquel cielo desnudo, la piedra blanca y los altos macizos de mármol blanco junto con el ruido chirriante de los insectos estivales, como si fueran el sonido mismo de la luz. Me quedaba sentado durante horas en la entrada de ese mundo sin querer penetrar realmente en él, observando sólo aquellas letras que decían la palabra mágica, sintiendo el poder de la luz y el olor. Incluso hoy percibo el olor acre de los laureles y las cortezas de las ramas rotas que se cocían al calor del sol; ese olor de la tierra roja que tiene más fuerza que lo real. La luz que junté en el jardín en ese instante brilla aún dentro de mi cuerpo, más hermosa e intensa que la del día. Las cosas no deberían cambiar.

*

Después hay una especie de gran vacío en mi vida hasta el

momento en que, por casualidad, volví a encontrar el jardín de la casona Aurore, su muro, su puerta enrejada y su maleza abundante, los laureles, las viejas palmeras. ¿Por qué un día dejé de entrar por la grieta del muro y de escabullirme entre los juncos acechando los gritos de los pájaros, las formas huidizas de los gatos vagabundos? Era como si una larga enfermedad me hubiese separado de la infancia, los juegos, los secretos y los caminos, y que ya no fuese posible hacer la unión entre las dos partes separadas. Ese que había desaparecido en mí, ¿dónde estaba? Durante años no se había dado cuenta de la ruptura, atacado por la amnesia, rechazado para siempre en otro mundo.

Ya no veía el jardín, ya no pensaba más en él. La palabra mágica escrita en el frontispicio del falso templo se había borrado por completo y había desaparecido de mi memoria. Era una palabra que no quería decir nada, pero sí lo suficiente para abrirle la puerta a un mundo distinto al que la observaba, medio escondido en el muro de ramas y hojas, inmóvil en la luz como un reptil. Cuando la dejaba de ver, cuando dejaba de creer en ella, la palabra se borraba, perdía su poder y se volvía un vocablo más de esos que vemos sin mirarlos, escritos en las paredes, en las hojas de los diarios o brillando sobre las vitrinas.

En ese entonces el tipo que estudiaba griego me dijo un día al pasar, como si nada, que la palabra significaba «cielo», pero eso ya no tenía ninguna importancia. Se había vuelto sólo un tema de conversación, si entienden lo que quiero decir. Un tema de conversación, aire, vacío.

De todas formas traté de ver todo de nuevo un sábado por la tarde, poco antes del periodo de exámenes (era la época en que había empezado a estudiar derecho). Hacía tanto que había dejado el barrio que me costó encontrar la calle que subía hasta la colina, hasta el muro de la casona Aurore. En la colina ahora había grandes edificios que habían brotado en desorden por todas partes hasta la cima, apretándose unos a otros en sus grandes plataformas de asfalto. Casi todos los árboles habían desaparecido, salvo uno o dos por aquí o por allá, olvidados de seguro por la devastación que había arrasado la tierra: olivos, eucaliptos y algunos naranjos que lucían enclenques, apagados, envejecidos y cerca de la muerte sumergidos en un mar de asfalto y concreto.

Al caminar por aquellas calles desconocidas mi corazón se apretujaba poco a poco. Tenía una rara impresión que surgía de todo, parecida a la angustia o a un miedo bastante sordo sin que hubiera un motivo real; la impresión de la muerte. El sol se vertía en la fachada de los edificios y los balcones sacando chispas en los grandes ventanales. El viento tibio del otoño agitaba las hojas de los setos y el

follaje de las plantas de ornamento en los jardines residenciales; sí, ahora había plantas moderadas de colores vivos y nombres extraños que conocía desde hacía poco: nochebuenas, begonias, aves del paraíso, jacarandas. De vez en cuando había también, como en el pasado, algunos mirlos burlones que piaban y daban saltitos en el pasto de las glorietas cuando yo pasaba, así como gritos de niños y ladridos de perros. Pero la muerte estaba detrás de todo eso y sentía que no había modo de evitarla.

La muerte venía de todos lados al unísono, brotaba del suelo, vagabundeaba a lo largo de las calles demasiado largas, en los cruces vacíos y en los jardines desnudos, balanceándose en las hojas grises de las viejas palmeras. Era una sombra, un reflejo, un olor quizás, un vacío que ahora estaba en las cosas.

Entonces me detuve un instante para entender. ¡Todo era tan diferente! Las casonas habían desaparecido o las habían pintado, ampliado, transformado. Ahí, donde antaño había jardines protegidos por altos muros carcomidos, se levantaban ahora edificios blanquísimos de diez, ocho, doce pisos, inmensos montados en sus estacionamientos manchados de aceite usado. Lo que sobre todo me parecía inquietante era que ya no podía encontrar mis recuerdos. Lo que existía en el presente había borrado de golpe todas mis memorias de infancia, dejando sólo una dolorosa sensación de vacío y mutilación, un malestar difuso y ciego que impedía que mis sentimientos de antaño se reunieran con los actuales. Desposeído, exilado, traicionado (o tal vez sólo excluido), para mí había ahí un sabor a muerte, un sabor a nada. El concreto y el asfalto, los altos muros, los terraplenes de pasto y preocupaciones, las bardas con rejas de níquel, todo aquello tenía una forma cubierta completamente por un brillo de angustia cargado con un sentido negativo. Acababa de entender que era yo quien lo había traicionado, quien lo había abandonado a sus mutaciones al alejarme, al dejar de mantener mi mirada fija en el mundo. Me había puesto a mirar hacia otras partes, me había ido a otros sitios y durante ese tiempo las cosas se habían podido transformar.

En el presente, ¿dónde estaba Aurore? Caminé con premura por las calles vacías hacia la punta de la colina. Veía el nombre de los edificios escritos con letras doradas en los frontispicios de mármol, sus nombres pretenciosos y vacíos, parecidos entre ellos como las fachadas, ventanas y balcones:

«La Perla»

«La Edad de oro»

«Sol de oro»

«Las resedas»

«Las Terrazas del Adret»

Y me puse a pensar en la palabra mágica, en la palabra que no pronunciaba nunca frente a nadie, en la palabra que sólo podía ver grabada en la cima del falso templo griego en estuco, más allá de todo, en un lugar que había dejado de existir. Acaso era ella lo que me había faltado durante todos los años de adolescencia estando lejos del jardín, lejos de la casa de Aurore y de todos aquellos senderos. Ahora mi corazón palpitaba más rápido y sentía que algo me oprimía, que algo me apretaba el centro de mí mismo; un dolor, una inquietud, porque sabía que no iba a encontrar lo que buscaba, que ya no lo volvería a encontrar jamás pues había sido destruido, devorado.

Los jardines destripados, las ruinas, las heridas abiertas cavadas en la tierra estaban por doquier en lo alto de la colina. Las altas grúas permanecían inmóviles, amenazantes en la cantera de las obras. Los camiones habían dejado estelas de lodo sobre la calzada. Los edificios no terminaban de brotar. Seguían creciendo, mordiendo los viejos muros, abrasando la tierra, extendiendo a su alrededor capas de asfalto y nubes cegadoras de cemento.

Entorné los ojos, luchando contra la reverberación del sol poniente en todas las fachadas blancas. Ahora ya no había más sombras, ni secretos. Sólo los estacionamientos subterráneos de los edificios que abrían sus vastos portones negros y mostraban los corredores brumosos de sus basamentos.

Por momentos creía reconocer una casa, un muro o incluso un mármol; un viejo laurel que hubiese sobrevivido a la destrucción. Pero igual que un reflejo, aquella impresión se encendía y se apagaba al instante incluso antes de que hubiera podido saberlo; lo único que quedaba era la superficie vacía de la calle y los altos muros que tapaban el cielo.

Durante largo rato erré en la punta de la colina buscando algo, un indicio. La tarde comenzaba a caer, la luz se volvía difusa y débil, los mirlos volaban pesadamente entre los edificios buscando un lugar donde dormir. Ellos fueron los que me guiaron hasta la casona Aurore. La vi de golpe. No la había reconocido porque estaba un poco más abajo de la gran avenida circular, tan hundida bajo el muro de soporte en el hueco de la hondonada que no veía la terraza de su techo ni sus chimeneas. ¿Cómo pude haberla olvidado de ese modo? Con el corazón palpitando atravesé la avenida entre dos coches y me acerqué al enrejado. Era ella. No la había visto nunca tan cerca y, sobre todo, nunca había imaginado de qué podría tener cara vista desde arriba, como desde un puente. En ese momento la vi y me pareció triste, abandonada y gris, con los postigos cerrando sus altas ventanas. Vi el yeso manchado de óxido y de hollín, vi el estuco roído por la vejez y la desdicha. Ya no tenía ese color ligero y nacarado que le daba antes un tinte irreal cuando la observaba al acecho entre las ramas bajas de

los laureles. Ya no tenía su color de aurora. Ahora tenía un siniestro color gris blanco, color de enfermedad y muerte, color de madera de sótano. Incluso la suave reverberación del crepúsculo no conseguía iluminarla.

Ya no había nada tampoco que la escondiera o la protegiese. Salvo dos o tres troncos de olivos torcidos o curvos que hacían muecas y que crecían hacia el subsuelo de la avenida a cada lado de la casa, los árboles habían desaparecido a su alrededor. Mirando con cuidado descubría poco a poco cada árbol antiguo, las palmeras, los eucaliptos, los laureles, los limoneros, los rododendros, todos esos árboles que había conocido y que habían sido tan cercanos a mí como una persona, un poco como un amigo gigante al que no me había atrevido a acercar. Sí, ahí estaban todavía, era verdad: seguían existiendo.

Pero al igual que la casona Aurore, los árboles ya no eran sino formas vacías, sombras bastante pálidas y ligeras, como si por dentro estuviesen vacíos.

Me quedé ahí un buen rato inmóvil sobre la avenida, mirando el techo de la vieja casa, los árboles y el trozo de jardín que subsistía. Entonces veía más allá, hacia la imagen de mi infancia, e intentaba hacer renacer lo que había amado en ese entonces. Aquello venía y después se iba, antes de volver en medio de la duda, perturbador y doloroso: una imagen de fiebre y de embriaguez que me quemaba los ojos y la piel de la cara, que hacía temblar mis manos. La luz del crepúsculo vacilaba en lo alto de la colina antes de cubrir el cielo y de retirarse haciendo surgir las nubes de cenizas. La ciudad, y todo a su alrededor, estaba inmovilizada. Los autos ya no circulaban en los surcos que dejaban sus ruedas, ni los trenes o los camiones en los nudos de las autopistas. La gran avenida a mis espaldas penetraba en lo que otra época había sido el jardín de la casona Aurore, formando una amplia curva casi suspendida en el cielo. Pero ni un solo coche pasaba por ahí, nadie. Antes de desaparecer, el último fulgor del sol había hechizado al mundo, manteniéndolo en suspenso durante unos minutos más. Con el corazón palpitando y el rostro ardiendo, intentaba llegar lo más rápido posible al mundo que había amado, intentaba con todas mis fuerzas verlo aparecer rápido: todo eso que yo había sido, los huecos de los árboles, los túneles bajo el follaje sombrío y el olor a tierra húmeda, el canto de los grillos, los caminos secretos de los gatos salvajes, sus madrigueras bajo los laureles, el muro blanco y ligero como una nube de la casona Aurore, y por sobre todas las cosas el templo, distante y misterioso como un globo aerostático con aquella palabra que podía ver en el frontispicio pero no podía descifrar.

Por un instante volvió el olor a hojas y creí que podría entrar, que daría con el jardín y con él encontraría también el rostro de Sophie, la

voz de los niños jugando, mi cuerpo al fin y al cabo, mis piernas y brazos, mi libertad, mi camino.

Pero el olor se fue. La luz del crepúsculo se apagó cuando el sol desapareció tras las nubes afianzadas a las colinas. Entonces todo se deshizo. Incluso los autos empezaron a surgir sobre la gran avenida rodando por la curva a toda velocidad, haciéndome daño con el ruido de sus motores.

Vi el muro de la casona Aurore tan cerca que hasta habría podido tocarlo estirando el brazo si no hubiese estado aquella reja metálica sobre la barda de la avenida. Vi cada detalle del muro, el yeso descascarado y arañado, las manchas de moho en torno a los canalones, las salpicaduras de asfalto, las heridas que habían dejado las máquinas cuando construyeron la avenida. Los postigos de las altas ventanas ahora estaban cerrados, pero cerrados como si ya nunca hubiese la necesidad de abrirlos; cerrados como párpados apretados hasta la ceguera. En la tierra alrededor de la casona, entre la grava, había brotado la hierba mala y los macizos de acanto pululaban por todos lados ahogando la viña virgen y los naranjos viejos. No había un solo ruido, ni un solo movimiento en la casa. Pero no era el silencio de antaño, cargado de magia y de misterio. Era un mutismo pesado, difícil, que me oprimía el corazón y la garganta y me daban ganas de escapar.

Sin embargo, no conseguía irme. Me puse a caminar alrededor de la reja buscando percibir el menor signo de vida dentro de la casa, el menor suspiro. Un poco más lejos vi el antiguo portal pintado de verde, aquel que había observado en el pasado con una especie de temor, como si bloqueara la entrada a un castillo. Aunque el portal era el mismo, los pilares que lo sostenían habían cambiado. Ahora los dos pilares de cemento, ya grises por el hollín, estaban al borde de la gran avenida. La hermosa cifra grabada en la placa de mármol había desaparecido. Todo parecía encogido y triste, disminuido por la vejez. Había un botón de timbre con un nombre escrito debajo, dentro de una tapa de plástico cochambroso. Leí el nombre:

MARIE DOUCET

No conocía aquel nombre porque nadie me había hablado nunca de la vieja sin decir «la señora de la casona Aurore», pero sólo con ver el nombre escrito debajo del timbre inservible comprendí que se trataba de ella, la misma a la que había querido, la misma a la que había acechado durante tanto tiempo desde mis escondites debajo de los laureles, sin haberla visto jamás.

Por haber visto su nombre y sentir de inmediato afecto por él, ese nombre que embonaba tan bien con mis recuerdos, me sentí bastante

feliz y la sensación de derrota y extrañeza que había experimentado al caminar en mi antiguo barrio casi había desaparecido.

Por un momento tuve ganas de tocar el timbre sin pensarlo ni razonarlo, simplemente para ver aparecer el rostro de la señora que había amado durante tanto tiempo. Pero aquello era imposible. Entonces me fui. Bajé por las calles vacías entre los grandes edificios con las ventanas encendidas y los estacionamientos llenos de autos. Ya no había pájaros en el cielo y los viejos gatos vagabundos carecían de lugar para vivir. Yo también me había convertido en un extranjero.

*

Sólo pude volver a lo alto de la colina un año después. No había dejado de pensar en ella, y a pesar de las actividades y naderías de mi vida estudiantil, en mi interior seguía viva aquella inquietud. ¿Por qué? Creo que, en el fondo, nunca había podido acostumbrarme del todo a ya no ser aquel que había sido, el niño que entraba por la brecha del muro y que había encontrado sus propios escondites y caminos, ahí, en el gran jardín salvaje en medio de los gatos y del chirriar de los insectos. Aquello se había quedado vivo en mi interior a pesar de que todo un mundo lo había separado de mí mismo.

Ahora sabía que podía ir hasta la casona Aurore y tocar el timbre que estaba arriba del nombre de Marie Doucet para entrar, al fin, en la casa blanca de postigos cerrados.

Extrañamente, cuando se presentó la ocasión para tocar a la puerta de la casona Aurore (pues según el famoso anuncio la Srta. Doucet ofrecía un «cuarto a un[a] estudiante que aceptara cuidar la casa y protegerla»), entonces más que nunca sentí la aprensión de ir hasta allá, forzar la puerta y entrar por primera vez en aquella propiedad extraña. ¿Qué diría? ¿Sería capaz de hablarle con naturalidad a la señora de la casona Aurore sin que me temblara la voz, sin que mis palabras se enredaran, sin que mi mirada revelase toda mi perturbación y, sobre todo, mis recuerdos, el temor y el deseo de mi infancia? Caminaba lentamente por las calles hacia la punta de la colina sin pensar, por miedo a provocar que me nacieran demasiadas dudas. Con los ojos fijos en las cosas sin importancia, la hojarasca pegada a la banqueta, los escalones del atajo cubiertos con agujas de pino, las hormigas, las moscas medio adormecidas vías colillas abandonadas.

Cuando estuve unos metros más abajo de la casona Aurore me asombré de nuevo por el cambio. Desde hacía algunos meses habían terminado de construir nuevos edificios, retomado algunas obras, demolido otras casonas antiguas, destripado unos jardines.

Pero fue sobre todo la gran avenida que rodeaba la casona Aurore la que me dio una impresión aún más terrible de vacío y abandono. Los autos transitaban por la calle a gran velocidad, silbando un poco antes de alejarse y de desaparecer entre los grandes edificios. El sol brillaba por todas partes: en los muros demasiado nuevos de los edificios, en el asfalto negro, en la carrocería de los autos.

¿Dónde estaba la hermosa luz de antaño, esa que percibía entre las hojas sobre el frontispicio del falso templo? Incluso la sombra ya no era la misma: grandes charcos oscuros al pie de las residencias, sombras geométricas de rejas y lámparas, duras sombras de autos estacionados. Pensé entonces en la sombra ligera que danzaba entre las hojas, la sombra de los árboles encimados unos sobre otros, los viejos laureles y las palmeras. De pronto recordé las manchas redondas que formaba el sol al atravesarlas hojas de los árboles vías nubes grises de mosquitos. Eso era lo que buscaba ahora al sol desnudo (y mis ojos ardían por culpa de la luz). Eso que se había quedado al fondo de mí durante todos estos años y que, en el presente, en la terrible desnudez y en la quemadura de la luz actual, creaba una especie de velo frente a mis ojos, un vértigo, una niebla: la sombra del jardín, la dulce sombra de los árboles que preparaba la aparición resplandeciente de la hermosa casa color de nácar rodeada por sus jardines, sus misterios y sus gatos.

Sólo toqué una vez, brevemente, quizá deseando en el fondo que no saliese nadie. Pero al cabo de un momento la puerta de la casona se abrió y vi a una señora ya mayor vestida como campesina, o como jardinera. La mujer estaba parada frente a la puerta con los ojos entornados por el reflejo de la luz e intentando verme. No me preguntó qué deseaba, ni quién era yo. Entonces, entre los barrotes de la reja, le dije hablando fuerte:

«Me llamo Gérard Esteve, le escribí por el anuncio, para el cuarto…»

La mujer siguió viéndome sin contestar; luego sonrió un poco y dijo:

«Espere, voy por la llave, ya vuelvo…»

Por su voz dulce y cansada entendí que no tenía necesidad de alzar la voz.

Nunca había visto a la señora de la casona Aurore y, sin embargo, ahora sabía perfectamente que así era como siempre debí imaginarla. Una mujer mayor con el rostro curtido por el sol y el pelo canoso corto, vestida con ropa que había envejecido con ella, ropa de pobreza o de campesina ajada por el sol y el tiempo. Era como su hermoso nombre, Marie Doucet.

Entré con ella en la casona Aurore. Estaba intimidado, aunque también inquieto porque todo era muy viejo y frágil Avanzaba por la

casa lentamente, precedido por la anciana y sin decir palabra, casi conteniendo la respiración. Recorrí un pasillo oscuro hasta abrir la puerta resplandeciente de luz del salón. A través de los vidrios de los ventanales pude ver las hojas de los árboles y las palmeras inmóviles cubiertas por una hermosa luz, como si el sol no debiese desaparecer jamás. Y mientras entraba en el gran salón vetusto me parecía que los muros retrocedían hasta el infinito y que la casa crecía extendiéndose sobre toda la colina, borrando todo lo que estaba alrededor: los edificios, las calles, los estacionamientos vacíos, los abismos de concreto. Entonces recuperé mi tamaño de antes, ese que no me habría gustado perder, con mi estatura de niño; la vieja señora de la casona Aurore crecía, iluminada por los muros de su hogar.

El vértigo fue tan fuerte que tuve que apoyarme contra un sillón.

«¿Qué tiene?», preguntó Marie Doucet. «¿Está cansado? ¿Quiere tomar un poco de té?»

Negué con la cabeza un poco avergonzado por mi debilidad, pero la vieja señora se fue al instante contestándose a ella misma:

«Sí, sí, justo puse agua a calentar. Vuelvo enseguida, siéntese ahí…»

Luego bebimos té en silencio. El atolondramiento me había abandonado pero el vacío se había instalado en mí y ya no podía decir nada. Sólo escuchaba a la señora que hablaba, que contaba la aventura de la casona, quizá la última aventura que estaba viviendo.

«Vinieron, y volverán, lo sé, por eso quiero ayuda, bueno, alguien como usted que me ayude a… Quería una joven, pensaba que era mejor, pero bueno, ya sabe, vinieron dos chicas, vieron la casa, me dijeron educadamente hasta luego y no las volví a ver. Tenían miedo, no querían quedarse aquí. Las entiendo, incluso si ahora todo parece estar tranquilo yo sé que volverán, vendrán por la noche y golpearán los postigos con sus barras de acero, aventarán piedras y gritarán como salvajes. Desde hace años hacen eso para asustarme, ¿entiende usted?, para que me vaya de aquí, pero ¿adónde podría irme? Siempre he vivido en esta casa, no sabría adónde ir, no podría. El contratista viene al día siguiente, toca el timbre, como usted. Pero quien lo recibirá será usted y le dirá que es mi secretario, le dirá usted que… Pero no porque, en el fondo no vale la pena, sé perfectamente lo que quiere y él sabe cómo obtenerlo, eso no cambiará nada. Se adueñaron del terreno para la avenida, para la escuela, y más tarde edificaron lo que sobraba para construir habitaciones. Pero aún queda esta casa, eso es lo que quieren ahora. No me dejarán en paz hasta que no se adueñen de ella. ¿Para hacer qué? Para seguir construyendo y construyendo. Por eso sé que volverán en la noche. Dicen que son los niños del centro de reeducación, eso es lo que dicen. Pero sé que no es cierto. Son ellos, todos ellos, el arquitecto, el contratista, el alcalde y

los concejales, todos juntos. Hace tanto que se mueren por estas tierras, hace tanto que les tienen ganas. Construyeron la avenida justo detrás y pensaron que iba a irme por eso, pero cerré los postigos y ya no los abro, ahora me quedo del lado del jardín… Estoy tan cansada. A veces pienso que debería irme de verdad, irme, dejarles la casa para que acaben sus edificios, para que todo termine. Pero no puedo, no sé adonde ir, ya ve, hace tanto que vivo aquí que ya no conozco nada más…

La mujer hablaba así, con una voz dulce que apenas se oía, mientras yo observaba la hermosa luz que se movía imperceptiblemente en la gran habitación de muebles antiguos, porque en su descenso el sol seguía su curva pronunciada en el cielo vacío. Pensaba en los días de antes, escondido ahí en la maleza del jardín, cuando la ciudad no era sino un rumor ahogado por los árboles al pie de la colina. En varias ocasiones intenté decirle lo que había pasado antaño cuando jugaba en el jardín luego de haber entrado por la brecha del muro, espantando a los gatos salvajes que se esfumaban entre los arbustos. Quería hablarle de la gran mancha clara que brotaba de pronto entre las palmeras, deslumbrante, parecida a una nube, semejante a una pluma.

Incluso empecé a decirle:

«Me acuerdo, señora, me…»

Pero la frase se quedó incompleta y la vieja señora se me quedó viendo tranquilamente con sus ojos claros. Sin saber por qué no me atreví a continuar. Mis recuerdos de infancia me parecieron irrisorios ahora que la ciudad moderna había devorado la casona Aurore, pues ya nada podía esconder la llaga, el dolor y la angustia que en el presente reinaban en ese lugar.

Entonces comprendí bruscamente que no podría quedarme en la casa. Lo entendí como un escalofrío y lo sentí en mí de golpe. Las fuerzas destructoras de la ciudad, los autos, los autobuses, los camiones, las mezcladoras de concreto, las grúas, los martillos neumáticos, las pulverizadoras, todo eso llegaría hasta ahí, y tarde o temprano entrarían en el jardín dormido y en los muros de la casona haciendo estallar los vidrios, perforando el techo de yeso, derrumbando los cañizos, tirando los suelos, los muros amarillos y los marcos de las puertas.

Cuando lo comprendí, el vacío me penetró. La vieja señora había dejado de hablar. Permanecía un poco inclinada hacia su taza de té que se enfriaba mientras observaba por la ventana cómo la luz menguaba. Sus labios temblaban un poco, como si fuese a decir algo más. Pero ya no diría palabra alguna.

Había un silencio enorme en la mujer, y también ahí, en esa casona agonizante. Hacía tanto que ya nadie venía. Los contratistas,

los arquitectos, incluso el concejal del alcalde, ese que había venido a anunciarle la decisión de expropiar los terrenos por causa de utilidad pública antes de que construyeran la escuela y la avenida, ya ninguno de ellos venía, ya nadie hablaba. Lo que rodeaba la vieja casa y lo que la hacía morir en el presente era el silencio.

No sé cómo acabé por irme. Creo que me escapé como un cobarde, igual que un ladrón, tal y como lo habían hecho antes las dos muchachas que buscaban un cuarto. La vieja señora se había quedado sola al centro de su gran casa abandonada, sola en el gran salón decrépito donde la luz del sol tenía el color del ámbar. Bajé por las calles y las avenidas hasta el pie de la colina. Los autos aceleraban en la noche con los faros encendidos, luces rojas fugitivas. Más abajo, en las ranuras de los bulevares, los motores rugían todos juntos con su estridencia cargada de amenazas y odios. Acaso ése era el atardecer, el último atardecer en que todos iban a atacar la casona Aurore; el día en que los jóvenes y las muchachas del centro de reeducación invadirían el jardín a la mitad de su sueño, armados con cuchillos y cadenas y con las caras embadurnadas de hollín. O rodarían en sus motos por la gran curva que rodea la vieja casona como el anillo de una serpiente. Al pasar lanzarían contra el techo plano botellas vacías de Coca-Cola, aunque quizás alguna de ellas estuviese llena de gasolina encendida… Mientras me perdía en la masa de autos y camiones en medio de los elevados muros de los edificios, muy a lo lejos me parecía escuchar los gritos salvajes de los golpeadores contratados por la ciudad mientras derrumbaban, una tras otra, las puertas de la casona Aurore.

EL JUEGO DE ANNE

Se sube al viejo Ford para ir con Arme. Cuando enciende el motor y sale del garaje atisba a su madre de pie sobre la grava. La vieja parpadea debido a la luz de mediodía y usa la mano como visera sobre sus lentes, como si buscara reconocer al conductor del coche. Sin embargo, él es el único que está en el chalet y aquello le deja una impresión extraña, un vacío en el corazón, algo distante e incomprensible. Entonces desvía la mirada. El auto avanza sobre la grava del jardín y las llantas se posan sobre la calzada. Acaso la responsable de esa impresión de extrañeza sea la luz que brilla en las canas de su madre, en el muro blanco del chalet y en la grava, como una mirada escrutadora e insistente.

Cuando el auto transita por la calle, hacia la plaza, él baja la ventanilla y siente el aire caliente en el rostro. Un soplo seco y caliente de verano que se sumerge en la manga de su camisa, hinchándola en la espalda. Las llantas hacen un ruido húmedo sobre el asfalto y piensa que el sol provocó que se fundiera el pavimento de la calzada. Le gusta mucho ese ruido, el calor del verano y, sobre todo, aquel cielo enorme y resplandeciente sobre la montaña.

Conforme empieza a subir hacia lo alto de la colina observa el paisaje que tanto le gusta. Lo conoce bien, sabe lo que hay ahí en todos los instantes del día y la noche: cada árbol y cada hueco en las rocas, los techos de las casas que se despliegan más abajo, las calles como si fueran fracturas, los jardines, las grandes explanadas grises.

Piensa en todo eso mientras el auto va subiendo por la avenida curva tras curva hasta la punta de la colina. El cielo es deslumbrante y los edificios de concreto aferrados a las colinas, cuyos muros parecen calentados por el sol, están más blancos que nunca. Anne prefiere más bien el mar, la playa, los pinos mansos y las velas blancas de los barcos cuando hay regatas. Desconfía de la montaña. Dice que es un paisaje demasiado duro, demasiado seco.

A él, lo que le gusta es la montaña. Desde su infancia se encariñó con las piedras, los barrancos grises, la maleza seca que araña las piernas y el olor a musgo y a planta que sube desde las grietas, y por sobre todas las cosas se encariñó con el silencio del viento. Recuerda

la época de otoño en que acompañaba los domingos a su padre a cazar por el monte, las planicies o los flancos desnudos de las montañas. Ya no sabe cómo era su padre ni si lo quería, de él ya sólo sabe esto: las caminatas interminables al fondo de las cañadas bajo el pálido sol del alba y el cielo azul entre el silencio de las piedras, luego el brusco revuelo de una perdiz o la carrera de una liebre y un solo disparo que resonaba al instante hasta el fondo de los valles, como un trueno.

Piensa en eso mientras el potente auto da la vuelta a la gran curva bordeada de edificios, El sol brilla una fracción de segundo en cada ventanal y lanza reflejos deslumbrantes. Más abajo el mar se ha embravecido y las olas permanecen inmóviles, finas arrugas que trazan un hilillo en el resplandor de la luz.

Entonces siente un vértigo extraño por haberse sumergido en el más distante de sus recuerdos. Cava un doloroso agujero en el fondo de sí mismo, que al mismo tiempo lo alivia y lo tranquiliza como cada vez que escapa, cada vez que recuerda la época en que aún no conocía a Anne. Su corazón palpita rápido y fuerte y sus manos transpiran al volante. Tiene que secarlas en el pantalón, una tras otra. Disminuye la velocidad, se coloca a la derecha de la calzada.

Frente a él la gran avenida se despliega recta. No hay mucha circulación entre el mediodía y las dos, como siempre. De vez en cuando pasan algunos camiones, algunos vehículos pesados provenientes de Italia con carga de madera y algunas pipas de gasolina.

En el extremo de la avenida hay una última curva desde donde se ve la cadena de montañas, dura y nítida contra el cielo sin nubes Más adelante hay una zona de sombra, justo antes del camino que conduce al Observatorio. Antoine conoce tan bien el camino que incluso podría recorrerlo con los ojos cerrados, eso fue lo que le dijo un día a Anne. Sin embargo, hay algo distinto hoy. Es como si viniera aquí por primera vez. Mientras va pasando cada detalle, cada árbol, pilar, marca de kilometraje, cada muro, cada casa, surge con una claridad dolorosa, inscribiéndose para siempre en lo más profundo de su ser. Quizá nunca había visto todo aquello como ahora, con esa atención febril. También, en el fondo de las cosas, está el miedo. Las líneas, las vallas rápidas, los postes, los taludes cubiertos con papeles blancos y vidrios rotos se deslizan. Quien avanza es el camino, no el auto. La que se desenrolla en torno a la cabina hermética del auto de fierro, la que lanza sus objetos, sus imágenes y sus recuerdos es la tierra. Antoine quisiera cerrar los ojos. Siente una especie de lasitud al fondo de sí mismo pero su mirada permanece fija en el camino y todo su cuerpo responde automáticamente a las exigencias de conducir: leves gestos de los brazos en el volante, presión del pie derecho en el acelerador, mirada en el retrovisor o hacia el tablero.

Con el rabillo del ojo ve pasar el cruce del camino que lleva al Observatorio, aunque su cuerpo no reacciona. 0 reacciona más bien engarrotándose, manteniendo su dolorosa concentración, la velocidad, la trayectoria, mientras los taludes desfilan hacia atrás. Ya no desea recordar, no quiere hacerlo, como si tuviera una pesadilla que se vuelve a apoderar de él en el instante mismo en que se abandona una vez más al sueño, y lo hace sufrir aún más.

Sin embargo, muy a pesar suyo, aquello avanza. Las hojas de los árboles provocan que el sol parpadee como una lluvia de destellos en el parabrisas. Afuera el aire debe ser suave y liviano para quienes pueden detenerse o para los que pueden recostarse sobre el tapete de agujas de pino y mirar el cielo azul. El olor de Anne flota en todas partes. La huele a pesar de la protección del auto que avanza con las ventanas cerradas, a pesar del olor a gasolina que sube desde el tapete por el suelo agujereado. Antoine percibe el olor suave y fuerte, el olor del cabello de Anne, el olor de su cuerpo. Se habían acostado los dos en el jardín del Observatorio para comer. Ya no recordaba qué habían comido, quizás un tazón de ensalada con pepino y maíz que Anne había preparado, cosas que le gustaban a ella. Recuerda que habían bebido vino rosado, eso sí.

Anne había encendido un cigarro estadunidense, todo el tiempo cambiaba de marca. Pero no se decían nada, apenas se hablaban en voz baja, como si estuvieran confiándose cosas. No decían nada, retazos, palabras a medias que el viento desperdigaba con el humo del cigarro en la luz. Quienes hablaban eran los grillos durante el verano.

Ahora se encuentra en la parte más alta del camino en la montaña. A la izquierda ve el fondo de los valles, brumosos y sombríos, como desde lo alto de un avión. Debido a la hora ya casi no hay nadie en el camino. Pero él no siente el hambre ni el cansancio. Sabe adónde va, adonde debe ir. Ya ni siquiera necesita hacer el esfuerzo de acordarse. Así era, justo así era como todo debía ocurrir.

Extendida a lo largo de la hondonada del valle frente al mar, la ciudad se había convertido en un charco gris, salpicado por reflejos luminosos al pie de las montañas. Quizás hayan buscado la casa de Anne allá, perdida en el nudo de las arterias, o el edificio de seguros con símbolos de neón azul, durante la noche. Tal vez se hayan recostado de nuevo en el bosquecillo sobre el tapete de agujas endurecidas, y que entonces Antoine haya probado sus labios por primera vez. Piensa en aquel sabor ligero, en el sabor a tabaco rubio mezclado con el aire nacido de la profundidad de su cuerpo y su corazón se acelera; su frente y sus mejillas transpiran un poco. No habría debido pensar en eso, no tendría que haber rememorado eso. Sabe que tiene que vomitar Detiene el auto a la orilla del talud no lejos de la cuna donde está la gasolinera Agip. Nunca la había visto

con tanta nitidez: un gran toldo de cemento sostenido por tres postes grises donde han afianzado unos tableros que se tambalean con las ráfagas de viento. Un gran perro lobo está tumbado en el suelo entre las bombas. Cuando el auto se detiene el animal levanta las orejas sin moverse.

A Antoine se le dificulta salir del coche, se tambalea por el viento. Se ha detenido; no tanto para respirar el aire frío, como para escuchar ladrar al perro. Le da lo mismo porque lo que desea es escuchar algo o a alguien para apagar el silencio que se instaló en el. Observa las piedras y la maleza de la gran planicie que barre el viento por encima del camino. No comprende muy bien por qué está detenido ahí, justo frente a la planicie. Ahí es donde los tipos de la ciudad llevan a sus chicas por la noche después de haber bebido y bailado en las discos. Hace años, cuando estaba en la prepa, todos hablaban de la planicie y se contaban sus historias con las chicas. Incluso una vez un tipo que se llamaba Caroni, quien tenía un viejo auto Citroen 2CV, le había propuesto ir a las discos y luego ir a la planicie con dos chicas para divertirse. Como se había negado con una especie de furor, la historia se difundió en toda la escuela y provocó que algunos tipos se burlaran de él.

Pensar en ello le causa un nuevo vértigo porque está muy lejos de Anne, en otra época. Sin embargo, por ella escala el talud y se dirige hacia la planicie entre el pedrerío y la maleza. Ya no sabe bien lo que busca; huye inclinado en medio de la planicie desierta. El viento sopla con grandes ráfagas, un viento frío que hace llorar los ojos. Aquí la luz es hermosa, muy dura. El cielo azul es inmenso y está marcado por extrañas líneas blancas dejadas por el paso de los aviones en la estratosfera.

Antoine avanza por una especie de sendero estrecho que serpentea en medio de la maleza y que nova a ningún lado. Ahí el silencio es muy denso por culpa del viento, la luz y el inmenso cielo azul. Camina con el cuerpo inclinado un poco hacia el frente. Siente que las espinas de los arbustos arañan su pantalón. El olor acre de las hierbas lo embriaga. Aquí es, piensa, aquí es, aquí es… ¿Aquí qué? No sabe. La infancia, o tal vez la adolescencia, cuando se da cuenta de que nunca se atrevió a hacer nada, a correr entre la maleza con una chica y luego rodar juntos sobre la tierra quemada y olorosa entre los arbustos que desgarran la ropa y que hacen brotar perlas de sangre en la piel. Acariciar el cuerpo caliente que se sustrae, detener la voz con su boca, beber la risa al fondo de la garganta.

Pero la planicie se encuentra silenciosa y desierta, sólo están el viento, el cielo azul y la luz cegadora. Es como si Antoine quisiera huir de su sombra. Pero eso no es posible.

Sentado en un hueco del suelo, ahí donde hay una especie de claro

y la tierra roja está al desnudo, el viento sopla en ráfagas sobre su cabeza y mueve las ramas de los arbustos, aunque en el hueco él ni lo siente. Sólo percibe la quemadura del sol en el rostro, en las manos. Las piernas le lastiman y cae en cuenta de que su pantalón está desgarrado (seguro fue una zarza) y de que tiene raspada la piel de la tibia. Eso también arde. Sin darse cuenta caminó largo rato por la planicie y sólo entonces piensa en los días que pasó en los matorrales cuando andaba detrás de su padre sin hacer ruido, al acecho del vuelo de una perdiz o de una liebre. Su padre no llevaba perros con él, nunca, incluso cuando iba a cazar solo. Decía que los perros son ruidosos, que huelen mucho y espantan a los animales. Su madre le contó eso, claro está, porque ni siquiera recuerda que su padre haya pronunciado una sola palabra.

Antoine caminaba tras él, sin hacer ruido, esforzándose en posar los pies en donde su padre los había puesto. De vez en cuando tenía miedo, tanto que temblaba y sus dientes castañeteaban. Tenía miedo como si su padre lo fuera a matar a él mismo con su fusil de doble cañón. Lo que es cierto es que le gustaba caminar lejos en la montaña, escalar las laderas pedregosas o bajar hasta el fondo de un barranco sin hacer ruido, como cuando se tiene la cabeza metida entre los hombros.

Se la pasaba bien. Luego su padre murió. Por eso no volvió a ir a la montaña, nunca más. Hoy es la primera vez, aunque en realidad no sea la montaña porque esto es un paisaje sexual. Vienen de todas partes durante la noche. Detienen sus autos abajo, en la carretera, al lado de la gasolinera Agip, y el gran perro lobo ladra y jala su cadena con furia. Corren entre la maleza. Se escucha la risa excitada y quizás un poco asustada de las chicas que los tipos fingen perder en la maleza. Se dejan caer al suelo, ruedan ahí mismo contra los arbustos. Desgarran su ropa con las espinas, y el cabello de las chicas se llena de tierra y ramitas. En el verano la noche resuena por los grillos que componen un embriagante ruido de sierra.

De nuevo el vértigo. Antoine se levanta y vacila en medio del lugar. El canto de los insectos aumenta y a veces ondula frente a él, muy cerca, otras veces lejos, a sus espaldas. El calor del sol hace brotar sudor de su rostro y su cuerpo, y su camisa se le pega en la espalda y los brazos. Se quita el saco del traje, lo agarra con la mano derecha como un trapo y éste se atora y se desgarra en las espinas de los arbustos. Luego sopla el viento, frío, casi glacial, y tirita. Se pone a errar por la planicie durante largo rato, observando todos los claros donde la maleza y la tierra roja tienen huellas de los cuerpos de la noche anterior.

Es algo vertiginoso, como si fuera una trampa, porque sabe que la planicie es el único lugar donde no se encuentra la sombra de Anne, y

ella no puede venir aquí. Éste es un lugar lleno de odio y violencia, un lugar áspero y solitario como el terruño donde camina el hombre viejo con su fusil de doble cañón.

Anne está en otra parte, esperando. Su luz, su cielo, sus árboles y sus piedras están en otra parte. Piensa en el mar y de pronto el vértigo cesa; la violencia, el furor y el odio se esfuman. Antoine se queda de pie, inmóvil, mirando hacia el poniente, en el punto donde comienza a caer el sol. Ahí está la ciudad inmensa, con sus arterias que rugen, con los semáforos que parpadean. Ahí está el mar silencioso e infinito, de un azul casi negro y duro como el metal.

Antoine atraviesa casi corriendo toda la extensión de la planicie, donde chirrían los insectos, hasta llegar a la carretera. El auto está inmóvil bajo el sol, su coraza negra brilla con fulgores que arden.

Cuando se sienta percibe el calor opresivo. Baja el vidrio, enciende el motor, mete primera, avanza. El camino es largo pero al menos sabe hacia dónde va, y ya nunca podrá olvidarlo. A sus espaldas la ciudad se aleja, sola como la maldita planicie donde sopla el viento. Ése es lugar para el odio, el placer y el miedo, que son uno solo.

Allá abajo ya no hay ninguna casa para él. No lo quieren las habitaciones que lo apretujan entre sus paredes y le tienden una trampa con su papel tapiz, puntas de lanza, haces de agujas, volutas, irisaciones angulares de los núcleos de platino. Todas las noches ha cambiado de hotel como alguien que es perseguido por la policía, pero no hay nada que hacer. Todas las noches. Todos los días. En la casa de su madre es aún más terrible y desde hace varios días ya no se sienta ni siquiera para comer. Está tan vieja, con sus canas y sus ojos azules deslavados detrás de sus lentes. La luz sobre las canas y los cristales de los lentes de su madre provoca que se acelere el corazón y que un doloroso escalofrío recorra toda su columna vertebral. ¿Es porque tiene miedo? No, no es eso, es más bien el miedo que está en él y que se propaga hacia fuera en prolongados escalofríos.

Ahora avanza con lentitud por el camino en pleno sol. Ala derecha está el mar como visto por un pájaro, desde tan alto que las olas parecen haberse detenido en círculos concéntricos alrededor de la mancha solar. Por sobre todas las cosas, eso es lo que Anne prefiere cuando nada se interpone entre ella y el horizonte y ve la gran línea curva donde descansa el cielo. Se puede quedar horas parada en una roca mirando el mar, inmóvil, como un pescador.

Antoine se lo dijo un día y ella se echó a reír. Le dijo que antes iba de vez en cuando a pescar con otros chicos y que fabricaba sus propios anzuelos con los alfileres que le robaba a su madre. Pero lo único que picaba era mechones de algas.

Entonces Antoine penetra en una zona de paz, vuelve a los dominios de Anne. Su corazón se apacigua y él sólo piensa en ella. El

coche sigue tranquilamente su camino, el que la joven trazó justo hace un año. Al abandonar el Observatorio, Anne enfiló hacia Italia para ver el mar. Era un día excepcional. El cielo estaba vacío e inmenso, el mar tenía un color azul sombrío tapizado de destellos y las montañas estaban iluminadas por el sol. El auto de Anne va despacio y sin prisa, en la incisión de la luz. Los reflejos se resbalan por la carrocería verde oscura y esbozan estrellas. Tal vez va escuchando el radio en ese instante, la música de los Bee Gees o incluso una canción brasileña que dice: «*Mulher rendeiro*!»

Pero el ruido del viento sopla contra el parabrisas y silba en los orificios del auto. A veces hay un vehículo pesado que sufre al subir la cuesta y el auto lo rebasa sin dificultad. Al oeste la luz está más caliente; cuando las curvas lo permiten, se observa que las montañas forman siluetas de sombras inmóviles sobre el mar gris metálico.

Pronto se acerca el crepúsculo. El día se desliza con rapidez hacia el otro lado del horizonte sin una nube, sin que nada frenara el tiempo. El día se escurre hacia el pasado, arrastrando a los vivos hacia los que están muertos. Hoy es el mismo día que hace un año. El auto verde oscuro avanza sobre el camino caliente suspendido entre el mar y el cielo. La luz crea una enorme abertura, o más bien amplía su domo resplandeciente como si fuera dos alas de ángel.

Ya no puede existir nada violento, nada cruel. Ella lo ha decidido así, para siempre, y aprieta con fuerza la mano del hombre que ama. Antoine siente que en su palma palpita su corazón, siente el sabor de los labios de Anne, el olor obsesivo de su cabello, un olor a hierba, un olor a carne. Las lágrimas fluyen con lentitud, indoloras, humectando el pliegue de sus labios.

Entonces la luz se vuelve más suave y algo difusa, como si el crepúsculo se acercara. El viento silba en el parabrisas y las ruedas, crea una música distante. El camino conduce hacia la gran curva desde donde se ve, a lo lejos, la costa de Italia que parece una isla de altas montañas vista desde el ala de un avión.

El coche verde oscuro de Anne se precipita hacia la curva y no la ve, porque al instante hay una explosión de luz en la carrocería de un vehículo pesado. Anne cierra los ojos durante un largo momento y sus manos se aferran con desesperación al volante mientras el coche lanza un chirrido de lámina que se desgarra, arranca la balaustrada de cemento y se hunde en el barranco. Más tarde el chofer del camión dice, repite sin hacer pausas y sin comprender: «Se cayó como una piedra y explotó allá abajo, como una bola de fuego. Como una bola de fuego».

Pero ya no hay violencia alguna. Ahora. Ningún destino que muerda o que carcoma el centro del cuerpo, que sea una obsesión de los días y las noches. La muerte no puede brillar en las canas de su

madre ni en los rostros paralizados de los peatones. Nada perdura, nada permanece. Se escucha una música en el viento, la luz y el cielo que murmura al interior de su oído. Ella dice: «Ven, ven tú también…», mientras deja los indicios en el camino, las flechas, las cifras, los dibujos que apuntan al tesoro.

A la mitad de la curva uno no puede equivocarse. Hace un año, día por día. Ni siquiera ha sido reparada la balaustrada de cemento. En su lugar han puesto una reja delgada y atorada en dos postes metálicos. El auto negro golpea uno de los postes a cien kilómetros por hora y se lleva la reja como si fuera una simple cortina de gasa. Por un instante el vehículo se queda suspendido en el aire, planeando, quemado por los reflejos y con el cielo de frente, abierto de par en par. Luego da tumbos, cae hacia el fondo del barranco como una piedra. Al tocar la tierra explota exactamente como una bola de fuego.

LA GRAN VIDA

Se llamaban Poucet y Poussy. Bueno, Pulgarcita y Gatita, ése era su apodo desde la infancia, pocos sabían que sus verdaderos nombres eran Christele y Christelle. Les decían Poucet y Poussy porque eran como hermanas gemelas. No muy altas. A decir verdad son pequeñas, muy pequeñas de estatura. Su pelo es bastante oscuro y tienen un curioso rostro infantil con poca nariz y unos ojos negros hermosos y brillantes. No son lindas, no del todo porque son demasiado pequeñas y también demasiado delgadas, con brazos pequeños y piernas largas, espaldas cuadradas. Aun así tienen su encanto y le caen bien a todo el mundo, sobre todo cuando se ríen con una risa chistosa y aguda que se oye como si sonaran cascabeles. Suelen reírse en todas partes cuando están juntas: en el autobús, en la calle, en los cafés. Y es que siempre están juntas. Si llegan a estar separadas (cuando tienen clases o alguna está enferma) dejan de divertirse. Se ponen tristes y ya no se escucha su risa.

Algunos dicen que Poucet es más alta que Poussy, o que Poussy tiene el rostro más fino que Poucet. Es posible. Pero la verdad es que es muy difícil distinguirlas y quizá nadie habría sido capaz de hacerlo porque, para variar, se visten, caminan y hablan de la misma manera, y porque ambas tienen la misma risa que recuerda a los cascabeles cuando los agitan.

Quizá por eso se les ocurrió lanzarse en una gran aventura. Por ese entonces las dos trabajaban en un taller de confección, donde cosían bolsas y botones para pantalones en cuya bolsa trasera del lado derecho llevaban la marca Ohio, U.S.A. Se dedicaban a eso en jornadas de ocho horas, cinco días a la semana, de nueve a cinco, con una interrupción de veinte minutos para comer de pie frente a sus máquinas. «Esto es una cárcel», decía Olga, una vecina. Pero no hablaba muy fuerte porque estaba prohibido hacerlo durante las horas de trabajo. Las que hablaban, las que llegaban tarde o las que se movían de su lugar sin pedir permiso debían pagar una multa al patrón: veinte francos, a veces treinta, cincuenta incluso. No podía haber tiempos muertos. Las obreras detenían su labor a las cinco de la tarde en punto, pero luego tenían que acomodar sus herramientas,

limpiar las máquinas y llevar al fondo del taller todos los recortes de tela o los restos de hilo para tirarlos a la basura. Por eso, en realidad el trabajo no terminaba antes de las cinco y media. «Nadie se queda», decía Olga. «Yo estoy desde hace dos años aquí sólo porque vivo a un lado. Pero no me quedaré un tercero.» El patrón era un hombre bajo de unos cuarenta años y cabello canoso, de cintura ancha y con la camisa abierta que dejaba al aire su pecho cubierto de pelo. Se las daba de guapo. «Ya verás, de seguro te va a cortejar», le había dicho Olga por separado a las muchachas. Y una de ellas se carcajeó. «Use tipo es un picaflor, un cabrón.» A Poucet le daba igual. Un día el hombre fue a verlas durante las horas de trabajo con las manos en los bolsillos, se les acercó encorvado en su overol de plástico beige, pero las hermanas ni siquiera lo voltearon a ver. Y cuando les habló, en lugar de responder las muchachas rieron al unísono con su timbre de cascabel. La risa fue tan fuerte que todas las demás dejaron de trabajar para ver qué sucedía. Ll patrón, que se sonrojó por cólera o contrariedad, se fue tan rápido que las dos hermanas se siguieron riendo cuando cerró la puerta del taller. «Les va a hacer la vida de cuadritos, va a intentar joderlas», les anunció Olga. Pero no hubo consecuencia. Ll capataz, un tal llamado Philippi, sólo vigiló un poco más la fila en la que trabajaban las hermanas. A partir de entonces el patrón evitó acercarse demasiado a ellas. Realmente tenían una risa bastante demoledora.

En aquella época, Poucet y Poussy vivían en un departamento de dos cuartos con quien llamaban Mamá Janine, aunque en realidad se trataba de su madre adoptiva. A la muerte de la madre, Janine recogió a Poucet; un poco después también se hizo cargo de Poussy, quien estaba a cargo de la asistencia social. Se ocupó de ellas porque no tenían a nadie en el mundo; y ella no estaba casada ni tampoco tenía hijos. Janine trabajaba como cajera en un minisuper Cali y no estaba descontenta con su suerte. Su único problema era que las chicas estaban unidas como dos hermanas, las mismas a las que en todo el edificio, e incluso en todo el barrio, llamaban las dos «terribles». Durante los cinco o seis años que duró su infancia, no pasó un día sin que estuvieran juntas y la mayoría del tiempo jugaban bromas o alguna travesura. Tocaban los timbres de todas las puertas, cambiaban de lugar los nombres de los buzones, dibujaban con gis en las paredes, deslizaban debajo de las puertas cucarachas de papel que habían fabricado, desinflaban las llantas de las bicicletas. Cuando cumplieron dieciséis años, fueron expulsadas de la escuela por haber lanzado desde el primer piso un huevo contra la cabeza del director, y por haber tenido ese mismo día un ataque particularmente inagotable de su famosa risa cascabelera en pleno consejo disciplinario. Entonces Mamá Janine las envió a una escuela de costura donde obtuvieron,

uno se pregunta cómo, un título como técnicas mecánicas. A partir de entonces entraban a trabajar una y otra vez en los talleres para salir uno o dos meses después, luego de sembrar el desorden y casi quemar los tendajones.

Cuando llegó el día de sus diecinueve años, ambas seguían en el taller Ohio Made in U.S.A. cosiendo botones para el patrón Jacques Rossi. Al empezar a trabajar ahí, Poucet le prometió a Mamá Janine ser sensata y comportarse como una obrera honesta; Poussy prometió lo mismo. Pero unos cuantos días después el ambiente carcelario del taller dio al traste con sus buenos propósitos. Las chicas y Rossi se declararon la guerra. Las otras jóvenes no hablaban y se iban en cuanto terminaban el trabajo porque tenían novios que iba a recogerlas en coche para llevarlas a bailar. En cambio, Poucet y Poussy no tenían pareja. No les gustaba mucho separarse, y cuando salían con algún tipo se las arreglaban para encontrarse después y pasar el resto de la noche juntas. No había muchacho que aguantara la situación. A Poucet y Poussy les daba igual. Iban al café bar que también vendía cigarros en la esquina de la calle, al lado del taller, para beber cerveza y fumar cigarros de tabaco oscuro mientras se contaban un montón de historias entrecortadas por su risa de cascabeles.

Siempre se contaban la misma historia, una historia sin fin que las llevaría lejos del taller y sus tubos de neón, de su techo de láminas ondeadas y sus ventanas con rejas, del ruido ensordecedor de todas las máquinas cosiendo sin descanso los mismos bolsillos, los mismos ojales, las mismas etiquetas Ohio Made in U.S.A. Así se iban de aventureras por el mundo recorriendo los países de las películas: India, Bali, California, Islas Fiyi, la Amazonia, Casablanca. O visitando también las grandes ciudades donde hay monumentos mágicos, hoteles fabulosos con jardines en el techo, fuentes o incluso albercas con olas, como en el mar: Nueva York, Roma, Múnich, México, Marrakech, Río de Janeiro. Quien mejor contaba aquella historia sin fin era Poucet pues había leído todo eso en libros y periódicos. Sabía todo sobre las ciudades y los países: la temperatura en invierno y en verano, la temporada de lluvias, las especialidades culinarias, las curiosidades, las costumbres de los locales. Lo que no sabía, lo inventaba y lo volvía aún más extraordinario.

Poussy la escuchaba, añadía detalles o le objetaba cosas como si estuviera corrigiendo recuerdos o rectificando inexactitudes. También aterrizaba hechos bastante exagerados. Contaban la historia sin fin en todas partes y en cualquier momento, a mediodía durante el descanso o en la mañana muy temprano al esperar el autobús que las llevaba al taller. A veces las personas las oían con cierto asombro, aunque luego se encogían de hombros. François, el amigo de Poucet, intentaba hacer

un chiste pero al cabo de un rato se iba muy molesto. En cambio, a Poussy le gustaba cuando Marc iba a sentarse con ellas al café bar que también vendía cigarros, porque el muchacho les seguía perfectamente el juego. Les contaba cosas inverosímiles, como cuando viajó por la noche en el Trans Europ Express sin boleto, o cuando vivió durante varios días en la Casa de la Radio comiendo con los conserjes y llamando a sus amigos desde las oficinas vacías. Pero tal vez lo que contaba era verdad, se le veía en los ojos que brillaban. A Poussy le gustaba escucharlo hablar. Marc no era su novio. Él estaba comprometido con una chica muy linda aunque algo tonta que se llamaba Nicole y a la que las otras habían apodado Minnie, aunque no se sabía bien por qué.

De ese modo comenzaron a hablar de la gran vida. Al principio empezaron a charlar al respecto sin prestar atención, del mismo modo en que habían hablado de los otros viajes que harían a Ecuador, o mejor al Nilo. Era simple y sencillamente un juego para soñar, para olvidar la cárcel del taller y todos los problemas con las otras chicas y con el patrón Rossi. Pero fue tomando cuerpo poco a poco. Empezaron a hablar como si fuera verdad, como algo seguro. No aguantaban más, debían irse. Poucet y Poussy ya no pensaban en otra cosa. Si esperaban se volverían como las demás, viejas y agrias; además, nunca tendrían dinero. Y suponiendo que el patrón Rossi no las echara a la calle, sabían bastante bien que ya no aguantarían mucho ese trabajo.

Entonces un día se fueron. A finales de marzo, cuando llovía en la ciudad toda gris y sucia. Una lluvia delgada y fría que lo mojaba todo, desde el cabello hasta los pies dentro de las botas, e incluso las sábanas de la cama.

En vez de ir al taller, las dos jóvenes se encontraron frente a la estación de trenes bajo un toldo y con un boleto a Montecarlo sólo de ida y en primera clase. Bien habrían podido ir a Roma o a Venecia, pero para empezar no tenían suficiente dinero. El boleto de primera clase a Montecarlo había devorado la mayor parte de sus ahorros.

Le prepararon a Mamá Janine una tarjeta postal en la que escribieron: Nos vamos de vacaciones. No te preocupes. Besos. Y riéndose, fueron a echar la postal al buzón.

Cuando estuvieron dentro del tren reluciente, sentadas en los asientos nuevos cubiertos con fieltro gris y con la alfombra azul marino bajo sus pies, sus corazones comenzaron a latir muy rápido, más rápido de lo que deberían. Entonces el tren se puso en movimiento, empezó a atravesarlos feos suburbios y un poco después avanzó a todo lo largo de los terraplenes. Poucet y Poussy estaban instaladas contra el vidrio de la ventana y observaban el paisaje lo más que podían, olvidando incluso hablar o reír. Les hizo bien irse por fin y sin saber lo que sucedería, sin siquiera saber si volverían. No se

llevaron maletas para no espantar a Mamá Janine, tan sólo una bolsa de viaje con algunas cosas, sin nada para comer o beber. El viaje hasta Montecarlo era largo y tenían poco dinero. A pesar de todo, apenas sentían en ellas una ligera incertidumbre. De todas maneras, formaba parte del placer. Poucet miraba de reojo a Poussy cada tanto y se tranquilizaba al instante. Por su lado, Poussy no le quitaba los ojos de encima al paisaje verde que desfilaba hacia atrás, irisado con las gotas aplastadas por el viento del tren.

Hacía calor en el compartimento y el ruido de los troles en los rieles resonaba con regularidad en sus cabezas. Entonces Poucet se durmió y su hermana permaneció alerta. Después de Dijon debían tener cuidado con los revisores y Poussy despertó a Poucet. Su plan era simple: cada una se quedaría en un vagón distinto. La primera que viera al revisor tomaría el boleto y lo llevaría al otro vagón para hacerse pasar una por otra. El revisor era un joven con un bigote fino que se detuvo más en su escote que en su boleto. Cuando la volvió a ver un poco más lejos lo único que le dijo fue: «¿Está mejor aquí?». A partir de ese instante, Poucet y Poussy comprendieron que viajarían tranquilas.

El tren corrió todo el día. Al caer la noche, Poucet y Poussy vieron el Mediterráneo por primera vez, así como los grandes charcos de color metálico en la incisión de las montañas oscuras.

«¡Es hermoso!», dijo Poucet.

Poussy respiraba el aire frío que soplaba por el vidrio entreabierto.

«Mira, fábricas.»

Las grandes chimeneas escupían llamas al fulgor del crepúsculo. Era como si el mar alimentara sus fuegos.

«¡Es hermoso!», dijo Poucet. «¡Me gustaría ir ahí!» Pensaba que podría caminar a orillas del lago de acero entre los tanques y las chimeneas. Era la soledad a orillas del mar. El cielo era absolutamente puro, color de agua y de fuego.

Después de Marsella el tren se hundió en la noche. Todo alumbrado por las luces y con los espejos saturados de reflejos. Poucet y Poussy tenían sueño, hambre y sed. Corrieron las cortinas del compartimento y se acostaron en los asientos vacíos. Se asustaron cuando el revisor abrió la puerta. Pero no era el mismo y sólo preguntó:

«¿Ya les revisaron su boleto?»

Y se fue sin escuchar la respuesta.

Ya entrada la noche el tren se detuvo en la estación de Niza y las chicas bajaron la ventanilla para ver el exterior y la inmensa bóveda de acero forjado donde se apresuraban los viajeros friolentos. El viento frío silbaba en la estación y Poucet y Poussy estaban pálidas de

cansancio; tiritaban.

Luego el tren echó a andar de nuevo, un poco más despacio. En cada nueva estación creían haber llegado ya a su destino y se asomaban para leer los nombres: Beaulieu, Cabo de Ail.

Por fin el tren se detuvo en Montecarlo y las chicas bajaron al andén. Era tarde, pasadas las diez de la noche. La gente las veía con ojos extraños, sobre todo los hombres, embutidos en sus gabanes. Poucet miró a Poussy con aire de decir: «¿Qué opinas, eh?». Pero estaban tan cansadas que ni siquiera tenían fuerzas para reírse.

En el taxi que las condujo al hotel («el hotel más hermoso desde donde se vea el mar, y con un buen restaurante»), se dijeron en voz baja algunas ideas para comer. Pescado, bogavante, camarones y champaña: no era momento para tomar cerveza.

Después de pagar el taxi ya no quedaba gran cosa en la cartera de Poussy, sólo lo suficiente para ir al casino al día siguiente y distribuir algunas buenas propinas. Ya frente al hotel, Poussy se fue a esconder tras un macizo de flores mientras Poucet iba a pedir un cuarto («Con cama grande y vista al mar»). Un instante después Poussy fue a ver el cuarto número 410 con la llave en la mano. Cuando bajó se declaró satisfecha salvo por la vista al mar pues había que salir al balcón, y por el cuarto de baño que no era muy grande. Poucet le dio un empujón y ambas rieron con fuerza.

Habían olvidado su cansancio. Tenían prisa por comer. Poucet decía sentirse capaz de comerse toda la cocina. Se separaron para subir hasta el cuarto; Poucet subió tres minutos antes de que Poussy lo hiciera por la escalera al fondo de la recepción. El hotel estaba lleno de gente chic, señores de traje con gabanes claros y pañuelos, y damas con vestidos de lamé o con pantalones de satén blanco. El suéter marinero y el pantalón de las dos hermanas pasaban desapercibidos. Cuando se encontraron en el gran cuarto blanco tuvieron un momento de vértigo. Gritaron, cantaron cualquier cosa, lo que les pasara por la cabeza, hasta perder la voz. Luego Poucet se instaló en la terraza a pesar del viento frío mientras Poussy pidió la cena por teléfono. Era demasiado tarde para comer pescado o bogavante, pero pidió unos sándwiches calientes y una botella de champaña que les llevó el botones en una mesita con ruedas. El joven ni siquiera vio la silueta de Poucet parada frente a la ventana. Cuando Poussy le dio una buena propina su rostro se iluminó. «Buenas noches, señorita», le dijo al cerrar la puerta.

Las dos amigas comieron y bebieron. La champaña hizo que todo les diese vuelta y de pronto les dio dolor de cabeza. Entonces apagaron la luz y se acostaron en la gran cama recién hecha vestidas como estaban. De inmediato se durmieron.

A la mañana siguiente, y en los días posteriores, aquello fue como

una fiesta. Primero estaba el amanecer. Desde que despuntaba el alba Poucet salía de la cama. Iba al cuarto de baño a tomar una ducha bastante caliente, saboreando el ligero olor a pimienta del jabón amarillo todo nuevo. Después de bañarse, se envolvía con la gran toalla blanca mientras se miraba en el espejo pegado a la puerta. Entonces Poucet salía tiritando por la humedad y abría las cortinas beiges para ver el nacimiento del día. Un instante después escuchaba el ruido de agua en el cuarto de baño. Al cabo de un momento Poussy se le unía envuelta en la bata de tela esponjosa y rosa. Juntas observaban el mar gris, color perla, que se iluminaba poco a poco mientras el hermoso cielo azul se encendía al oriente, del lado de los cabos sombríos. Ya no había ruido y el horizonte parecía tan inmenso como el borde de un acantilado. Cuando el sol estaba a punto de surgir aparecían algunas gaviotas sobre el mar. Las aves pasaban planeando en el viento a la altura del piso en que se encontraban las chicas, a veces un poco más arriba, lo cual les producía un vértigo particular, algo semejante a la alegría.

«Es hermoso…», repetía Poucet mientras se apretaba contra la bata de Poussy sin dejar de mirar el mar iluminado.

Más tarde se turnaban al teléfono para llamar al hotel y pedir que les llevaran de comer en la mesita rodante. Pedían cualquier cosa de la carta al azar y fingían asombrarse cuando les decían que era demasiado temprano para el bogavante a la americana. Siempre pedían una botella de champaña porque les encantaba humedecer el labio superior en la copa y sentir cómo chispeaban las burbujas que les picaban el interior de la boca y la nariz. Solía regresar el mismo camarero y ahora era él quien les llevaba la comida y la champaña junto con los periódicos matutinos, ceremoniosamente doblados sobre la charola de la mesita rodante. Quizá le gustaban las generosas propinas que le daban las muchachas, o tal vez le agradaba verlas pues no eran como las otras dientas del hotel. Ellas se reían y tenían aire de divertirse todo el tiempo.

Incluso fue él quien les mostró cómo se usaba la llave mezcladora de la regadera y que la persiana eléctrica funcionaba al apretar el botón que hacía girar las láminas de plástico. Tenía ojos verdes y el cabello castaño y rizado. Se llamaba Eric. Ellas no le habían dicho su nombre porque de todos modos desconfiaban un poco de él. Los primeros días no habían hecho gran cosa. Durante el día habían ido a pasear, primero por las calles para mirar las vitrinas de las tiendas, luego a la orilla del mar y al puerto para observar los barcos.

«Estaría bueno irnos», dijo Poucet.

«¿Te gustaría irte en barco…?», preguntó Poussy.

«Sí, para ir lejos, lejos… A Grecia, Turquía, o incluso a Egipto.»

Caminaron por los muelles a todo lo largo de los amarraderos para

escoger el barco en el que les gustaría partir. Pero todavía era invierno y el viento frío soplaba haciendo restallar los aparejos y las amarras, rio había nadie en los barcos.

Al final encontraron uno que les gustó. Era una enorme barca azul con un mástil de madera y un habitáculo apenas del tamaño de una caseta. Se llamaba *Cat* y el nombre también les gustaba. Incluso se subieron a la embarcación: Poucet en la proa, acostada sobre la punta del estrave para ver el agua oscura, y Poussy de pie cerca de la caseta para vigilar si alguien se acercaba.

Luego comenzó a llover y corrieron a guarecerse bajo los portales de los restaurantes cerrados. Las chicas miraban caer las gotas en el agua del puerto mientras hablaban y reían. En verdad no había nadie, o casi nadie. De vez en cuando un coche pasaba despacio por el paseo antes de dirigirse hacia la parte alta de la ciudad.

Luego volvieron al hotel como siempre, primero una por el elevador, luego la otra por la escalera. En el cuarto pidieron por teléfono un montón de cosas para comer: pescado, mariscos, frutas, pasteles. Dejaron de tomar champaña porque les provocaba dolor de cabeza. Ahora pedían limonadas, jugo de frutas o Coca-Cola.

Eran los primeros días. Luego Poucet se hartó de comer en el cuarto del hotel y de esconderse en el baño cada vez que llamaban a la puerta por miedo a que no fuera el mismo mesero. Por otra parte, ya se habían cansado del hotel, la gente empezaba a verlas con cierta extrañeza, quizá porque nunca se cambiaban de ropa, y como algunos las habían visto juntas Poussy decía que todo acabaría por saberse.

Una mañana soleada abandonaron el lugar. Poussy salió primero como si fuera a pasear por el jardín, luego del desayuno, por donde estaba la alberca. Poucet le aventó por la ventana el bolso de viaje con sus cosas y unos minutos más tarde bajó para salir a la avenida. En la esquina de la calle encontró a Poussy con el bolso. Caminaron hablando y riendo, y como ya casi no tenían dinero decidieron pedir un aventón.

Poucet quería ir a Niza y Poussy a Italia: entonces lanzaron una moneda al aire y Poussy ganó. Antes de irse, Poucet quiso llamar a casa para decir que estaban bien, así que insertó una moneda en el teléfono público. Cuando Mamá Janine descolgó al otro lado, la chica dijo rápido, antes de que la comunicación se cortara:

«Soy Chistéle. Estamos bien, no te preocupes, te mando un beso.»

Poussy dijo que no valía la pena llamarían poco tiempo. Además, Mamá Janine podía pensar que las habían secuestrado y que las obligaban a hablar a cuentagotas.

«¿Tú crees?», preguntó Poucet. Aquello pareció inquietarla un instante pero después ya no pensó en ello. Más tarde Poussy dijo:

«Vamos a mandarle una postal de Montecarlo. Cuando llegue ya estaremos en Italia. No corremos ningún peligro».

En una tienda de cigarros escogieron una postal que representaba el Peñasco, el Palacio del Príncipe o algo por el estilo. Pidieron una pluma y escribieron: «Hasta pronto, besos», y firmaron: Christele. Christelle. Pusieron la dirección de Mamá Janine y deslizaron la postal en el buzón.

Para pedir el aventón en auto se pararon en el semáforo de la avenida a orillas del mar. Hacía un muy buen clima y no esperaron mucho. Un Mercedes se detuvo. Lo conducía un hombre de unos cincuenta años que iba vestido como un playboy y olía a jabón perfumado. Poucet se subió atrás y Poussy se sentó al lado del conductor.

«¿Adónde van?»

«A Italia», contestó Poussy.

El hombre ajustó con un dedo el entrecejo de sus lentes de sol.

«Yo solamente voy hasta Mentón. Pero Italia está justo a un lado.»

Conducía rápido y eso le provocaba algo de náuseas a Poussy. O quizás era el olor del jabón perfumado. Cada tanto miraba al lado para ver a la joven.

«¿Son gemelas?»

«Sí», dijo Poussy.

«Se ve. Se parecen como dos gotas de agua», dijo el hombre que acabó por molestarse porque las muchachas no querían hablar. Entonces prendió un cigarro. Rebasaba de cualquier forma en las vueltas y tocaba el claxon con rabia cuando no lo dejaban pasar.

Luego, de pronto, dijo:

«¿Saben que es peligroso que dos chicas lindas como ustedes pidan un aventón así?»

«¿Ah sí?», replicó Poussy.

El hombre soltó una risita gutural.

«Sí, porque si las llevo a dar una vuelta por donde no hay nadie, ¿qué podrían hacer?»

«Sabemos defendernos, ¿sabe?»

Después de pensar un poco, Poussy dijo tranquilamente:

«Yo le daría un golpe con el antebrazo en la manzana de Adán, eso duele bastante, mientras que mi hermana le aplastaría los oídos con las palmas de las manos para reventarle los tímpanos. Y si eso no fuera suficiente, le daría un buen golpe en los bajos con un alfiler que tengo.»

El hombre condujo durante un buen momento sin decir nada. Poussy veía que le costaba tragar. Entonces llegaron a la ciudad de Mentón y sin avisar el hombre frenó súbitamente. Se estiró para abrir

la puerta pasando por encima de Poussy y con una voz rara y malévola les dijo:

«Vamos, ya llegaron. Fuera de aquí.»

Las chicas pusieron los pies en la banqueta. El hombre azotó la puerta y el Mercedes desapareció a toda velocidad en la esquina.

«¿Qué le picaría?»

«Yo diría que lo asustaste», contestó Poucet, y ambas se echaron a reír un buen rato.

Decidieron caminar. Atravesaron la pequeña ciudad con sus calles iluminadas por el sol. Mientras Poussy le preguntaba algo a la vendedora de una tienda, Poucet se apoderó de dos manzanas y una naranja. Más adelante se sentaron a la orilla del mar para descansar y se comieron las frutas. El mar era hermoso bajo el viento frío, un azul profundo marcado con franjas de espuma. Era agradable mirarlo sin decir nada al morder las manzanas verdes. Se olvidaban del mundo y se sentían muy distantes, como en una isla perdida en el mar. Poussy pensaba en eso: qué fácil era irse, olvidar a la gente o los lugares, sentirse como nueva. Gracias al sol, al viento, al mar.

Los pájaros blancos planeaban sobre las olas y graznaban. Cuando Poucet aventaba una cáscara de naranja a la playa de guijarros, se lanzaban en picada y chillaban antes de separarse y empezar a flotar de nuevo en el aire.

«Qué bien se está aquí», dijo Poucet.

Volteó hacia Poussy; la observaba. Su linda cara angulosa ya se había oscurecido por los días pasados al sol, y su cabello brillaba por la sal y la luz. Por su parte, Poucet estaba más roja, sobre todo en la nariz que empezaba a pelarse.

«¿Y si nos quedamos aquí unos días?»

Poussy dijo:

«De acuerdo, hasta mañana.»

Encontraron un hotel en el paseo a orillas del mar, un viejo hotel todo blanco con un jardín en la parte trasera. Era menos lujoso que el de Montecarlo, pero en esta ocasión decidieron pedir un cuarto para dos. Cuando estaba llenando el registro de huéspedes, Poussy preguntó: «¿Hay que pagar ahora?». Por supuesto, la recepcionista le contestó: «Cuando quiera, es mejor al irse». Eso tranquilizaba a la gente. El cuarto era lindo y, claro, se veía el mar entre las palmeras, distante, fundido con el cielo.

Lo más hermoso era el atardecer, cuando el viento se detenía como un hálito suspendido y la hermosa luz amarilla hacía relucir las casas ocres, blancas y rosas, recortando la silueta de la parte vieja de la ciudad contra el cielo pálido. Era como estar al final del mundo. «Como en Venecia», dijo Poussy. «¿Iremos? ¿Iremos después a

Venecia?», preguntó Poucet con un tono casi infantil y su hermana sonrió y la abrazó con fuerza.

Después de la cena subieron a lo alto de una de las colinas, siguiendo los caminos que caracoleaban entre las casonas y los jardines para ver la puesta del sol al otro lado de la dudad. Apostados debajo de los autos estacionados y en lo alto de las bardas, los gatos vagabundos las observaban con sus pupilas redondas. En ese lugar casi no había viento y el aire era suave y tibio como en verano, cargado con el olor de las mimosas. En ese lugar se estaba bien, ése era un buen sitio para olvidar. Poucet y Poussy se instalaron en la pendiente, justo en lo más alto de la colina, ahí en donde había un bosquecito de pinos. Ladraron unos perros prisioneros en los jardines de las casonas. Poco a poco cayó la noche sin sombra, apagando sólo los colores, uno tras otro. Todo era bastante suave, como la ceniza, con el humo subiendo por aquí o por allá y las nubes extendiéndose hasta el horizonte con color de oro y fuego. Luego, cuando cayó la oscuridad de la noche, las luces empezaron a brillar un poco por todas partes: en el techo de las casas, en los paralelepípedos de los edificios. También había luces en el mar, los focos rojos de las boyas, las lámparas del malecón; incluso podían titilar en alta mar las luces apenas visibles de un gran carguero que iba a Génova.

Las muchachas observaban todas las luces que se prendían allá abajo a lo largo de la costa, en los huecos de los valles y en los dibujos de las carreteras en las colinas. También observaban las luces de los autos, los puntitos amarillos que avanzaban muy, muy lento, como insectos fosforescentes. Se veían tan lejos, tan pequeños, que no tenía mucha importancia cuando se les veía desde ahí, desde lo alto de la colina.

«Qué bien se está aquí», murmuró Poucet al recargar la cabeza en el hombro de su hermana como si se fuera a dormir. Pero Poussy sentía algo raro en ella, como cuando alguien te observa por la espalda o como cuando sientes que algo malo va a suceder. Su corazón latía rápido y fuerte. Sentía punzadas en la cabeza, en la garganta. Dolores. Por momentos sentía cómo le temblaba todo el brazo, el espinazo entero; un picor particular que le formaba un nudo en la nuca. Tal vez era el frío de la noche pero no le decía nada a Poucet para no sacarla de su ensoñación. Aguantaba la respiración y al cabo de un instante acababa por soltar un gran suspiro.

«¿Qué tienes?», le preguntó Poucet.

«Nada… ven, vámonos», le respondió Poussy y comenzó a bajar por la colina, hacia la ciudad, hacia todas las luces que se movían y brillaban como insectos atareados.

Comer no siempre era fácil. El hotel donde se quedaron no servía de cenar y tenían que arreglárselas cuando tenían hambre. Una tarde

fueron a comer a un gran restaurante a orillas del mar. Al momento de pagar se esfumaron por la ventana de los sanitarios, primero una y luego la otra. Era un tragaluz estrecho pero ellas eran muy delgadas y no les costó nada deslizarse al exterior. Ya afuera corrieron tanto como pudieron hasta llegar al hotel. A la mañana siguiente hicieron lo mismo en un café en el centro de la ciudad. Se contentaron con salir, caminar tranquilamente y perderse tomando cada una direcciones distintas. Como en cada ocasión, se habían dado cita en el puerto para hablar de todo lo que habían hecho y se reían contentas por haber logrado escapar. «Debemos jurar que si atrapan a una de las dos, la otra hará todo lo posible para ayudarla a escapar», dijo Poucet. «Lo juro», contestó Poussy.

Pero después de eso tuvieron que cambiar de ciudad porque las cosas se habían complicado. Para ir a Italia, Poucet decidió que debían cambiar de vestimenta. En una tienda departamental dejaron sus pantalones azules y playeras y se llevaron un par de conjuntos blancos: Poucet unas bermudas, un suéter y una chamarra de nailon; Poussy una falda recta y un saco de lana. En el área de accesorios Poussy escogió una diadema de perlas con motivos autóctonos de Estados Unidos, para su hermana tomó un par de brazaletes de plástico color marfil. En el área de zapatos Poucet y Poussy dejaron su calzado, que ya empezaba a verse algo deslucido, por unas botas cortas estilo Western en piel sintética blanca.

Cuando se cambiaron de vestimenta se fueron directo a Italia sin siquiera ir a buscar su bolsa al hotel. Así no se planteaba el problema de pagar la cuenta. De cualquier forma, no valía la pena regresar por lo que tenían en las bolsas. «Además», dijo Poucet, «es más cómodo pedir aventón sin tener que cargar nada.» Poussy guardó en una cartera sus identificaciones y el poco de dinero que les quedaba. Poucet ni siquiera tenía un lápiz labial.

Las chicas hubiesen preferido irse en tren pero ya no tenían suficiente dinero para comprar un boleto. Entonces salieron de la ciudad y pidieron aventón a los coches que pasaban. No esperaron mucho: pronto llegó un italiano en un Alfa Romeo blanco. Como lo habían hecho antes, Poussy se subió adelante y Poucet atrás. El hombre tenía unos cuarenta años, unas mejillas salpicadas por la barba y los ojos de un azul muy vivo. No hablaba muy bien francés y las chicas no hablaban para nada italiano. Aun así, iban bromeando y cada vez que el hombre trastabillaba con alguna parte de la frase ellas se doblaban de risa y él también.

Cuando atravesaron la frontera todo el mundo se puso serio, pero no hubo problema. El aduanero italiano revisó las identificaciones de las chicas y le dijo algo al conductor y ambos se carcajearon. Luego los tres se fueron a toda velocidad por la carretera que, a orillas del

mar, rodeaba las casonas y los jardines bordeando cabos y bahías en dirección de Alassio.

Cerca del atardecer llegaron a la ciudad. Había gente en las calles y en las banquetas; la calzada era atravesada por motonetas Vespa que hacían silbar sus motores ultraagudos al zigzaguear entre los trolebuses y los coches. Poucet y Poussy observaban todo con ojos maravillados. Nunca habían visto tanta gente, tanta agitación, tantos colores y tantas luces. El hombre del Alfa Romeo se estacionó en una gran plaza rodeada por arcadas y palmeras. Dejó su hermoso auto nuevo en cualquier lado sin preocuparse por las señales de los oficiales de policía. Les enseñó a las muchachas un gran café con mesas cubiertas con manteles blancos y las llevó ahí para sentarse a pleno sol. El hombre le dijo algo al mesero, el cual volvió instantes después con dos enormes helados cubiertos de crema y chocolate fundido. Él se contentó con un café bastante negro en una taza minúscula. Los helados las hicieron soltar unos cuantos gritos y las chicas se rieron con tanta fuerza que las personas de la plaza volteaban a verlas, aunque no parecía que estuvieran molestas o intrigadas: también reían al ver a un par de lindas chicas vestidas de blanco con la piel cobriza, los cabellos rizados por el mar y el sol, sentadas frente a dos helados que eran como montones de nieve.

Se comieron todo el helado, luego se tomaron un gran vaso de agua fresca. El hombre vio su reloj y dijo varias veces: «*Me vono*». Acaso esperaba que se fueran con él pero Poussy sacudió la cabeza y le enseñó todo eso: la ciudad, las casas con arcadas, la plaza donde los autos y las Vespas daban vueltas sin descanso como figuras de un carrusel, y lo mostró sin decir palabra. Él comprendió enseguida. No parecía estar decepcionado ni molesto. Fue a pagarle al mesero los helados y el café, luego regresó y las observó un instante con unos ojos azules que brillaban en su cara oscura. Se inclinó primero hacia una y luego hacia la otra diciendo: «Bario, bario». Poucet y Poussy lo besaron en la mejilla, respirando por un instante el perfume algo picante de su piel. Luego el hombre se dirigió a su Alfa Romeo y encendió el motor. Lo vieron dar vuelta en la plaza, unirse al ballet de los autos y las Vespas antes de desaparecer por la calle principal.

Empezaba a hacerse algo tarde pero las chicas no se preocuparon por dónde dormirían. Gomo ya no tenían maleta alguna que les pesara salvo la cartera de imitación piel azul marino de Poussy, empezaron a pasear por la ciudad observando a la gente, las casas, las calles estrechas. Siempre había la misma cantidad de gente, más y más gente, porque para los italianos el atardecer no era el fin de las actividades sino un nuevo día que empezaba. La gente salía de las casas: hombres vestidos con trajes negros y zapatos brillantes, mujeres, niños; incluso los viejos salían a la calle, y a veces sacaban

una silla de paja sólo para sentarse a la orilla de la banqueta.

Todos hablaban, se saludaban unos a otros desde ambos lados de la calle o hablaban con el claxon de sus autos o Vespas. También había jóvenes que caminaban a la par de Poucet y Poussy y les hablaban sin parar un segundo, las tomaban del brazo y se inclinaban hacia ellas. Les contaban tantas historias en su lengua que las chicas empezaron a sentir vértigo.

Esa situación también las hacía reír y les daba una sensación de embriaguez: toda esa gente en la calle, mujeres, niños corriendo, las primeras luces de las tiendas, la peluquería para hombres con un sillón de acero y piel roja donde rasuraban a un hombre gordo acostado y con el rostro cubierto de espuma que daba hacia la calle. Los chicos que caminaban junto a ellas se hartaban, se iban, eran remplazados por otro par de jóvenes con la cara y el pelo oscuros y los dientes blanquísimos. Intentaban hablarles en francés, en inglés, luego empezaban su parloteo en italiano y fumaban falsos cigarros estadunidenses que olían a hojarasca. Poucet y Poussy entraban en las tiendas de moda o la zapatería, se probaban vestidos y sandalias que parecían coturnos sin siquiera ver a los chicos que se quedaban afuera y les hacían señas y gestos al otro lado del vidrio.

«Me ponen de malas», decía Poucet.

«Déjalos. No los veas», contestaba Poussy.

Pero no era fácil vender con semejantes bufones en el paraje. La gente se detenía frente a la tienda y entornaba los ojos para ver qué había dentro. De pronto apareció un policía y Poucet y Poussy sintieron que sus corazones latían más rápido, aunque el oficial estaba ahí como los otros: por curiosidad. Como se sintió avergonzado por haber sido sorprendido callejeando como los demás, el oficial se metió a la tienda y dijo algo. La vendedora, que hablaba francés, tradujo:

«Quiere saber si los muchachos las están molestando.»

«Sí, no», dijeron Poucet y Poussy al mismo tiempo y se sintieron algo incómodas.

Cuando salieron de la tienda los jóvenes se habían esfumado y ya nadie se les acercó, como si todo el mundo estuviese al tanto de la intervención del policía.

Hacia el final de la tarde, Poucet empezó a andar más despacio y a suspirar. Cuando Poussy volteó se espantó un poco al verla tan pálida a pesar del bronceado.

«¿Qué tienes?»

Poucet se alzó de hombros.

«Estoy cansada… Tengo frío, es todo.»

Entonces se pusieron a buscar un hotel, pero en todos lados fue lo mismo. Cuando entraban al vestíbulo la gente de la recepción las

miraba de reojo y les pedía de inmediato que pagaran la noche por adelantado. Aquello las cansaba y las muchachas habrían pagado de buena voluntad si hubiesen tenido dinero suficiente, pero la cartera de Poussy ahora estaba casi vacía. Entonces fingían haber ido sólo para pedir informes y Poussy decía: «Gracias, les llamaremos más tarde para reservar». Luego se iban a toda prisa por miedo a que la gente del hotel se le ocurriera alertar a la policía.

«Entonces, ¿qué hacemos?», dijo Poucet.

Toda esa gente las había agotado. Y para colmo no habían podido llevarse nada de las tiendas por culpa del policía. Entonces volvieron a la plaza Partigiani y de ahí se fueron a la playa. Era de noche y en el mar no había viento. El cielo color perla y rosa era inmenso y las grandes casas de pie frente a la arena parecían embarcaciones encalladas. Poucet y Poussy nunca habían imaginado algo tan hermoso.

«¿Crees que Venecia es así también?», preguntó Poucet.

Los pájaros marinos volaban lentamente al ras del mar saltando apenas por encima de las olas. Se percibía un olor profundo y lejano, el sabor de la sal y la luz rosa del cielo en el agua gris y en las fachadas color oro viejo.

«No quisiera irme de aquí nunca», añadió Poucet.

Se sentaron sobre la arena, muy cerca de la franja de espuma, para ver caer la noche.

Se durmieron ahí en la playa, protegidas de las miradas y del viento helado por una vieja escalera que conducía a una puerta tapiada, y por los restos de una barca abandonada. La arena, suave y ligera, conservaba un poco el calor dorado de la última luz del sol. Era agradable dormir al aire libre rodeadas por el poderoso aroma de la sal. Era como si se hubiesen encontrado al otro lado del mundo y que todo lo que habían conocido antaño, desde su infancia, se hubiese borrado o caído en el olvido.

Poussy se despertó por la noche. Tenía frío y ya no tenía sueño. Sin hacer ruido caminó por la playa hasta el mar. La luna resplandecía en el cielo oscuro e iluminaba las olas haciendo brillar la espuma blanquísima. Hasta donde su vista llegaba, no había nadie en la playa. Las siluetas de las casas viejas, cuyos postigos estaban cerrados contra el viento marino, eran sombrías.

La joven escuchó durante largo rato el sonido del mar, las anchas olas que se desmoronaban sin esfuerzo sobre la arena y lanzaban hacia sus pies franjas de espuma fosforescente. El faro del Cabo Mele se encontraba en el extremo de la bahía, y un poco más lejos se observaba el resplandor de Albenga en el cielo sobre las colinas.

A Poussy le habría gustado meterse en el agua oscura que rebosaba

de chispas de luz de luna, pero tenía frío y también un poco de miedo. Sólo se quitó las botas para caminar descalza sobre la espuma. El agua estaba helada y ligera, exactamente como la luz lunar en la negrura del cielo.

Luego se sentó cerca de Poucet que seguía dormida y por segunda ocasión desde el inicio de su viaje sintió aquel vacío enorme, una angustia que casi le desgarraba y le perforaba el interior de su cuerpo. El vacío era tan profundo y tan terrible ahí, en medio de la noche, en la playa desierta, con Poucet dormida en la arena, el viento agitándole el cabello, en medio del ruido lento y despiadado del mar y de la luz de la luna. El vacío era tan doloroso que Poussy gimió un poco y dobló el cuerpo.

¿Qué era? Poussy no lo sabía. Era como estar perdida a miles de kilómetros en el fondo del espacio sin esperanza de encontrarse nunca a sí misma; era como ser abandonada por todos y sentir a su alrededor la muerte, el miedo, el peligro, sin saber hacia dónde escapar. Acaso era una pesadilla que tenía desde su infancia cuando se despertaba gritando por la noche y cubierta por un sudor glacial: «¡Mamá! ¡Mamá!», y sabía que no había nadie que respondiera a aquel llamado y que nada podría apaciguar su zozobra, en particular la mano de Mamá Janine que se posaba en su brazo mientras le decía en voz baja: «Aquí estoy, no tengas miedo». Pero ella protestaba en silencio con todo su ser, hasta las más ínfimas partes de su cuerpo: «¡No es verdad! ¿No es verdad!».

La desesperanza y la soledad de Poussy eran tan intensas en aquel momento que debieron despertar a Poucet, quien se levantó con el rostro hinchado por el sueño y con el cabello rizado lleno de arena y algas secas.

«¿Qué pasa?», preguntó. Su voz era tan graciosa y su cara tenía un aire tan somnoliento que Poussy sintió que su angustia se derretía en un instante y se echó a reír. Poucet la miró sin entender e hizo lo mismo. Aquello terminó por despertarla y ambas decidieron caminar un poco por la playa para desperezarse.

Se fueron al otro extremo de la ciudad bordeando los viejos edificios de pie en la playa, los cuales en verdad parecían los restos de barcos encallados ahí desde hacía siglos. A veces cuando pasaban ladraba un perro o veían las sombras fugitivas de las ratas que se echaban a correr.

Se sentaron en el otro extremo de la playa, cerca del estuario del río. Prendieron un cigarro estadunidense y, sin decir palabra, fumaron con los ojos fijos en el horizonte negro y en la mancha rutilante de la luz de la luna. Ahora ya casi no había viento, como siempre sucede justo antes del alba. Pero el poco aire que había era helado y húmedo y las muchachas se abrazaron con fuerza para tener menos frío. Quizás

en ese momento Poussy pensó en ir a una gran tienda para robarse una tela o una chamarra con que cubrirse. Si lo pensó, no fue tanto por el frío que ella sentía, sino porque esa noche Poucet había empezado a toser. Tenían el cansancio de todos los días del viaje, demasiado sol y viento, y habían comido cualquier cosa, a cualquier hora, además de esa larga noche que habían pasado en la playa húmeda envueltas por el viento y la salpicadura de las olas. Ahora Poucet temblaba y su mano hacía arder la mano de su hermana.

«¿Te me vas a enfermar?»

Poucet dijo:

«No, estaré mejor, en un rato.»

«El sol va a salir, vamos a un café.»

Pero había un silbido en la respiración de Poucet y su voz era ronca, apagada.

De cualquier forma se quedaron ahí, sentadas sobre unas piedras al lado de la desembocadura del río para observar el horizonte y el cielo hasta que el primer resplandor del día surgió al oriente: una mancha gris que crecía poco a poco sobre la tierra. Cuando el sol apareció en el cielo claro y puro, las chicas fueron a acostarse de nuevo en la arena, cerca de los muros de las viejas casas, y se volvieron a dormir, tal vez soñando en que sus viajes no tendrían fin.

Cuando el sol estuvo a lo alto del cielo, Poussy se despertó. En la gran playa, a lo lejos, ya sólo se veían las siluetas de los pescadores atareados en sus barcas encalladas o secando las redes antes de repararlas. Poussy empezaba a tener hambre y sed, y observó un buen rato a Poucet acostada a su lado antes de darse cuenta de que no dormía. La joven tenía el rostro muy pálido y las manos heladas. Sin embargo, sus ojos brillaban con un fulgor preocupante.

«¿Estás enferma?», preguntó Poussy.

Poucet contestó con un gruñido. Su respiración silbaba un poco más fuerte que momentos atrás. Cuando Poussy la tomó del brazo para ayudarla a sentarse vio en su piel todos los vellitos erizados, como cuando se le pone a uno la carne de gallina.

«Escucha», dijo Poussy. «Espérame aquí. Voy a la ciudad para encontrar una maleta, así podremos ir a un hotel. Luego iré a buscar algo de comer y de beber. Te caerá bien un poco de té con limón.»

Como Poucet no decía sí o no, Poussy se fue de inmediato. Bordeó la playa hasta que encontró una calle. Luego buscó una tienda grande.

Poucet se quedó sola en la playa, sentada en la arena con la espalda recargada contra la barda vieja y maltratada que el sol matinal empezaba a calentar un poco. Miraba el mar y el cielo con ojos turbios como si la rodeara un humo que la separaba de la realidad. Respiraba dando bocanadas muy cortas para que no le

doliera lo más hondo de los pulmones, pero respirar de ese modo entrecortado la cansaba y le provocaba una especie de vértigo bastante tranquilo. Empezó a escucharse ruido en la playa, gritos de niños, voces de mujeres, de hombres, tal vez incluso se oyese el eco de una radio. Pero Poucet no les prestaba atención en lo más mínimo. Percibía aquellas voces como si vinieran desde el fondo de un corredor larguísimo, seccionadas, deformadas e incomprensibles.

«*Come ti chiami*?»

El sonido de la voz la hizo brincar. Volteó y vio a un muchacho parado frente a ella que la examinaba con insistencia.

«*Come ti chiami*?», insistió el joven. Su voz era aguda pero no desagradable. Miraba con asombro a la muchacha y su rostro cobrizo, la ropa blanca arrugada por la noche, el cabello enredado lleno de arena, las pulseras de plástico.

Poucet entendió la pregunta y le dijo su nombre enseñándole el pulgar de la mano.

«*Pólice*?», dijo el muchacho que se echó a reír, y Poucet se rio también mientras él repetía:

«*Pollice… Pollicino! Pollicino*!»

Luego señaló su pecho con el índice y dijo:

«*Sono Pietropaolo. Pietropaolo.*»

Poucet repitió su nombre y ambos rieron. Entonces ella olvidó el dolor de los pulmones y los escalofríos de la fiebre. Al final sólo experimentaba una extraña embriaguez, como cuando uno se queda largo tiempo sin comer ni dormir; una debilidad nada desagradable.

Pietropaolo se sentó a su lado apoyando la espalda en la barda y sacó un viejo paquete de Chesterfield todo arrugado. De ahí extrajo dos cigarros torcidos, casi rotos. Poucet tomó uno. El humo le hizo bien, al menos durante las primeras caladas, luego se puso a toser tan fuerte que el joven se arrodilló frente a ella con una expresión de susto.

«Me duele aquí», dijo Poucet, señalándose el pecho.

«*Male*», dijo el joven. «*E non hai un medicamento p'ció?*».

«No, no», contestó Poucet.

La tos la había cansado. Gotitas de sudor le perlaban la frente y las aletas de la nariz y sentía que su corazón latía muy rápido debido al ardor al fondo de su pecho.

Ahora el sol se encontraba muy alto en el cielo, eran alrededor de las once. Pietropaolo y Poucet se quedaron sentados sin moverse ni hablar, mirando las olas estrellarse contra la playa.

Luego regresó Poussy. Llevaba cargando del brazo una gran chamarra impermeable color caqui y una botella de cerveza. Se sentó jadeando contra la arena, como si hubiese corrido mucho. Poucet

estaba apoyada contra la barda. Su rostro se veía cansado y sus ojos brillaban de fiebre.

«¿Quién es?», preguntó Poussy.

«Es Pietropaolo…», dijo Poucet.

El joven dibujó una enorme sonrisa.

«*Pietropaolo. E te*?»

«Poussy», dijo Poussy.

«Poussy?»

Poucet maulló para que Pietropaolo entendiera.

«*Ah! Il Gatto! Gattino*!»

Se rio y las dos chicas lo secundaron. Se tomaron la cerveza juntos limpiando la boca de la botella entre trago y trago. Luego Poussy le enseñó la chamarra a Poucet y le contó lo que había hecho.

«Es para ti. Era imposible encontrar una maleta: están amarradas con cadenas en todas partes. Casi me atrapan por lo de la chamarra. Tuve que correr durante quién sabe cuánto tiempo con esta cosa en la mano mientras el vendedor gritaba a mis espaldas "*Ladra! Ladra!"* Por fortuna estaba gordo y se cansó antes que yo.»

«*Ladra! Ladra*!», repitió Pietropaolo y los tres estallaron en carcajadas.

Poussy le ayudó a Poucet a ponerse la chamarra.

«Está algo grande, pero te mantendrá caliente.»

«¿Y la cerveza?», preguntó Poucet.

«Estaba en una caja frente a una tienda cerrada. Sólo tuve que tomarla.»

Bebieron un poco más de cerveza por turnos. Luego Pietropaolo sacó su famoso paquete de Chesterfield todo arrugado y se lo ofreció a las chicas.

Poucet negó con la cabeza y Poussy lo rechazó también. Le dijo «Tengo hambre.»

El joven la veía sin entender. Entonces ella le enseñó la boca entrechocando las mandíbulas.

«*Ah si. Vorresti mangiare.*»

Se levantó de un brinco y desapareció en una de las calles que daban a la playa.

Lo esperaron sin hablar y ni moverse, con la espalda recargada contra la vieja barda viendo el mar. El viento frío soplaba en ráfagas y en el cielo había nubes oscuras. Poussy pensaba en todo eso que estaba tan lejos ahora: el taller, las calles grises del suburbio, el cuarto oscuro y la cocina donde estaba sentada Mamá Janine, y por primera vez en varios días pensó en ello con una especie de indiferencia, como si en verdad hubiese decidido que ya no volvería nunca a esa casa.

Veía a Poucet de reojo, su rostro infantil, la expresión casi obstinada de sus labios, su frente protuberante, cubierta con rizos agitados por el viento. Poucet parecía haber recuperado su calor envuelta en la chamarra caqui. Su respiración era más regular, silbaba menos y sus mejillas ya no estaban tan pálidas. La joven observaba fijamente el mar y la arena de la playa vacía como si durmiera con los ojos abiertos.

«Vamos a regresar», dijo Poussy con tanta tranquilidad que Poucet volteó y la miró con desconcierto.

«Nos vamos a ir, ahora. Vamos a volver», dijo de nuevo Poussy. Poucet no dijo nada aunque volvió a mirar fijamente la playa y el mar. Sólo las lágrimas perlaron sus pestañas antes de deslizarse por las mejillas y ser barridas por el viento. Cuando Poussy se dio cuenta de que su hermana lloraba en silencio, le dio algunos besos y la apretó en sus brazos diciéndole:

«No es sólo por eso, ¿sabes?, yo también habría podido enfermarme, la razón es que…» Pero no pudo continuar la frase porque no encontró una buena razón.

«Yo también quería que fuéramos hasta Venecia, incluso a Roma, a Sicilia y luego a Grecia, pero no así, así no…»

Poucet se enojó de pronto. Empujó a su hermana e intentó levantarse. Temblaba y su voz estaba ronca.

«¡Gallina! ¡Eres una gallina! Dices eso pero tienes miedo. Miedo de ir a la cárcel. Eso es, ¡dilo!»

Poussy miraba a Poucet arrodillada en la arena con los ojos brillando por las lágrimas, el cabello enredado por el viento y la chamarra tan grande que las mangas le tapaban la yema de los dedos.

«Lo digo porque es verdad. Ya no podemos continuar, hemos llegado al final del camino. Vamos a regresar, ya no podemos seguir. Vamos a regresar ahora.»

Su voz era tranquila y por eso la ira de Poucet se desinfló de inmediato. Se volvió a sentar en la arena y recargó su cabeza contra la pared.

En aquel momento regresó el joven. Llevaba un gran pan y una bolsa de naranjas. Se detuvo frente a las dos chicas, se sentó y les extendió las provisiones. Sonreía con amabilidad. Sus ojos claros brillaban en su cara apesadumbrada. Poussy tomó el pan y las naranjas y le agradeció. Luego empezaron a comer en silencio. Las gaviotas, atraídas por la comida, daban vueltas sobre sus cabezas lanzando chillidos. Cuando acabó de comerse una de las naranjas, Poussy fue al mar a lavarse las manos y la cara, tomando un poco de agua y de espuma entre las manos. Le trajo un poco de agua de mar a Poucet y le pasó las palmas frescas por la frente y por los ojos.

«Nos vamos: ahora», dijo Poussy. Señaló el otro lado de la playa, hacia el poniente. «Nos vamos a casa, ahora.» Poucet también se levantó. Estaba tan débil que tuvo que recargarse en el hombro de Poussy para no caer.

«*Dove? Dove*?», preguntó el joven. De pronto la ansiedad se filtró en su voz. Caminaba al lado de las chicas con la mirada fija en sus rostros como un mudo que quiere leer en ojos y labios. «*Dove? Dove*?»

Al tropezar con un pedazo de madera que asomaba del suelo, el muchacho hizo una mueca y dio saltitos lo que provocó la risa en las jóvenes. Pero él no reía. Dijo (con voz ronca, porque poco a poco comprendía qué pasaba):

«*Andró… Andró con voi stessi. Per favore, andró… accompagnare voi stessi…*»

Pero cuando dejaron atrás la playa para entrar a la ciudad, Pietropaolo se quedó inmóvil en la arena con la mirada fija en ellas y con los brazos pegados al cuerpo. Antes de girar en una cabecilla vacía, Poussy se dio la vuelta para despedirse con un ademán, y entonces lo vio a lo lejos todo chiquito en medio de la extensión blanca de la playa, inmóvil como un trozo de madera frente al mar. Al final la chica no agitó la mano y junto con Poucet se perdió en la ciudad sombría en medio del ruido de las familias durante la hora de la comida.

En una gasolinera de la carretera encontraron un camión estacionado marcado con las letras TIR. Poussy le pidió al chofer que las llevara. Luego de dudar un momento, dijo que sí.

Instantes después, el gran semirremolque TIR viajaba hacia Francia con Poucet y Poussy medio dormidas en la cabina. El chofer no les prestaba atención. Fumaba cigarros y escuchaba la radio italiana a todo volumen. Al llegar a la frontera los policías miraron los papeles de las chicas con detenimiento. Uno de ellos sólo dijo: «Nos van a tener que acompañar». En la sala de la estación de policía había un inspector de civil, un hombre de unos cuarenta años, algo calvo y de mirada dura. Cuando entraron acompañadas por el policía uniformado, el hombre soltó una risita y dijo algo como: «Hasta que llegan nuestras amazonas». Quizá no haya dicho «amazonas», pero Poussy no lo escuchaba. Miraba el perfil obstinado de Poucet sin pensar en lo que seguiría, las largas esperas en corredores polvosos y celdas desprovistas de luz del día. Sólo pensaba en el momento en que se volvieran a ir, lejos. Irse de nuevo, pero esta vez para no volver jamás.

EL COYOTE

El día amanece en el río Roya cuando Tartamella detiene el motor de la camioneta cuya parte trasera está cubierta con una lona. El hombre se detiene en la carretera, un poco más abajo, en la playa de guijarros, frente a la extraña corriente de agua color cielo. Prende un cigarro y escucha las voces de los hombres que se agitan atrás antes de bajarse. Les grita una vez más con voz ronca:

«¡Llegamos! ¡Lindel trayecto!»

Los hombres bajan uno a uno de la parte trasera sin apresurarse, como si tuviesen miedo de moverse demasiado después de todas esas horas que han pasado recorriendo la carretera. Son muchos, ocho, diez quizá, de todas las nacionalidades: griegos, turcos, egipcios, yugoslavos, tunecinos. Unos son altos y delgados, y otros pequeños, gordos, morenos, pelirrojos con ojos verdes, o amarillos. Van vestidos con todo tipo de ropa, suéteres gruesos tejidos, abrigos de invierno, chamarras de aviadores de imitación o trajes ajados. Los hombres hablan diferentes idiomas, pero cuando Tartamella los mira los reconoce perfectamente: todos son iguales por culpa de la pobreza, el desasosiego y el hambre. Tartamella está de pie frente a ellos en la playa de guijarros. Los mira y luego voltea a ver el cielo de tono azul pálido y frío de los amaneceres invernales. Hace circular un paquete de cigarros estadunidenses para que los hombres entren en confianza. Cada uno toma un cigarro en silencio y espera el fuego.

Miloz no fuma. Mira a Tartamella como si estuviera pensando en algo distinto. A pesar de sus ojos azules y su rostro pálido, tiene una mirada sombría. Tartamella se siente incómodo por la mirada del hombre y esconde su molestia poniendo cara de enfado. De pronto dice en italiano:

«¿Qué sucede?»

El otro no contesta de inmediato; cuando Tartamella le da la espalda y encoge los hombros, Miloz dice:

«¿Cuándo nos vamos?»

«Ahora mismo», contesta Tartamella. «Cuando llegue el guía.»

«¿El guía?», repite Miloz.

«Sí, el guía. El coyote, vamos.»

Miloz se va a sentar en una piedra frente a la playa de guijarros. Pronto lo imitan los demás hombres. Forman un pequeño grupo separado de la camioneta cubierta con una lona y de Tartamella, como si no tuviesen nada en común. Tartamella se encoge de nuevo de hombros y se sube a su camioneta. Prende otro cigarro y enciende la radio para matar el tiempo. Se oye una melodía que canta una negra estadunidense de voz grave, lo cual es un poco raro en aquel paisaje de río seco donde esperan los hombres sentados en silencio en la playas de guijarros, con las siluetas de las altas montañas cubiertas de nieve al fondo del valle, a contraluz del cielo azul invernal.

Los hombres no se hablan. ¿Cómo podrían hacerlo? Cada uno tiene su propia lengua, la lengua del pueblo que dejó atrás, al igual que a sus padres, mujer e hijos, para aventurarse al otro lado. Miloz piensa en su madre y su padre, en la casa del pueblo, las montañas desnudas. Pero está tan lejos que ya no sabe si eso existe. Hace tanto tiempo que vaga por los caminos durmiendo en las bancas de las paradas de los autobuses o en los hoteles para pobres, cuidando el fajo que aprieta en la bolsa cosida al interior de su suéter tejido por Lena, su mujer, y que debe asegurar que llegue al otro lado.

Ignoraba que sería Tartamella, nadie le dijo ningún nombre. Cuando salió de improviso en la estación junto con los demás que venían de Trieste, se quedó inmóvil frente a la escalera iluminado por la luz de neón. Dejó la maleta de cartón rígido en el piso y esperó. Los otros hicieron lo mismo. Cada quien aguardaba sin mirarse entre ellos por miedo a que fueran gente de migración.

Luego llegó Tartamella. Salió de una camioneta cubierta con una lona y caminó hasta la puerta de la estación mientras prendía un cigarro.

Como Miloz era el primero y estaba al frente, el hombre gordo le habló a él antes que a nadie.

«¿Adonde vas?»

Miloz entiende bien el italiano, pero no le gusta hablar. Lo único que dijo fue el nombre:

«Francia.»

«¿Tus papeles están en regla?»

Así debía suceder, ése había sido el acuerdo al salir de Trieste. El que le sirvió de contacto en el café de la Piazza de la Liberta frente a la estación de autobuses, le dijo: «Te piden los papeles, enseñas el dinero, eso es todo».

Miloz abrió entonces la camisa y sacó de la bolsa interior un billete de diez mil doblado en cuatro. Pero no lo entregó de inmediato.

Ahora aguarda sentado sobre una piedra en la playa del río. El cielo es claro y el sol acaba de aparecer, iluminando primero las cimas

nevadas al fondo del valle y luego, poco a poco, las otras montañas. Cuando la luz los toca, los guijarros del lecho del río brillan. A Miloz le gusta la luz de la mañana y a pesar del cansancio, del insomnio y del viaje desde Milán en la parte trasera de la camioneta, está feliz por estar ahí en el momento en que el sol asoma.

También tiene un poco de miedo. ¿Qué hay del otro lado? Si los policías lo atrapan y lo encierran en la cárcel, ¿cuándo podrá volver a estar cerca de Lena, de sus padres? Se dice también que a veces matan a los extranjeros. Eso lo dijo en francés un árabe cuando esperaba en la estación de Milán. No habla para nada esa lengua y el árabe, cuyos ojos brillaban con una fiebre peligrosa, se expresaba con una voz rara, rasposa y dura. Miloz se encogió de hombros y dejó de escuchar, aunque sin que se diera cuenta el desasosiego creció en su interior. ¿Adónde va ahora? ¿Qué provecho va a sacar de esta historia? ¿Cuándo volverá a ver a Lena, Lena ojos de topacio?

El sol está en lo alto del cielo desnudo. Los hombres siguen esperando sentados en la playa del río Roya, sin mostrarse impacientes. Desde su infancia se han acostumbrado a esperar durante horas, días. Sólo cuando el sol quema demasiado a pesar del frío invernal, se mueven para ir a sentarse un poco más lejos, al abrigo del follaje de un roble verde y marchito. Se oye el ruido de la carretera, un rugido continuo que llega desde el puente, un poco más abajo. Sin embargo, desde donde están los hombres no ven los coches. Solamente escuchan el ruido de las ruedas y los motores.

Aunque espera fumando dentro de su camioneta, Tartamella acaba por impacientarse y consulta su reloj cada vez más seguido: un gran reloj de oro que brilla en su muñeca renegrida.

Los hombres no tienen reloj. Miloz tenía uno pero cuando se fue se lo dejó a Lena para que tuviese algo para vender en caso de necesidad. Ahora le da lo mismo. No necesita saberla hora. El sol basta. Ahora que se va tan lejos, quizá para no volver nunca, qué más da saber o no la hora. Eso puede esperar. Dos días aguardó en la estación de Trieste hasta dar con el que daba los informes para irse al otro lado. Durmió en las bancas de la Piazza de la Liberta, y al segundo día comió pan y fruta en mal estado que los viajeros dejaron en la estación antes de irse.

En el tren viajó sentado en el piso y se durmió con la cabeza apoyada contra su maleta de cartón rígido. Cuando se hizo de día encontró lugar en un compartimento. En la estación de Milán esperó todavía algunas horas sentado en la camioneta cubierta con una lona, porque Tartamella decía que faltaban dos hombres.

Todos y cada uno de ellos saben esperar. No necesitan fumar o hablar. Tienen hambre pero se aguantan porque saben que más tarde necesitarán sus provisiones. Cuando tienen sed van hasta el río y dan

unos tragos rápidos al agua por temor a que alguien los vea desde el camino. Cuando quieren orinar se alejan un poco entre los matorrales y luego vuelven a sentarse con los demás. Tartamella no tiene tantos modales. Mea de pie frente a la camioneta azul sobre los guijarros blancos de la playa. Luego se come un gran sándwich de pan duro que compró en la estación de Milán, y no se siente incómodo por eso.

El sol hace que las sombras avancen lentamente por el valle del río Roya y agotan el día hora tras hora hasta vaciarlo. Las cimas nevadas se pintan de gris pálido y la poca agua que corre en la playa de guijarros ha dejado de reflejar el azul del cielo.

Los hombres ya no se mueven. No saben adónde ir; a tal grado, que es posible que esperen ahí en la playa durante días hasta morirse. ¿Tienen alguna importancia las horas y los días cuando vamos a morir de hambre? Miloz no deja de pensar en Lena y se da cuenta de que a ratos la evoca con tanta fuerza que habla solo, como si su mujer estuviese ahí, a su lado. Sin embargo, nadie le presta atención. Los otros hombres están callados, encerrados en su cansancio, su hambre y su espera. El egipcio que viajó en el mismo tren que Miloz está acostado en el piso con la cara hacia la luz moribunda, y si sus ojos no brillaran entre sus pestañas se podría pensar que duerme.

Luego aparece el guía. Nadie sabe su nombre y no se mueve nadie cuando llega. Habla un poco con Tartamella y mira a los hombres que esperan en la playa. Seguro dice algo como:

«¿Están todos?»

Porque Tartamella asiente con la cabeza. El guía es un hombre pequeño, enjuto y moreno, con la cara endurecida y aire de serrano. Está vestido con unos jeans azules y una chamarra verde oscuro de cazador. Lleva puesto un buen par de zapatos de montaña.

«¡Caminen! ¡Caminen!»

Da la orden en italiano. Todos los hombres se levantan y empiezan a caminar por la playa a unos metros del guía. Miloz va al frente con su maleta en la mano.

Tartamella recoge todo el dinero antes de irse. Cuarenta mil liras por cada viajero, que pone en una alforja negra en imitación piel que lleva amarrada a su muñeca peluda. Luego, sin decir nada más, se sube a su camioneta cubierta con una lona y se va por la cuesta empinada hasta la carretera. Miloz se da la vuelta para seguirlo con la mirada pero los árboles lo ocultan. El ruido del motor desaparece de golpe.

El guía camina rápido, no los espera, como cuando alguien tiene prisa por llegar. A sus espaldas, los hombres se tambalean sobre las piedras porque casi no tienen fuerzas. El grupo atraviesa el río por el vado siguiendo al guía. Miloz siente el agua helada del torrente

humedecerle los pies desnudos dentro de su calzado viejo. Se quita los zapatos y camina como puede sobre los guijarros afilados. El egipcio tiene unos tenis azules monumentales, lo que hace reír un poco a los demás. Uno de ellos, que va muy cargado con un saco de harina lleno de cosas al hombro, se resbala al poner el pie sobre una piedra plana y cae sentado. Eso los hace reír, pero Miloz ve la mueca de dolor del hombre y lo ayuda a levantarse.

«*Eucharisto*», dice el hombre. Un griego.

El guía se detiene, está de pie del otro lado de la ribera y mira a los hombres que trastabillan en el agua, en medio de las playas con guijarros amontonados. Su cara morena no expresa nada pero su voz es de impaciencia. Tan sólo grita, esta vez en francés:

«¡Caminen! ¡Caminen!»

En la orilla opuesta, el grupo echa a andar de nuevo y escala el talud de la ribera entre matorrales espinosos. Por fin llegan a la sombra pues el sol se ha ocultado tras los montes, más allá de la frontera. Miloz piensa que quizá la gente siga al sol del otro lado, y eso le da ganas de avanzar con más prisa.

Primero atraviesan un camino de terracería, luego las vías del tren de rieles oxidados. En el balastro hay hierba y los durmientes están astillados. Más arriba, en una colina gris, Miloz distingue los muros de un pueblo, oye ladrar a los perros en las granjas. Instintivamente los hombres se detienen por temor a ser vistos, pero el guía sigue trepando entre los matorrales.

«¡Caminen! ¡Caminen!»

Rodean una primera montaña color verde oscuro por los robles verdes y los matorrales. El valle continúa hacia el norte. Cerca de una vieja capilla en ruinas encuentran el inicio de un sendero de muías que sube, serpenteando, hacia lo alto de la montaña. Ahora el grupo se ha dispersado, los más ágiles hacia arriba, no lejos del guía, y los más lentos hacia abajo, dando pasos cortos en el sendero pedregoso mientras cargan sus bultos. Hace más de una hora que caminan sin detenerse cuando Miloz de pronto se pregunta qué ha sucedido con el griego. Coloca su maleta en un hueco entre los matorrales y la oculta con las ramas, luego desciende por el sendero tramo por tramo. Cruza a los hombres que suben con dificultad y el rostro cerrado. Nadie le dice nada. Lejos, allá abajo, está el griego que jala como puede su saco de harina; Miloz escucha el silbido de su respiración, toma el saco y se lo pone al hombro. Luego empieza a subir de nuevo sin decir palabra. Cuando llega al lugar en donde dejó su maleta, la saca de los matorrales y se la da al griego. Se vuelve a colocar el saco de harina al hombro y juntos retoman la marcha.

En la noche llegan cerca de un pueblo. El guía espera a los hombres fumando un cigarro a la orilla de la carretera. El punto rojo

de la brasa se enciende como un faro. Hay diez hombres. «San Antonio», dice. Les explica que él va a ir primero y que cuando silbe ellos podrán pasar. Dice todo eso en italiano y en mal francés, aunque todo el mundo comprende.

Los minutos se alargan en la oscuridad a la orilla de la carretera. Miloz siente que las piernas le tiemblan de cansancio y tiene la boca tan seca que no puede mover la lengua. Pero la noche está helada y le urge retomar el camino para olvidar el frío.

A lo lejos escuchan la señal del guía y todos se echan a andar por la carretera asfaltada. Cuando pasan por el pueblo de San Antonio ven brillar las luces en las casas, escuchan los ruidos de los hombres, los ladridos de los perros y todos se sienten apesadumbrados porque piensan en el pueblo que dejaron a sus espaldas en Yugoslavia, Turquía, Grecia o Túnez. El guía camina unos pasos adelante en busca de la entrada del sendero que conduce a la frontera. La noche es espesa, profunda y los hombres casi se caen al golpear el suelo con los ojos a ciegas. Miloz escucha el ruido áspero de la respiración, sabe que el griego va detrás de él, no muy lejos.

A unos kilómetros de San Antonio, el guía se detiene en una curva frente a un muro en ruinas. No dice nada, pero los hombres comprenden que ahí pasarán la noche, al abrigo del viento nocturno. Dejan sus bultos en el piso y se acomodan en los matorrales con la cabeza hacia el muro sin preocuparse por los escorpiones. Con la cabeza apoyada en su maleta, Miloz escucha la respiración áspera del griego. Se duerme al instante.

Los despierta el guía, uno tras otro. Todavía es de noche pero ha salido la luna, magnífica, al cielo puro del invierno. Hace un frío glacial y Miloz observa el vaho que se escapa como si fuera humo de la nariz del hombre de baja estatura. Él también se levanta y está a punto de tomar el saco de harina del griego pero éste sigue con la cabeza apoyada en él. Para despertarlo Miloz lo sacude con fuerza y descubre que no duerme. Tiene los ojos abiertos y gime.

«Vamos, levántate», le dice en serbio, y luego en francés, como el guía: «¡Caminal».

El otro sacude la cabeza, se levanta el pantalón, le enseña la pierna. A la luz de la luna la pierna del hombre parece hinchada, violácea; el dolor hace que el sudor escurra de su frente. Miloz va hacia el guía que se prepara para irse, le enseña al hombre recostado sobre sus pertenencias:

«No puede.»

El guía se acerca al griego, le levanta el pantalón. No expresa nada. Saca de su bolsa las cuarenta mil liras y las deja al lado del griego. Y le dice:

«Ve a San Antonio, cuando sea de día.»

El griego comprende que el viaje ha terminado para él y le escurren lágrimas de los ojos. Aun así no dice palabra, quizá porque no sabe pronunciar nada que no sea en griego.

Miloz toma su maleta y se va sin mirarlo para unirse al grupo que ya empieza a subir por el camino de las muías, entre los matorrales, hacia la Roca Larga.

El trayecto no tiene fin y los hombres están perdidos en medio del camino, a kilómetros de intervalo. Ahora marchan con el cuerpo inclinado hacia delante, cargan sus bultos y llevan la mirada fija en las piedras del sendero que brillan como vidrio por la claridad de la luna. No intentan verse entre ellos ni entender dónde se encuentran. Miloz siente que su corazón está lleno de odio hacia todo el mundo, y sobre todo hacia el guía que distingue de vez en cuando: una simple silueta que se desliza a lo lejos entre los matorrales como un animal en fuga. Odio hacia este mundo, hacia las piedras hirientes y los arbustos de espinas que lo rasguñan, hacia el olor acre del tomillo y la tierra y hacia el viento helado.

Odio que lo hace seguir caminando a pesar del hambre y la sed, a pesar de las noches sin dormir.

Cuando el día empieza a despuntar los hombres se encuentran muy cerca de la Roca Larga, en la cima de la cuesta. Se sientan uno al lado del otro junto al guía que fuma un cigarro mientras observa el fondo del valle, el cielo blanqueado al oriente y la bruma que sube desde el río Roya. Descansan un momento y, por primera vez desde la víspera, Miloz come pan y queso. Los demás lo imitan, sacan las provisiones de sus bolsas. El guía sigue fumando, sin decir nada. Luego señala la línea recta de la Roca Larga que está sobre ellos, iluminada extrañamente por la primera luz. Dice:

«Francia.»

Ahora suben directo, sin tomar ningún sendero. Siguen los caminos de las avalanchas donde la nieve se adhiere por placas. El guía sube con facilidad porque tiene las manos libres y los pies bien calzados, pero los hombres patinan, se resbalan, se aferran como pueden a los matorrales que desgarran su ropa. El hombre que está delante de Miloz, quizá turco, se resbala en las piedras y rompe uno de sus zapatos. A pesar de que la suela medio despegada cuelga como una lengua, el hombre no se detiene para arreglar su zapato y continúa como puede, arañándose la planta del pie con los guijarros afilados.

Miloz llega hasta la cima de la Roca Larga casi al mismo tiempo que el guía, sin aliento. Cuando ve la otra ladera, aún en la sombra, misteriosa e irreal como el mundo en su comienzo, algo se libera en él; el vértigo lo perturba. Abajo están las ruinas de un pueblo, una granja abandonada, unos muros de piedra que sirven para formar terrazas de

cultivo llamadas bancales donde se plantan olivos negros; ahí está también el Pico de Ormea que parece un navío dominando un mar de sombras y brumas. A Miloz le habría gustado que en ese momento Lena estuviese ahí para enseñarle todo, como solía hacerlo antes, cuando se vieron por primera vez y la guio por los caminos de pastoreo de su infancia hasta el lugar llamando Valle de Satán, mientras apretaba su mano fina con la suya y leía en sus ojos engrandecidos el horror y la maravilla del abismo.

Miloz coloca su maleta a su lado, se sienta en cuclillas lejos del guía. No se dicen nada. Pero por primera vez Miloz siente que hay una comunicación con el otro hombre. Incluso si no se miran, lo siente por la forma en que ambos están sentados en cuclillas mirando el magnífico paisaje que se extiende frente a ellos.

La luz aparece poco a poco en las montañas, iluminando las cimas y luego el pico de Ormea que surge, entrecortado, sobre los valles sombríos. Miloz distingue el camino que van a seguir en Francia, primero desde lo alto de la cresta rocosa y después hacia el sur, rodeando el pico montañoso hacia el fondo de los valles, pasando por el bosque de robles verdes y pinos. Al sur, hasta el fondo, al otro lado del pico de Ormea y las colinas verde oscuro, ve la bruma blanca que conoce tan bien y que significa que hay mar. Observa todo eso en cuclillas, no muy lejos del guía, y todo lo que ve entra en él como palabras, como pensamientos. Sabe que no olvidará esa imagen para poder contarle después a Lena, para que ella también vaya. Ésos son los signos del fin de la miseria, del fin de los deseos insatisfechos. El cansancio y la falta de sueño lo hacen delirar un poco. Espera ahí a que lleguen los otros hombres, se sienten a su alrededor y observen el paisaje. Capta el ruido de sus voces, su aliento, mientras cada par de labios murmura la misma palabra:

«Francia… Francia…»

El guía permanece inmóvil durante un largo rato, en equilibrio sobre sus talones, como si les recordara a los hombres su derecho de observar la tierra prometida. Luego, cuando el sol aparece detrás de las altas montañas al otro lado del río Rova, se levanta y dice: «¡Caminen!». Y comienza a bajar con rapidez la pendiente hacia el fondo del valle. Camina sin voltear atrás, sin esperar. Incluso a Miloz se le dificulta seguirlo, se tambalea en las piedras que se derrumban, cegado por la luz. Al fin caminan por el sendero en torno al pico rocoso que parece blanco por el sol. ti viento frío sopla en el valle y atraviesa las ropas raídas de los hombres. El guía los espera al pie de la pendiente cerca de un manantial que brota en medio de robles y cuya agua cae en cascada a lo largo del sendero. Uno tras otro, los hombres dejan en el piso sus bultos y beben largamente el agua helada y viva. Los árboles son frondosos, en ellos hay pájaros que cantan. Más

allá una liebre sale huyendo y tras ella va el guía que en vano intenta matarla de una pedrada. Los hombres están demasiado aturdidos como para intentar el menor gesto, a pesar de que el hambre les roe el vientre.

Más lejos se ensancha el sendero empedrado. Atraviesan despacio el Plan du Lion cerca del pueblo de Castellar. En las granjas ladran los primeros perros franceses y los hombres se agachan un poco para desaparecer detrás de los arbustos. Sin embargo, nadie se mueve en las granjas. Quizá todos siguen durmiendo a pesar de la hermosa luz matinal. Y ahora, frente a ellos, el pueblo aparece muy cerca posado en lo alto de su cumbre rocosa. Cuando el guía llega cerca de la capilla se detiene un instante y luego retoma su andar a toda prisa. Miloz baja la pendiente con él. Las malezas se apartan. En el área asfaltada del estacionamiento, frente al pueblo, hay una camioneta azul cubierta con una lona. En la parte de adelante Miloz reconoce al gordo Tartamella que fuma un cigarro mientras escucha la radio.

*

La vida es larga, agobiante; pesa cada día y cada noche en la sombra del sótano donde duermen los hombres. ¿Desde hace cuánto están ahí? No saben. Miloz piensa que desde hace un mes, puede que sean dos o tres. ¿Es posible que no se trate de meses sino de años? A veces el hombre barbudo viene, abre la puerta del sótano, dice algunos nombres. Los pronuncia como puede, los dice mal aunque cada quien se reconoce y se precipita hacia la escalera. Deslumbrado por el sol, tambaleándose, sube al nivel del suelo. El hombre barbudo no dice nada más. Lleva a los hombres elegidos en la camioneta azul cubierta con una lona, o tal vez se trata de Tartamella una vez más, con su cara gorda y sudorosa esperando detrás del volante. ¿Adónde van? La camioneta avanza largo rato por la carretera sinuosa, atraviesa ciudades y avenidas inmensas donde todos los coches brillan con la luz del sol. Bordean parques, jardines cubiertos con palmeras, el mar de un azul irreal. Con la boca apretada y los ojos ávidos, los hombres se empujan para ver, por turnos, agachados en la rendija de la lona. Ven la vida allá afuera, la vida hermosa y rápida, los reflejos, los resplandores, la gente que camina libre por la calle, las chicas lindas paradas frente a los escaparates, los niños que corren.

Cada día Miloz piensa en Lena, piensa tan fuerte en ella que le duele. Al principio quería escribirle pero Tartamella se opuso, le dijo que la policía abre las cartas e investiga para atrapar a los inmigrantes clandestinos por sorpresa. Dice que lo meterán en la cárcel, junto con los demás, y que los mandarán devuelta a su lugar de origen. A veces Miloz quiere escapar. Cuando la camioneta cubierta con una lona

disminuye la velocidad en un alto, o cuando se detiene porque Tartamella va a comprar cigarros, Miloz aparta la lona y mira hacia fuera con todas sus fuerzas. Cada uno de sus músculos tiembla por las ganas de saltar y correr en la calle a la luz del día, por las ganas de desaparecer en medio de la muchedumbre. Pero no tiene dinero ni papeles. Tartamella se quedó con sus ahorros y su identificación; dijo que era para guardarlos en un lugar seguro, aunque Miloz sabe bien que es para mantenerlo encerrado e impedir que se vaya. La camioneta conduce su cargamento de hombres hasta el lugar del trabajo, una cantera de cemento al fondo de un valle oscuro, unas obras a orillas del mar donde construyen un edificio de concreto, una edificación en los suburbios, un hangar o muros de ladrillo donde hay que pintar, lijar, aplicar tirol en las superficies, clavar las tablas para el colado, fijar las vigas de acero con pernos.

Ahora el cielo está azul y frío sobre sus cabezas, pero de nuevo se sienten libres como cuando franquearon la alta montaña para bajar por primera vez hacia el valle brumoso, al alba. Miloz piensa en ello. Cada noche, antes de dormir, sueña con el momento en que llegará a la cima de la montaña tomando a Lena de la mano. Ambos verán la extensión de los valles, los picos rocosos, las maderas de pinos allá en lo alto y la mancha de bruma que indica dónde comienza el mar. Recostado en el colchón enmohecido al fondo del sótano, sueña con eso, le habla a Lena en su interior. El cansancio le impide soñar más y ya no sabe qué sucede después, cuando baja al valle tomando a Lena de la mano. Acaso la imagen de Tartamella le impide soñar, por eso se pierde en un sueño profundo sin escuchar la respiración de los otros hombres o el barullo de los motores que pasan a toda velocidad por la avenida.

¿Hace cuánto tiempo ya? ¿Tres, cuatro, acaso cinco meses? Miloz sabe que el tiempo ha pasado porque ya terminó el invierno. Ahora el sol quema en las obras donde trabajan. Los hombres han abandonado sus ropas calientes salvo el tunecino que guarda, día y noche, su gorro de lana negra y su suéter grueso. Han venido otros hombres. Miloz se da cuenta en la obra. Los ve, sombríos y agrupados bajo un toldo que sirve para guardar las compresoras y los martillos neumáticos. Dos días después, a la hora de la comida atraviesa la obra y se les acerca. Son gente del Magreb que va vestida más pobremente que ellos. En sus caras marcadas por el cansancio se nota la preocupación. Miloz se aproxima e intenta hablarles en francés, luego en italiano. Les pregunta varias veces:

«¿Vinieron con Tartamella?»

Pero no responden nada. Tal vez no entienden. Desvían la mirada, sus caras oscuras cobran una expresión aún más inquieta e hostil. Miloz regresa al otro lado de la obra. De inmediato el capataz da la

orden de volver a trabajar sin darles tiempo para comer. Al día siguiente, cuando el barbudo llama a los que irán a la obra, Miloz no escucha su nombre. Permanece tres días encerrado en el sótano sin salir, y al cuarto lo conducen a otro sitio, a una montaña pelada donde cavan una cantera. La lluvia ha transformado el cráter en un lago lodoso y todo el día Miloz mueve con la pala las montañas de lodo que escupe la motobomba. Cuando sale el sol de nuevo lo llevan al pie de un acantilado, junto con otros hombres, para cavar todo el día la piedra blanca y deslumbrante con un martillo neumático. En la noche duermen en el remolque de lámina que descansa sobre unas piedras a la entrada de la cantera. El sitio, rodeado por un alambrado de púas, tiene un portón que cierran bajo llave con un candado. También hay un perro guardián encadenado, que habían enganchado a la valla con un mosquetón.

Tartamella no se presenta aquí ni tampoco el barbudo del sótano de la casona. Todos los hombres que trabajan en la cantera son extranjeros vestidos con harapos indescriptibles, magrebíes sombríos y callados con la piel pelada por el frío y el sol. Cada que Miloz intenta conversar con alguno de ellos, se dan la vuelta sin contestarle. Quizá no comprendan la lengua o se han vuelto mudos a fuerza de vivir en la cantera. Los únicos que vienen de fuera son los conductores de los camiones de la basura y los hombres que llevan los platos metálicos a los prisioneros, mismos que cierran el portón y enganchan la cadena del perro al alambre de la valla. Pero esos hombres se comportan de forma tan sombría y taciturna como los obreros encerrados en la cantera. Puede que ellos mismos sean prisioneros en sus camiones sin poder escapar al rol que les han asignado. A veces, en la noche, alguno de los hombres escucha la radio en un viejo aparato de transistores de plástico blanco que escupe y envía, por oleadas, una extraña música gangosa que nadie sabe qué dice.

Acostado en un saco para dormir sucio y con la cabeza apoyada contra la pared del remolque, Miloz escucha la música crepitante y piensa en Lena, en la montaña, en el pueblo, en sus padres y amigos. Pero ahora todo eso está tan lejos que se ha convertido en una especie de sueño, vago e irreal, en el que los seres y las cosas pueden modificarse a cada instante. Sólo los ojos de Lena, que brillan oscuros y profundos con un fulgor verdadero, lo miran desde el otro lado del espacio, llamándolo. Miloz piensa en el día en que al fin podrá irse, en el largo viaje de regreso y en el dinero que le dará para la boda. Sin embargo, el cansancio lo aplasta hacia el final del sueño y se duerme incluso antes de haber escuchado la canción gangosa del aparato de radio.

Así pasan los días, prisioneros del agujero blanco de la cantera de piedra caliza en medio del estruendo de los martillos neumáticos y de

la trituradora que transforma la piedra en gravilla para los jardines de las casonas y para asfaltarlos caminos. Miloz ya no sabe desde hace cuánto vive ahí, sin hablar, ni pensar, en el remolque con paredes de lámina que huele a sudor, a tabaco y a orín, dejando de cavar piedra sólo para comer el guiso tibio que les llevan los choferes de los camiones, y durante la noche para dormir aplastado por el cansancio. Sólo cuando vuelve el frío, después del calor ardiente de los meses de verano, y cuando se desencadenan los temporales al otro lado de la montaña, Miloz se da cuenta de que ha pasado todo un año. Entonces siente una angustia enorme, como si descubriera de golpe que poco a poco lo rodearon con abismos; una angustia que lo oprime de día y de noche impidiéndole dormir. Resiente aquello con tanta brusquedad que al principio no comprende qué es lo que le cierra la garganta ni lo que le oprime el corazón, las piernas le fallan y cree que ha enfermado. Pero una noche, en la oscuridad cerrada del remolque, recostado en su saco para dormir, escucha el sonido del viento sobre las piedras y de la cadena del perro guardián que corre a lo largo de la valla de alambre de púas; el ruido constante de las respiraciones de los hombres dormidos y el ligero crepitar de un cigarro que se quema de forma intermitente en la sombra, al otro lado del remolque. Entonces se da cuenta: teme morir ahí, ahora, mañana, algún día, pronto, morir prisionero en esa cantera sin haber regresado con Lena, sin haberla visto de nuevo. La angustia de la muerte es entonces tan grande que ya no la puede contener. Aprieta los dientes con tanta fuerza que le duelen las sienes y los músculos del cuello; siente las lágrimas que, a pesar suyo, le escurren de los ojos y le mojan las mejillas y los labios. Grita, grita reteniéndose, y lo que oye es el gruñido de un cerdo o de un perro enfermo: piensa eso muy a su pesar y con los puños cerrados golpea el suelo del remolque y las paredes de lámina haciéndolas resonar. Los hombres, sentados en sus sacos para dormir, se despiertan en la oscuridad pero no dicen nada, incluso el que fumaba ha dejado de dar caladas a su cigarro. Escuchan sin moverse ni hablar. Hespirán suavemente. Esperan. Los puños golpean las paredes de lámina, tiran una botella o un plato metálico, golpean el suelo cada vez más fuerte, cada vez más rápido, luego se van espaciando hasta cansarse y de pronto ya sólo se escucha una respiración jadeante, entrecortada por los sollozos y la voz rabiosa del gran perro que circula a lo largo de la valla. El silencio vuelve poco a poco al interior del remolque de lámina. Los hombres se vuelven a acostar en sus sacos para dormir. Sus ojos abiertos de par en par escrutan la noche impenetrable.

Esa noche Miloz decide huir. No ha hablado con los otros pero sin saber cómo, los demás hombres lo entienden y quieren irse con él. En la mañana, cuando el capataz llega con el primer camión, los hombres no se levantan. Se quedan sentados en el suelo a la luz del día que

asoma. Se han puesto toda la ropa y han dejado sus cosas a sus pies. Miloz, que tiene su maleta desgarrada junto a él, es el único que está de pie porque es quien debe hablar. El capataz comprende todo al primer vistazo y no se baja del camión. Incluso deja el motor prendido por si las cosas se ponen difíciles. Cuando Miloz se acerca para pedir el dinero que les deben, el capataz no responde de inmediato, como si estuviera pensando. Luego habla con una voz apagada para que sólo lo escuche Miloz. Habla del contrato, que es por dos años, y promete que le pagarán a todo el mundo. Le dice a Miloz que podría conducir un camión, convertirse en capataz y volver después a la ciudad. Los hombres permanecen inmóviles, sentados en los montones de piedras con sus pertenencias junto a ellos como si estuviesen esperando el tren.

Cuando el capataz entiende que no se moverán se echa en reversa y retrocede con brutalidad, dejando el portón completamente abierto. Miloz escucha que el ruido del motor se apaga en el valle. Luego todo se queda en silencio. El cielo crispado es de un azul profundo. Sopla un viento frío pero los hombres se quedan sentados afuera sin moverse, salvo para ir de vez en cuando a tomar agua o para orinar. No hablan y Miloz observa con curiosidad, odio y admiración sus caras sombrías e impasibles. El capataz no le tuvo miedo a él sino a ellos, a su fuerza sin esperanza Se quedan sentados toda la mañana sobre las piedras, mirando el portón abierto de par en par, azotado por las ráfagas de viento que lo hacen rechinar. El perro hace como ellos, duerme con los ojos abiertos al pie de la valla.

Luego, hacia la mitad del día, regresa el camión. El capataz regresa junto con el hombre barbudo que Miloz conoció cuando vivió en el sótano de la casona. El es quien cuenta el dinero y se lo da a cada uno de ellos en paquetes de cien francos. Miloz recibe su fajo. Cuando lo toma el barbudo simplemente le dice, a manera de afirmación y no de pregunta:

«Hoy te vas.»

Miloz voltea hacia los hombres de la cantera pero no hay nadie: todos han desaparecido con sus cosas. Después Miloz escucha el motor de la compresora y el cascabeleo de los martillos neumáticos al otro lado de las barracas y de los remolques. Tiene sed. Camina hacia la llave del agua cerca del portón y bebe largamente. Luego toma el asa de la maleta y sale del cerco sin voltear.

El sol está en el cénit y quema con fuerza en todo lo azul del cielo, a pesar del viento frío del invierno. Miloz anda cada vez más rápido, baja por el camino hacia el mar, hacia la gran ciudad llena de ruido y movimiento.

La noche cae cuando las lámparas se encienden y forman grandes charcos de luz en el asfalto; las luces rojas de los autos huyen sin

descanso en los extremos de las avenidas. Desde hace tanto tiempo no ha sido libre que su corazón late demasiado rápido y le duele; apenas puede respirar El ruido y el movimiento de las calles le provocan vértigo y náusea, por eso se sienta en una banca y mira pasar a los autos frente a la estación. Una patrulla pasa despacio y los policías le lanzan una mirada inquisidora. Miloz tiene miedo, echa a andar de nuevo con su vieja maleta que choca contra sus piernas. Entra en un bar iluminado con tubos de neón y se sienta hasta el fondo, lo más alejado posible de la puerta, al lado de dos hombres que juegan a las cartas. Pide una cerveza y un sándwich. Come y bebe casi maquinal mente. Cuando el bar cierra se ve de nuevo en la calle, sin saber adónde ir. Quisiera ir al hotel para dormir pero tiene miedo de la mirada de los veladores. Se aleja del centro y avanza por las avenidas oscuras hasta que se topa con las obras de un edificio. Ahí se instala para dormir, acostado sobre el polvo del cemento, apoyando la cabeza en su vieja maleta, envuelto en trozos de cartón que encuentra en el piso. Se duerme con la mano apoyada contra el corazón, sobre el bolsillo del suéter donde ha escondido su dinero.

Al día siguiente abandona la construcción antes de que lleguen los obreros y camina por la ciudad sin rumbo fijo, pasando de una calle a otra. Brillan con fuerza las vitrinas de las tiendas, los cafés, los restaurantes, los escaparates de los cines llenos de embriaguez. Miloz no se atreve a entrar en ningún sitio, salvo en las panaderías donde compra baguettes calientes que come en los jardines públicos, rodeado de palomas y gorriones. Ya no se atreve a ir a los bares a tomar una cerveza porque la gente mira su rostro hirsuto, quemado por el sol y el frío, y sus ropas gastadas llenas de polvo de cemento.

Sin embargo, él observa a las personas casi con avidez e intenta comprender lo que las vuelve tan distantes e indiferentes, como si no pertenecieran al mismo mundo. Las muchachas de rostros claros y puros que llevan su cabello rubio o negro como aureolas, ¡son tan hermosas!, y van vestidas como amazonas balanceando suavemente sus caderas, deslizándose por la calle como hadas. Pero ellas no le prestan atención, pasan frente a él sin mirarlo con sus hermosos ojos ocultos por los lentes de sol, o fijos a la distancia, atravesándolo. Miloz las espía en los jardines públicos, en la calle, en los reflejos de las vitrinas. En esos momentos ve aparecer su propio rostro invadido por las barbas y el pelo negro enredado que le forma una especie de casco en la cabeza; ve sus rasgos enjutos, sus ojos vidriosos y amenazantes. Y se ve obligado a huir de sí mismo, como lo hacen las chicas solas que cambian de acera cuando lo ven venir.

En la construcción abandonada por la noche escucha el rumor de la ciudad, el crepitar de los aparatos de radio o de televisión, los gruñidos sordos de los autos y los ruidos de matracas de las motos.

Una noche despierta todo alterado. Observa la oscuridad sin respirar y ve unas siluetas de hombres merodeando en la construcción. ¿Lo estarán buscando para matarlo y robarle su dinero? Entonces se desliza en silencio fuera de su cobertor, toma su maleta y sale del lugar. Cuando está en la calle se pone a correr tan rápido como puede y no mira atrás. Luego se esconde en un lote baldío, detrás de una barda, donde hay un basurero. Ahí pasa la noche, escuchando el ruido de las ratas que galopan en el aire frío que la luz eléctrica ha tornado azul.

Cuando surge el día, Miloz atraviesa la ciudad hacia el oriente con la intención de llegar lo más lejos posible. Cuando se encuentra cerca de la frontera enfila hacia el norte y busca, hasta hallarlo, el sendero por donde vino la primera vez. Camina, un día tras otro, hacia la alta montaña, comiendo el pan que compró en las panaderías de la ciudad, bebiendo el agua de las fuentes. Ahí el cielo es más azul y el olor de los bosques de alerces le devuelve el ánimo. Miloz avanza por los senderos de piedras afiladas, entre la maleza y los robles verdes. Cuando ya no hay casas, y sólo cuando se topa con paredes derrumbadas de una antigua granja o con bancales abandonados, deja de sentir miedo. Sube con dificultad hacia la parte alta de la montaña bajo el deslumbrante sol invernal, como si subiera hacia el inicio del tiempo, ahí donde ya no hay odio ni desesperanza.

Grande es el silencio. El frío quema la piel de su rostro y de sus manos, hace que le lloren los ojos. Entonces, entre las rocas escarpadas y contra el cielo puro, Miloz ve al fin la Roca Larga, parecida al borde de una ventana desde donde se puede distinguir la eternidad. Ése es su destino: escalar la pendiente que se desmorona casi sin poder respirar, rasguñarse las manos y las rodillas, arrastrar su maleta que se maltrata con las piedras afiladas. Le pesa el cansancio, le falta el aire; cada vez que siente que va a caer dice en voz alta, como el coyote: «¡Camina! ¡Camina!». Cuando llega a la cima de la montaña ya es de noche. Ve el paisaje al otro lado, los valles, los pueblos que humean en la sombra. Hasta abajo, en la oscura falla de la tierra, surge la bruma algodonosa a lo largo del río Roya, el mismo que atravesó un año antes, el río del olvido casi sin agua. Aunque sopla el viento helado que llega desde las cimas cubiertas de nieve, Miloz se recuesta al borde del precipicio, y con los ojos muy abiertos por el cansancio observa a lo lejos, como si su mirada pudiese despertar en algún sitio, a pesar del tiempo y del silencio, los ojos de Lena.

LADRÓN, LADRÓN, ¿QUÉ VIDA LLEVAS?

Dime, ¿cómo empezó todo?

No lo sé, ya no sé, hace tanto tiempo de eso y ya no recuerdo esa época, la vida que llevo es así. Nací en Portugal, en Ericeira. En aquella época era un pueblito de pescadores no muy lejos de Lisboa, todo blanco, dominando el mar. Mi padre tuvo que irse por razones políticas. Él, mi madre, mi tía y yo nos instalamos en Francia y jamás he vuelto a ver a mi abuelo. Aquello sucedió justo después de la guerra y me parece que mi abuelo murió por aquel entonces. A pesar de todo lo recuerdo bien: era un pescador y me contaba historias, aunque ahora ya casi no hablo en portugués. Después de eso trabajé como aprendiz de albañil con mi padre, pero luego murió. Mi madre también tuvo que trabajar y yo entré a una empresa, un negocio de remodelar casas antiguas al que no le iba mal. En aquel tiempo yo era como todo el mundo: tenía un trabajo, estaba casado y tenía amigos. No pensaba en el mañana, no pensaba en la enfermedad ni en los accidentes, trabajaba mucho y el dinero era escaso. No sabía que tenía suerte.

Después de eso me especialicé en lo de la electricidad. Me encargaba de reinstalar los circuitos eléctricos, de colocar los aparatos domésticos y la iluminación, hacía el cableado. Era un buen trabajo y me gustaba.

Todo eso es tan lejano que a veces me pregunto si fue cierto, si en verdad eso era así o si era más bien un sueño que tenía en aquel entonces. Cuando todo era tranquilo y normal. Cuando regresaba del trabajo a las siete de la noche y abría la puerta percibía el aire caliente de la casa, escuchaba el grito de los chiquillos, la voz de mi mujer que venía a recibirme y me besaba. Luego me recostaba un poco antes de comer porque estaba exhausto, y observaba en el techo las manchas de sombra que dejaba la pantalla del foco. No pensaba en nada, el futuro no existía en aquella época, tampoco el pasado. No sabía que tenía suerte.

¿Y ahora?

¿Ahora? Podo ha cambiado. Lo terrible es que todo sucedió de

golpe cuando perdí el trabajo porque la empresa quebró. Se dijo que fue el patrón, que estaba endeudado hasta el cogote y que todo estaba hipotecado. Un día se largó sin avisar. Nos debía tres meses de sueldo y acababa de cobrar el adelanto de un trabajo. Los periódicos hablaron de eso pero jamás se le volvió a ver: ni a él ni al dinero. Entonces todo mundo estaba en la calle y eso fue un como agujero enorme en el que todos caímos. No sé qué pasó con los demás, creo que se fueron a otro sitio, conocían a gente que podía ayudarlos. Al principio creí que las cosas se iban a solucionar; creí que volvería a encontrar trabajo con facilidad, pero no había nada porque los empresarios contrataban a gente sin familia, extranjeros: les resulta más fácil deshacerse de ellos. Y como no tenía ningún título técnico nadie me habría confiado un trabajo semejante. Entonces fueron pasando los meses y yo seguía sin encontrar nada; era difícil comer, pagar los estudios de mis hijos. Mi mujer no podía trabajar porque tenía problemas de salud: ni siquiera teníamos dinero para comprar sus medicinas. Luego uno de mis amigos que acababa de casarse me cedió su empleo y me fui tres meses a Bélgica a trabajar en los altos hornos. Era duro, sobre todo porque debía vivir en el hotel, aunque no me fue nada mal y pude comprarme un auto, la furgoneta Peugeot que todavía tengo. En aquella época se me metió en la cabeza que con una furgoneta podría acarrear cosas para las construcciones o ir a buscar verduras al mercado. Pero después la cosa se puso aún más difícil porque no tenía nada de nada, incluso había perdido mi pensión de desempleado. Mi mujer y mis hijos se iban a morir de hambre. Fue así como me decidí. Al principio me dije que era algo pasajero, que tendría tiempo suficiente para encontrar algo de dinero y esperar.

Ahora ya han pasado tres años desde entonces, y sé que ya no cambiará.

Si no tuviera mujer e hijos, quizá podría irme, no sé, a Canadá, Australia, a cualquier lado, cambiar de lugar, cambiar de vida…

¿Ellos saben?

¿Mis hijos? No, no, ellos no saben nada, no puedo decírselo, son demasiado pequeños, no entenderían que su padre se ha convertido en un ladrón. Al principio no quería decírselo a mi mujer, le conté que había encontrado un trabajo como vigilante nocturno en las construcciones, pero ella bien que veía todo lo que llevaba a casa: los televisores, los estéreos, los aparatos electrodomésticos o las cosas de decoración como cubiertos de plata, porque yo metía todo al garaje. Entonces acabó por darse cuenta de que ahí había gato encerrado. No dijo nada aunque yo veía perfecto que ella pensaba eso. Pero ¿qué podía decirme? En el punto en el que estábamos ya no teníamos nada que perder. Era eso o salir a mendigar a la calle…

No dijo nada pero un día se metió al garaje mientras vaciaba el

coche esperando al comprador. Yo había encontrado a un buen comprador de inmediato, ya sabes, y él se llevaba la mejor parte sin correr riesgos. Tenía una tienda de electrodomésticos y una tienda de antigüedades en otro lado, cerca de París, me parece. Me compraba todo eso en la décima parte de su valor, las antigüedades las pagaba mejor pero no se llevaba cualquier cosa, decía que debía valer la pena pues era algo arriesgado. Un día me rechazó un péndulo, uno viejo, porque me dijo que en el mundo había tres o cuatro como ésos y corría el riesgo de que lo descubrieran. Entonces le di el péndulo a mi mujer pero no le gustó y me parece que lo tiró a la basura unos días más tarde. Quizá le daba miedo. Sí, entonces, mientras vaciaba mi furgoneta aquel día ella entró y me miró, sonrió un poco aunque bien que me di cuenta que en el fondo estaba triste, lo único que me dijo fue, bien que me acuerdo: «¿No corres peligro?» Tuve vergüenza. Le dije que no y que se fuera, porque el comprador iba a llegar y no quería que la viera ahí. No, no me gustaría que mis hijos se enteraran de esto, son demasiado jóvenes. Creen que trabajo como antes. Ahora les digo que trabajo en la noche y que por eso tengo que irme durante la noche y dormir una parte del día.

¿Te gusta la vida que llevas?

No, al principio no me gustaba para nada, pero ahora, ¿qué más puedo hacer?

¿Sales todas las noches?

Depende. Depende de los lugares. Hay barrios en los que no hay nadie en verano, en otros es en invierno. A veces me quedo largo rato sin, vamos, sin salir. Tengo que esperar porque sé que me arriesgo a que me atrapen. Pero a veces necesitamos dinero en casa para la ropa, para las medicinas. 0 porque necesitamos pagar la renta, la electricidad. Tengo que arreglármelas. Busco los muertos.

¿Los muertos?

Sí, ¿sabes?, lees el periódico y cuando ves que se murió alguien, un rico, sabes que el día del entierro vas a poder visitar su casa.

¿Así es como sueles hacer?

Depende, no hay reglas. Cuando se trata de barrios alejados, hay golpes que sólo hago porque sé que estaré tranquilo. A veces puedo hacerlo en el día, hacia la una de la tarde. En general no me gusta hacerlo durante el día. Espero que llegue la noche, o incluso la madrugada, sabes, hacia las tres o cuatro, ése es el mejor momento porque no hay nadie en las calles, hasta los policías duermen a esa hora. Pero no me meto nunca en una casa cuando hay alguien.

¿Cómo sabes que no hay nadie?

De inmediato se ve; cuando estás acostumbrado, claro. El polvo en la puerta, la hojarasca o los periódicos amontonados en el buzón.

¿Te metes por la puerta?

Cuando es fácil, sí, fuerzo la cerradura o utilizo una ganzúa. Si se me dificulta, intento entrar por la ventana. Rompo un vidrio con una ventosa y me meto por ahí. Siempre me pongo guantes para no dejar huellas y para no lastimarme.

¿Y las alarmas?

Si se ve complicado, lo dejo por la paz. Pero en general las instalaciones son básicas, lo ves a la primera, sólo tienes que cortar los cables.

¿Qué prefieres llevarte?

¿Sabes?, cuando te metes así, en una casa que no conoces, ignoras lo que te vas a encontrar. Lo único que hay que hacer es actuar rápido en caso de que alguien te vea. Entonces tomas lo que se vende bien sin problemas, televisiones, estéreos, electrodomésticos; si no, los cubiertos de plata, la decoración, siempre y cuando no sea muy grande, cuadros, jarrones, estatuas.

¿Joyas?

En general, no. Además, cuando la gente se va no suele dejar sus joyas. Las botellas de vino sí, eso también es interesante, se venden bien. Por otra parte, la gente no presta mucha atención a sus cavas, no les ponen cerradura ni tampoco vigilan tanto si hay algún movimiento. Luego hay que cargar todo muy rápido e irse. Por fortuna tengo un coche, de lo contrario no podría hacer esto. 0 tendría que formar parte de una banda, lo cual me convertiría en un verdadero gánster, vaya. Pero no me gustaría porque, según yo, lo hacen por placer más que por necesidad, lo que quieren es enriquecerse, llenarse los bolsillos, dar el gran golpe, mientras que yo hago esto para vivir, para que mi mujer y los chiquillos tengan una educación, un verdadero oficio. Si mañana encuentro trabajo de inmediato dejo de robar. Entonces podría volver a casa por la noche para acostarme en la cama con toda tranquilidad antes de cenar y ver las manchas de la sombra en el techo sin pensar en nada, sin pensar en el futuro y sin temerle a nada…

Ahora tengo la impresión de que mi existencia está vacía, de que no hay nada detrás de todo esto, como si fuera una simple escenografía. Tengo la impresión de que todo es falso, de que todo está manipulado: las casas, la gente y los coches. También tengo la impresión de que un día van a decirme que todo es pura comedia y que las cosas no le pertenecen a nadie. Entonces, para dejar de pensar en todo esto, por la tarde salgo a la calle y me pongo a caminar sin rumbo definido. Camino, camino bajo el sol o la lluvia y me siento un extranjero, como si apenas acabara de llegar en el tren y no conociera a nadie en la ciudad, a nadie.

¿Y tus amigos?

Oh, los amigos, ya sabes, al principio cuando tienes problemas, cuando saben que perdiste tu trabajo y que ya no tienes dinero son bien amables, pero luego tienen miedo de que vayas a pedirles dinero, entonces… No prestas mucha atención y un día te das cuenta de que ya no ves a nadie, de que ya no conoces a nadie, En serio, como si fueras un extranjero y acabaras de bajarte del tren.

¿Crees que las cosas volverán a ser como antes?

No lo sé… En algunas ocasiones pienso que es un mal rato, que todo va a pasar y que voy a volver a mi trabajo en la construcción, o en lo de la electricidad, todo lo que hacía en otra época… Pero otra veces también me digo que esto no se acabará nunca, nunca, porque la gente rica no tiene consideración de los que están en la miseria, se burlan de ellos, se quedan con su riqueza y la encierran en sus casas vacías, en sus cajas fuertes. Y para tener algo, para tener una migaja debes entrar en sus casas y tomarlo tú mismo.

¿Qué sientes cuando piensas que te has convertido en un ladrón?

Sí, siento algo que me cierra la garganta y me agobia. ¿Sabes?, en algunas ocasiones vuelvo a la casa en la noche, a la hora de la cena, y ya no es para nada como en otras épocas, sólo hay sándwiches fríos y como viendo la televisión con los chiquillos que no dicen nada. Entonces veo a mi mujer que me observa. Ella tampoco dice nada pero tiene un aire tan cansado, tiene los ojos grises y tristes y me acuerdo entonces de lo que me dijo la primera vez, cuando me preguntó si no había peligro. Yo le dije que no, pero no es cierto porque un día va a haber problemas, eso es inevitable. En tres o cuatro ocasiones las cosas estuvieron a punto de salir mal, hubo quien me disparó con un fusil. Voy vestido con pants, guantes y un pasamontañas, todo de negro. Por suerte no me dieron, gracias a eso, porque no me veían en la noche. Pero será en alguna ocasión, es inevitable, así debe ser, quizá pase esta noche, tal vez mañana, ¿quién puede saberlo? Pal vez me va a atrapar la policía y me encierren varios años en la cárcel, o quizá cuando me disparen ya no pueda correr lo bastante rápido y acabe muerto, muerto. En quien pienso es en ella, en mi mujer, no en mí, yo no valgo nada, yo ya no importo. En quien pienso es en ella y en mis hijos ¿Qué va a ser de ellos? ¿Quién pensará en ellos en este planeta? Cuando aún vivía en Ericeira mi abuelo se ocupaba bien de mí, recuerdo una poesía que me solía entonar y me pregunto por qué me acordé precisamente de ésa y no de otra, ¿acaso será el destino? ¿Entiendes algo de portugués? Se cantaba así, escucha:

O ladráo! Ladráo!
Que vida e tua?
Comer e beber

Passear pela rúa.
Era meia noite
Quando o ladrai veio
Bateu tres pancadas
A’porta do meio.

ORLAMONDE

Cualquier semejanza con sucesos reales es imposible

Annah está sentada en el vano de la gran ventana ojival. Ése es su lugar preferido. Le gusta porque es el mejor lugar del mundo para ver el mar y el cielo, nada más que el mar y el cielo, como si la tierra y los hombres hubiesen cesado de existir. Lo escogió porque está completamente aislado, tan alto y tan secreto que nadie podría encontrarla ahí. Es como el nido de un pájaro marítimo (pertrechado en un acantilado) que da la impresión de volar por encima del mundo. Annah está muy contenta por haber encontrado ese sitio: hace mucho tiempo, hace dos años (tal vez más) cuando su madre volvió de África después de la muerte de su padre, hierre se había quedado abajo porque tenía vértigo y ella, que había empezado a escalar el muro de piedras apoyándose en las grietas y los mampuestos que formaban un saliente, consiguió llegar hasta los pórticos. Ella también sentía un poco de vértigo, aunque al mismo tiempo su corazón latía tan fuerte que aquello le daba una embriaguez que multiplicaba sus fuerzas y la conducía hasta las alturas.

Cuando llegaba a lo alto del muro y tocaba con los dedos el borde de la ventana, ¡se sentía tan bien! Entonces se deslizaba al interior de la apertura y con las piernas dobladas apoyaba su espalda contra la columna de piedra; miraba el cielo y el mar como nunca los había visto: el horizonte nítido, un poco curvo, y la extensión oscura en donde las olas parecen inmóviles, orladas con un trazo de espuma. Éste era su cuarto, su casa, donde nadie podía venir Cuando la niña llegaba hasta ahí, hierre iba al pie del acantilado, frente al mar, y se instalaba en las rocas para montar la guardia entre los juncos. A veces ella escuchaba su silbido agudo o su llamado transportado por el viento:

«¡Ooo-eee…!»

Y ella le contestaba de la misma manera, poniendo sus manos alrededor de la boca:

«¡Ooo-eee…!»

Pero no se veían. Cuando ella estaba ahí, en su casa, lo único que veía era el mar y el cielo.

El sol avanzaba hacia ella, su luz iluminaba el fondo de la alcoba y en el mar se formaba un gran camino que parecía una cascada de fuego. Eso también era agradable. Entonces no pensaba en nada, todo podía disiparse. No era que olvidara, no, pero la gente y las cosas del otro mundo ya no tenían la misma importancia.

Gomo si fuera una gaviota y volara sobre las calles de la ciudad que ruge por encima de las casas grises y los jardines húmedos, por encima de las escuelas y los hospitales.

Annah pensaba a veces en su madre que estaba enferma en el gran hospital en la parte alta de la ciudad. Pero cuando estaba aquí, en su casa, en lo alto de la muralla abandonada frente al mar, no podía pensar en eso sin sentir algo de dolor. Miraba el cielo azul y el mar cubierto de chispas, sentía el calor del sol que penetraba en ella hasta el centro de su cuerpo: eso era lo que luego llevaría hasta el dormitorio de su madre, a quien tomaba de la mano con fuerza para hacer que penetraran en su cuerpo la luz y el color del mar.

«¿Trabajas bien en la escuela?»

Era la pregunta que le hacía siempre. Annah asentía con la cabeza y apretaba con gran energía aquella mano adelgazada y febril, acechando con angustia el rostro de su madre hasta que aparecía la pálida sonrisa que conocía tan bien. Nadie le decía a la mujer que desde hacía tres meses Annah faltaba a la escuela casi todos los días para ir a observar el mar y el cielo. Ahora el rostro de la pequeña tenía el color del pan quemado y sus ojos brillaban con un extraño fulgor.

El único que sabía dónde se escondía era Fierre. Pero no se lo habría dicho a nadie, incluso si lo hubiesen golpeado. Lo había jurado levantando la mano derecha mientras tomaba la mano izquierda de Annah. Todos los días, después de la escuela, corría a orillas del mar hasta los peñascos amontonados. Se escondía un instante en la maleza y esperaba un buen rato sin moverse, en caso de que alguien estuviera observando. Luego silbaba entre el pulgar y el índice, y el silbido estridente formaba un eco al fondo de un viejo teatro en ruinas. Esperaba con el corazón palpitando. Al cabo de un instante escuchaba el silbido de Annah, debilitado por el viento que soplaba en lo alto del acantilado. Pierre le había enseñado cómo silbar poniendo los dos dedos entre los labios.

Hace tanto que empezó todo. ¿Es posible que ése sea su último día? A pesar de la quemadura del sol invernal, Annah tiembla sentada en el vano de la alta ventana y entrechoca sus dientes nerviosamente. Sabe que se encuentra sola. Nadie más está con ella y es como si esperara la muerte. Antes creía que esperar la muerte no era difícil. Bastaba ser indiferente, como una piedra, para que el miedo no entrara. Pero hoy, sola en su escondite, tiembla con todo su cuerpo. Si

al menos Pierre estuviese ahí, quizá tendría más valor. Intenta silbar pero tiembla tan fuerte que no lo consigue. Entonces grita la señal:

«¡Ooo-eee…!»

Pero su llamado se pierde en el viento.

Annah escucha con todas sus fuerzas para identificar el momento en que lleguen los demoledores. No sabe quiénes son pero sí sabe que van a venir ahora para tirar los muros de Orlamonde.

Annah escucha con todas sus fuerzas. Escucha el ruido extraño que hace el viento en las estructuras metálicas y en la gran sala vacía bajo los arcos de piedra. Recuerda la primera vez que caminó por el teatro abandonado. Avanzaba a lo largo del corredor de concreto. Después de encontrarse bajo la luz del cielo y del mar, el aire sombrío la sofocaba. Un poco más lejos penetró en la casa fantasma, trepó por las escaleras de mármol y estuco, se detuvo en el patio iluminado por un reflejo de gruta, observó las decoraciones derrumbadas, las columnas curvadas que sostenían las vidrieras rotas, la pila de piedra con su fuente seca. Temblaba como si fuera la primera en haber violado el secreto de aquella tebaida. Fue ahí cuando sintió por primera vez aquella extraña impresión: la de ser observada por alguien oculto. Al principio le dio miedo pero la mirada no era hostil; al contrario, se trataba de una mirada bastante dulce y lejana, como la de un sueño. Una mirada que la rodeaba por todos lados al unísono, fundiéndose con ella. Entonces Annah dio marcha atrás, guiada por la música acongojada del viento que hacía entrechocar las estructuras metálicas en el techo del teatro abandonado. Aquella música lenta y chirriante le daba la impresión de estar volando allá fuera en el resplandor del cielo.

Vienen, van a venir. Orlamonde ya está rodeada de empalizadas y alambres de púas. Pusieron todo tipo de carteles donde escribieron palabras terribles como si dieran órdenes:

Acceso prohibido a las obras
Peligro de muerte
Detonaciones

Ya están ahí las máquinas amarillas, la grúa cuya flecha inmensa oscila con el viento, las compresoras, los buldóceres, así como la máquina que tiene en la punta de su brazo una gran bola de metal negro. Pierre dice que es para derrumbar los muros, que vio una así en la ciudad. La máquina agita su peso y lo suelta contra las casas que se derrumban como si fueran de polvo.

Hace muchos días que las máquinas están ahí y Annah espera en su casa, en la cima de la muralla. Si se va, sabe que los demoledores

prenderán sus máquinas y tumbarán todos los muros.

Escucha sus voces arriba de ella. Entran en el dominio de Orlamonde por el camino grande, atraviesan los jardines en terrazas donde viven las zarzas y los gatos errantes. Annah escucha cómo resuena el ruido de sus botas en los techos de cemento y en los pasillos del teatro abandonado. Piensa en los gatos que huyen, en las lagartijas que, con la garganta palpitante, se inmovilizan al borde de las fisuras. Su corazón se pone a latir más rápido y con más fuerza, piensa también que quisiera escapar, esconderse al pie del acantilado, entre los pedreros, pero no se arriesga a moverse por miedo a que los obreros la vean. Se arrincona lo más que puede al fondo de la alcoba, doblando las piernas debajo de su cuerpo, escondiendo sus manos en las bolsas de su chamarra.

El tiempo, cuando acarrea la destrucción, pasa lentamente. Parpadeando, Annah mira el cielo al que le gusta ver llenarse de pájaros, moscas y telarañas. El mar distante es como una placa de acero: dura, lisa, reflejante. El viento sopla con fuerza, un viento frío que le congela el cuerpo a la pequeña y le enturbia la mirada con lágrimas. Annah espera y tiembla. Querría que explotara algo, que las grandes máquinas amarillas por fin se encendieran y liberaran sus mandíbulas, brazos y rostros, azotando sus masas estruendosas contra los muros viejos. Pero no hay nada. Sólo el pequeño cascabeleo bastante débil de un motor y el ruido de los martillos neumáticos en alguna parte de las terrazas. Cuando el sol está en el sitio que ocupa en invierno al mediodía, Annah llama de nuevo a su amigo. Silba entre los dedos y grita: «¡Ooo-eee…!»

Pero nadie responde. Acaso saben que debe venir por ella y lo encerraron en el aula al interior de los altos muros de la escuela. Acaso lo están interrogando para que diga todo lo que sabe. Pero Pierre juró que no lo haría: levantó la mano derecha y agarró la izquierda de la pequeña, por lo que Annah sabe que no dirá nada.

El silencio vuelve a la obra. Es mediodía y los obreros de la demolición están comiendo. ¿0 acaso se habrán ido para siempre? Annah está tan cansada de la espera, y también por el frío y el hambre, que se abandona un poco a ella misma y apoya la cabeza contra su hombro derecho. El sol brilla en miles de estrellas en el mar, abriendo el camino de fuego por el que se desliza, por el que se va.

Tal vez esté soñando. Al final del camino de chispas está su madre, quien la espera de pie luciendo su vestido azul pálido mientras la luz reluce en su cabello negro y su espalda desnuda. Se ve transfigurada y ligera, como solía hacerlo cuando volvía de la playa y las gotas de agua del mar resplandecían al rodar lento por la piel de sus brazos. Su madre está bella y feliz, como si no debiese morir nunca. Por eso Annah viene hasta ahí, hasta su escondite en lo alto de la muralla.

Luego está toda la mirada que la rodea, la mirada de un hombre viejo que no conoce pero que vive aquí, en estas ruinas. La primera vez él fue su guía hasta la ventana ojival desde donde se ve toda la extensión del mar. El viejo está en otra parte, es distante, tranquilo y un poco triste también. El viejo siempre le enseña el mar. A Annah le gusta sentir su mirada ahí, en ella y en todas partes a su alrededor, en los viejos muros de cemento, en las terrazas en ruinas, en los jardines colgantes invadidos por el pasto salvaje y los acantos.

¿Por qué quieren destruirlo todo? Cuando Annah le dijo a Pierre que se iba a quedar allá arriba en su casa, incluso si tenía que morir, él no contestó. Entonces le hizo jurar que no revelaría nunca su escondite a nadie aunque le pegaran o le quemaran la planta de los pies con una vela.

Ese lugar es suyo, de nadie más. Hace tanto que conoce cada piedra, cada mata de tomillo, cada arbusto espinoso.

Al principio había tenido miedo de Orlamonde porque era un lugar salvaje y desierto, porque el viejo teatro dejado al abandono parecía un castillo embrujado. Pierre, en cambio, no iba nunca. Prefería quedarse abajo, escondido en los pedreros para servir de vigía. Fue él quien le anunció a Annah la noticia cuando vinieron por primera vez los demoledores. Lo había dicho una vez, muy rápido, y luego lo repitió en varias ocasiones porque la niña no entendía. Al final Annah sintió un gran frío y su cabeza se puso a dar vueltas como si se fuera a desmayar. Entonces echó a correr en dirección de Orlamonde, donde descubrió las empalizadas y las alambradas, los carteles y las grandes máquinas amarillas detenidas al borde del gran camino, en lo más alto, como si fueran insectos monstruosos.

De pronto escucha las detonaciones. Son golpes terribles que resuenan en la muralla de piedra y hacen caer polvo en su cabello. La masa de metal, en el extremo del brazo que se agita, vuela pesadamente y cae en los muros del viejo teatro. Aunque Annah esperaba algo así no puede evitar gritar de miedo. Se aferra con todas sus fuerzas a los bordes de la ventana y se pega a la muralla, pero los golpes largos y espaciados llegan con tanta violencia que el cuerpo de la niña se sobresalta y sufre. El ruido de los primeros muros que se derrumban es terrible. El olor acre del polvo flota en el aire; una nube gris que tapa el cielo y el mar, ahoga el sol. A la niña le gustaría gritar para que todo se detenga pero el miedo se lo impide y las vibraciones la empujan hacia el vacío. El estruendo de los muros que caen ahora está muy cerca. En la punta del brazo gigante oscila la bola negra, cae, se levanta, vuelve a caer. Quizá lo destruyan todo: la tierra entera, las rocas, las montañas. Luego van a sepultar el mar y el cielo bajo los escombros y el polvo. Annah está acostada en el borde de la ventana, llora esperando el golpe que la va a aplastar, que va a destruir la casa

que amaba.

Los golpes se aproximan y se impactan tan cerca que Annah siente en sus pulmones la polvareda y el olor a azufre mientras ve las chispas llover. Y cuando la masa pesada aporrea y se ensaña a ciegas, tumba los muros, derrumba los techos y tuerce las estructuras metálicas que rechinan, Annah resiente todo eso en el fondo de su ser. Poco a poco, la mole avanza hacia la muralla de piedra que permanece de pie frente al mar y el cielo.

Luego, sin explicación, todo se detiene. El silencio regresa, espeso, cargado de angustia. El polvo cae como después de una erupción. Hay gritos, voces. Los demoledores han bajado hasta el pie de la muralla, miran hacia la ventana. Annah comprende que Pierre la ha traicionado. Debe de haber hablado, debe de haber llevado a los hombres hasta su escondite. La llaman, esperan. Pero ella no se mueve.

Frente a ella aparece un hombre. Llega hasta ahí utilizando una escalera. La observa apoyado en el borde de la ventana. «¿Qué haces aquí?» Habla suavemente y le tiende la mano. «Anda, ven, no puedes quedarte aquí.» Annah sacude la cabeza. Su garganta está demasiado apretada como para hablar. El ruido terrible de la destrucción yace atrapado dentro de su cuerpo y es como si nunca pudiera volver a hablar. El hombre se inclina, toma a la niña entre los brazos. Es muy fuerte y tiene un overol cubierto por el polvo y las piedras. Su casco amarillo brilla al sol.

Annah siente ahora un cansancio enorme, sus ojos se cierran a pesar suyo, como si se fuera a dormir. El hombre la deposita en el piso cuando llegan al pie de la escalera. Los obreros están ahí, inmóviles, sin decir nada. Sus cascos amarillos brillan con fuerza. Pierre está de pie junto a ellos. Cuando Annah lo ve descubre que tiene una sonrisa extraña, una especie de mueca, y le dan ganas de reír a pesar del dolor que siente. Se encoge de hombros y piensa: «Ahora habrá que encontrar otra cosa».

Annah tiembla de frío a pesar del sol y de lo seco del polvo. El hombre de casco amarillo quiere ponerle una chamarra de obrero en los hombros pero ella se la sacude, se niega. Entre los hombres presentes hay uno con un traje café demasiado grande para él; Annah lo reconoce, es uno de los vigilantes de la escuela. Juntos caminan hacia lo alto del acantilado, ahí donde la camioneta azul de la policía espera en el camino grande.

Annah sabe que no hablará, que no dirá nada, nunca. Al subir por el sendero hacia la camioneta de la policía, la niña voltea un poco y observa el muro de piedras y el mar que resplandece por última vez. Orlamonde ya no existe. Lo único que queda ahora son unas ruinas de un color de polvo antiguo. La mirada del hombre viejo se aleja ya

como el humo de un fuego apagado, mientras el reflejo del sol en el mar brilla en la cara y en los ojos sombríos de la niña con la inextinguible luz de la cólera.

DAVID

A veces cree que la calle le pertenece. Es el único lugar que en verdad aprecia, sobre todo al amanecer cuando no hay nadie y los autos aún están fríos. David querría que siempre fuera así, con el cielo claro sobre las casas oscuras y el gran, gran silencio que podría pensarse que bajó del cielo para apaciguar la tierra. Pero ¿acaso los ángeles existen? Tiempo atrás su madre le contaba largas historias. En ellas había ángeles de grandes alas de luz que planeaban en el cielo sobre la ciudad y que a veces bajaban para socorrer a los necesitados. Su madre le contó también que era posible saber si el ángel estaba presente si sentía en el cuello un poco de viento, rápido y ligero, como un soplo que provoca escalofríos. Su hermano Édouard se burlaba de él por creer en aquellas historias y le decía que los ángeles no existían, que en el cielo sólo había aviones. ¿Y las nubes? Pero ¿por qué las nubes debían probar la existencia de los ángeles? David no lo recuerda y por más que se esfuerza nada le viene a la mente.

Pero ahora, en la mañana, sólo hay libertad; demasiada, porque ya no hay nada ni nadie esperando. Sin embargo, David querría que aquello no cesara jamás porque las cosas empeoran después, cuando ha amanecido por completo y ya circulan los autos, los autobuses y las motos, cuando toda la gente camina con el rostro completamente endurecido. ¿Adónde van? ¿Qué quieren? David prefiere pensar en los ángeles, que vuelan tan alto que ya noven la tierra sino un tapete blanco de nubes que se desliza poco a poco bajo sus alas. Lo que resulta indispensable es que el cielo siempre sea el de la mañana, enorme y puro, porque ése es el instante en que los ángeles seguro pueden planear todo el tiempo sin correr el riesgo de toparse con un avión.

A las seis de la mañana la calle es hermosa y tranquila. Cierra la puerta del departamento, se pone alrededor del cuello el cordón donde cuelga la llave y en cuanto se abrocha la chamarra de plástico azul, David se lanza a la calle. Corre entre los autos estacionados, sube por los tramos de escaleras, se detiene en el centro de la plazuela con el corazón palpitante, como si alguien lo siguiera. No hay nadie y apenas amanece. El cielo gris se aclara mientras las casas siguen a

oscuras con los postigos cerrados, clausuradas en el sueño friolento de la mañana. Algunas palomas echan a volar frente a David y baten las alas con vigor. Van hacia los bordes de los techos, zurean. Aún no se escuchan los rugidos de los motores y tampoco se oyen voces humanas.

David camina hasta la puerta de la escuela sin percatarse siquiera. Se trata de una construcción espantosa de cemento gris insinuada entre las viejas casas de piedra. David observa la puerta pintada de verde oscuro y las marcas que los pies de los niños han dejado en la parte baja. Pero quizá no haya sido la casualidad lo que lo llevó hasta ahí, acaso sólo quiere observar una vez más la puerta junto con el muro y sus pintas, la escalera embarrada de chicle y las viejas ventanas cochambrosas tapadas por una reja. Quiere verlo todo, y la idea de que ésta es la última vez provoca que su corazón lata más rápido, como si ya todo hubiese cambiado y lo estuvieran expulsando y persiguiendo. Es la última vez, la última. Lo piensa y la idea gira en su cabeza hasta darle vértigo. No se lo dijo a nadie, ni a su madre, pero ahora todo ha concluido, está seguro de eso.

Aun así se queda ahí un largo rato sentado en los peldaños de la pequeña escalera que lleva a la puerta, hasta que el ruido de un aspersor lo saca de su ensueño. El agua, que brota del tubo con desgarros y explosiones, escurre a lo largo de los callejones. El chorro hace resonar las carrocerías de los autos estacionados, expulsa la basura a todo lo largo de las cunetas. David se levanta, se aleja de la escuela y empieza a atravesar la ciudad.

Más allá de la gran avenida está la ciudad nueva, con su misterio y su peligro. En una ocasión fue con su hermano Édouard.

Se acuerda de todo, de las tiendas, de los grandes edificios de pie frente al asfalto, las lámparas más altas que los árboles difuminando su luz anaranjada y brillante durante la noche. Son lugares de los que no se sabe nada y adonde no hay que ir. Lugares donde uno se pierde.

La ciudad es muy grande, tanto que nunca se le ve el final. Uno podría caminar días y días a lo largo de la misma avenida, caería la noche y volvería a amanecer sin haber detenido la marcha pasando junto a los muros y atravesando las calles, estacionamientos y explanadas, viendo en el horizonte el reflejo incesante de los espejos y los faros de los autos como si fuera un espejismo.

Eso es irse para no volver jamás. El corazón de David se aflige un poco porque recuerda las palabras de su hermano Édouard antes de huir: «Me iré un día y no me volverán a ver». No lo dijo con fanfarronería, sino con una mirada tan llena de pesar y desánimo que David se fue a esconder a su recámara para llorar. Decir las cosas y hacerlas es siempre algo terrible.

No es un día cualquiera. La luz del verano llega por primera vez a

las fachadas de las casas y a las carrocerías de los autos, creando por doquier estrellas que arden en los ojos. A pesar del miedo y de las dudas, David se alegra por estar en la calle.

Por eso se fue del departamento muy temprano, justo después de que su madre cerró la puerta para irse a trabajar. Se fue sin siquiera comerse el pan con mantequilla que le dejó en la mesa. Bajó a toda velocidad las escaleras y salió corriendo con la llave que chocaba contra su pecho. Se fue por eso y también por culpa de su hermano Édouard, porque pensó en él toda la noche —bueno, una gran parte— antes de dormirse.

«Un día me iré lejos y no me volverán a ver» Es lo que dijo su hermano Édouard, aunque esperó casi un año antes de hacerlo. Su madre creía que ya no pensaba en eso y todo el mundo —bueno, quien lo había escuchado— creía lo mismo. Pero David no, él no lo olvidaba. No sólo pensaba en ello todos los días, también en las noches pero sin decir nada. Además, no habría senado de nada preguntarle: «¿Cuándo te vas a ir para siempre?», porque su hermano Édouard de seguro habría encogido los hombros sin contestarle. Tal vez en ese momento él mismo no sabía nada.

Era un día como hoy, David lo recuerda muy bien. Había un sol idéntico en el cielo azul y las calles de la parte vieja de la ciudad estaban limpias y vacías, como si hubiera llovido, porque el jardinero público acababa de pasar. Pero todo estaba desierto y era muy aterrador. La luz que brillaba en las ventanas o en lo alto de las casas, los zureos de las palomas y las voces de niños que se escuchaban llamándose de una casa a otra en el laberinto de callecillas todavía oscuras, incluso la tranquilidad y el silencio de la mañana eran terribles porque David y su madre no habían cerrado el ojo en toda la noche esperando a que Édouard volviese, esperando oír los golpes que daba a la puerta, siempre los mismos: toc-toc-toc, toc-toc. Luego, como era domingo y su madre no iba a trabajar, en el pequeño departamento se acumuló tanta angustia que David no pudo soportarlo y salió todo el día a caminar por las calles, yendo de casa en casa para buscar una señal o escuchar una voz, incluso en los jardines públicos, en la playa. Al caminar por la ribera, las gaviotas piaban porque no les gustaba que las molestaran y echaron a volar para irse a posar un poco más lejos.

Pero hoy David no quiere pensar demasiado porque sabe que la angustia volverá. Por eso piensa en su madre, sentada en la silla frente a la ventana esperando como una estatua pesada e inmóvil. David se sienta en una banca de la plazuela, mira a las personas que empiezan a salir y a los niños que corren dando gritos antes de que abran la escuela.

Es duro estar solo cuando se es un niño. David piensa en su

hermano Édouard. Ahora se acuerda nítidamente de él, como si se hubiese escapado hace dos días. Tenía catorce años, acababa de cumplir catorce cuando aquello sucedió, mientras que David apenas tiene nueve años. Es demasiado pronto irse de casa a esa edad. Quizá por eso no quiso llevárselo. ¿A los nueve uno sabe cómo correr? ¿Cómo pelearse? ¿Cómo ganarse la vida? ¿Cómo no perderse? Sin embargo, los hermanos se pelearon un día, ¿por qué motivo? Ya no lo recuerda. Lo cierto es que se pelearon de verdad. Antes de inmovilizarlo con una llave en el cuello, su hermano Édouard se cayó porque David lo tiró de una zancadilla. Entonces su hermano le dijo, todavía resoplando: «Para ser un niño, sabes pelear bien». David se acuerda perfectamente.

¿Adónde va ahora? David piensa tan fuerte en Édouard que siente en el pecho los poderosos latidos de su corazón. ¿Es posible que no lo escuche donde está? ¿Es posible que no sienta la mirada que lo llama? Quizá se encuentre al otro extremo de la ciudad o más lejos aún, más allá de los bulevares y avenidas que forman una especie de fosas infranqueables, al otro lado de los acantilados blancos de los grandes edificios; quizá se encuentre perdido, abandonado. Édouard se fue porque su madre no quería darle nada, porque le quitaba lo que ganaba como aprendiz de mecánico y porque nunca había dinero para ir al cine o jugar fútbol, para comprar helados o jugar en los billares eléctricos en los cafés.

El dinero es sucio, David lo odia, y odia todavía más que su hermano Édouard se haya ido por eso. El dinero es feo y David lo desprecia. El otro día, frente a su amigo Hoccedine, David tiró una moneda en un bache, así nada más, por gusto. Pero Hoccedine le dijo que estaba loco e intentó recuperar el dinero con una varita, sin conseguirlo. David piensa que cuando tenga dinero va a tirarlo al suelo, o al mar para que nadie lo encuentre. El no necesita nada. Cuando va caminando y tiene hambre, se pone a rondar cerca de las tiendas y agarra lo que puede, una manzana o un jitomate, y se echa a correr muy rápido entre las calles. Como es pequeño puede meterse en un montón de escondites, en los respiraderos o debajo de las escaleras, en los recovecos de los basureros, en los ángulos de las puertas. Nadie puede atraparlo. Huye lo más lejos que puede para comerse la fruta despacio, sin ensuciarse. Luego tira las cáscaras y semillas en la cuneta de la calle. Sobre todo le gustan los jitomates. Eso siempre le sorprendió a su hermano Édouard y por eso lo apodó el Jitomate, pero sin malicia. Tal vez en el fondo incluso admirase eso de él porque era lo único que no podía hacer.

Sí, también le gustaba su nombre: David. Era el nombre de su padre. Antes de que muriera en un accidente de camión se llamaba David Mathis, pero era tan pequeño en ese entonces que ya ni siquiera

se acordaba de él. Su madre nunca quiso hablarles de su padre, sólo a veces para decir que se había muerto sin dejarles nada. Por eso ella se vio obligada a trabajar como sirvienta, para alimentar a sus dos hijos. Su hermano Édouard sí debía acordarse de él porque tenía seis o siete años cuando murió. Tal vez ésa era la razón por la que su voz sonaba raro y su mirada parecía algo alterada cuando pronunciaba su nombre: «David… David…».

David avanza por la gran avenida y de repente el ruido de los autos y de los camiones se vuelve terrible, insoportable. El sol brilla con fuerza en el cielo, despertando reflejos en las carrocerías, iluminando las altas fachadas de los edificios blancos. Hay personas caminando en la banqueta, aunque no se trata de personas pobres como en la parte vieja de la ciudad: árabes, judíos, extranjeros vestidos con ropa vieja gris o azul. Aquí hay gente que David no conoce, muy alta y fuerte. David está contento de ser pequeño porque parece que nadie lo ve, nadie se da cuenta de que va con los pies desnudos sobre sus zapatos de caucho, de que su pantalón está gastado en las rodillas, y menos aún de su cara flaca y pálida y de sus ojos sumidos. Por un instante quiere dar marcha atrás, cuando aún es tiempo, y entonces aprieta maquinalmente la llave que cuelga de su cuello.

Pero cuando algo le da miedo siempre piensa en la historia que le contó su mamá, la del joven pastor que mató a un gigante con una sola piedra redonda que lanzó con su honda cuando todos los soldados, e incluso el rey, estaban aterrorizados. A David le gusta esa historia, como le gustaba también a su hermano Édouard. Quizá por eso repetía su nombre así, como si hubiese algo sobrenatural en aquellas sílabas. Antes no habría tenido miedo de caminar por ahí con él, en esta calle que parece no tener fin. Pero hoy no es lo mismo, porque sabe que su hermano Édouard caminó por aquí antes de desaparecer. Lo sabe en el fondo de sí mismo, mejor que si viera sus huellas en el cemento de la banqueta. Pasó por ahí antes de desaparecer para siempre. David quisiera olvidar el sentido de las palabras «para siempre» porque le hacen daño, le roen las entrañas, el vientre.

Sin embargo, debe poner atención a la gente y a los peatones que avanzan, que avanzan como ciegos. El sol está alto en el cielo sin nubes, los edificios blancos resplandecen. David nunca había visto en su vida a tantas personas, todas desconocidas, ni tantas vitrinas, restaurantes o cafés. Su hermano Édouard pasó por ahí porque lo que quería era dinero. Conquistarlo. En las calles oscuras, en el departamento y en los pasillos húmedos y sin luz, la pobreza es como una sábana mojada pegada a la piel o, quizá peor, la pobreza es como una piel sucia y pegajosa de la que es imposible desprenderse. Pero

aquí la luz y el ruido queman la piel, los ojos; los rugidos de los motores arrancan recuerdos. David se esfuerza con desesperación para no olvidar todo eso, quiere recordarlo para siempre. Su hermano Édouard le dijo que más valía morir en la cárcel que seguir con esa vida en el oscuro departamento. Pero cuando David se lo contó a su madre, ella se enfureció y amenazó con encerrar a Édouard por mucho tiempo en un reformatorio lejos de ahí. Dijo que se volvería un ladrón, un asesino y otras cosas más que David no entendió muy bien. Su hermano Édouard se puso más que pálido mientras la escuchaba y David descubrió en sus ojos sombríos un fulgor que no le gustó, incluso hoy, al recordarlo, su corazón se pone a latir de miedo.

«Cobarde, gallina, hocicón», le dijo su hermano Édouard al día siguiente, y le pegó con todas sus fuerzas, incluso le pegó con los puños en la cara hasta que David se puso a llorar. Y por eso se fue para siempre, porque David le dijo a su madre que más valía morirse en la cárcel.

De pronto David se siente muy cansado. Mira hacia atrás y ve el largo tramo de la avenida que ha caminado, mira los edificios, los autos, los camiones, todo idéntico a lo que hay hacia el frente. ¿Adónde ir? Se acerca a una parada de autobús y se sienta en la pequeña banca de plástico. En el piso hay boletos usados que ha tirado la gente. David levanta uno. Cuando llega el transporte le hace la parada, se sube y valida en la máquina la orilla intacta del boleto. Luego se va a sentar al fondo: si un revisor se sube, es más fácil bajar antes de que llegue hasta él. Su hermano Édouard se lo llevaba así los domingos al estadio. Con el dinero del transporte se compraban gomitas. David prefería comprar un pedazo de pan caliente. Hoy, sin embargo, ni siquiera tiene una moneda para ir a la panadería. Piensa en el dinero que tiró en el bache, ¿debería tratar de recuperarlo?

El autobús pasa por la orilla del río seco, donde hay grandes explanadas cubiertas con autos inmóviles y terrenos baldíos sin hierba. Ahora hay grandes murallas de pie al borde del río con miles de ventanas, todas idénticas, donde brilla la luz del sol como si no descansara nunca. Lejos, lejos, pero ¿dónde está la ciudad? ¿Dónde está el mar, las callejuelas oscuras, las escaleras, los techos donde zurean las palomas? Ahí parece que no hay nada más que esas murallas y explanadas, aquellos terrenos baldíos donde la hierba ya no crece.

Cuando el autobús llega a la última parada, David echa a andar de nueva cuenta por la avenida que pasa junto al río seco. Luego descubre una escalera, baja hasta el lecho del río y se sienta sobre los guijarros. El sol de la tarde quema con fuerza, lo seca todo. En el lecho del río, entre todas aquellas piedras, hay ramas muertas y restos de coches, incluso un colchón viejo con los resortes oxidados. David se

pone a caminar sobre los guijarros como si buscara algo entre los desechos. Ahí está bien, casi no se oyen los coches ni los camiones, salvo de vez en cuando algún chirriar de frenos o un claxonazo que parece ladrar más allá de las murallas de los edificios, Es un lugar para los perros callejeros y las ratas pero David no les tiene miedo. Aun así escoge en la ribera una buena piedra, bien redonda y pulida, como la del pastor de la historia que le gusta, y se la guarda en la bolsa. Con la piedra se siente más tranquilo.

Se queda largo rato en el río seco. Ahí, por primera vez, se siente bien, lejos de la ciudad, lejos de los autos y los camiones. La luz del sol ha perdido viveza, el cielo se cubre de bruma. A cada lado del río los edificios se levantan como montañas de cemento, con sus ventanas minúsculas parecidas a agujeros de serpiente. El cielo es vasto y David piensa en las nubes que le gustaba contemplar antes, recostado en los jardines o sobre las piedras de las riberas. Entonces veía la forma de los ángeles, el reflejo del sol en las plumas de sus alas. No le decía a nadie porque no había que hablar de los ángeles con nadie.

Hoy, ahora, tal vez regresen, porque sería conveniente. David se recuesta en el lecho del río como solía hacerlo y observa el cielo deslumbrante detrás de sus párpados apretados. Observa, espera, quiere ver pasar algo, a alguien, aunque sea un pájaro para seguirlo con la mirada e intentar irse con él. Pero el cielo está perfectamente vacío, pálido y brillante, extendiendo ese vacío que duele dentro del cuerpo.

Hace mucho que David no ha tenido esa sensación: una especie de torbellino que crece en su interior y que agranda sus límites, como si fuera un moscardón diminuto dando vueltas alrededor de un faro encendido. David ahora recuerda el día que buscó a su hermano Édouard por todas las callejuelas y todas las plazas, al fondo de los patios, gritando su nombre. Fue un domingo. Hacía frío porque estaban en plena época invernal. El cielo estaba gris y había mucho viento. En su interior crecía una inquietud que ya no le cabía en el cuerpo, y el corazón le latía fuerte porque su madre esperaba sola en casa, inmóvil y fría en la silla, con la mirada clavada en la puerta. David lo encontró en la playa con otros chicos de su edad. Estaban sentados en círculo, protegidos de las miradas y del viento frío por el muro de contención de la calzada. Cuando David se acercó, uno de los muchachos, el más joven, llamado Corto, se volteó y le dijo algo. Los otros se quedaron inmóviles. Luego su hermano se acercó y le dijo con voz dura: «¿Qué quieres?». Sus ojos extraños y brillosos, como si tuviera fiebre, daban miedo. Como David no contestaba, añadió con su voz brutal de extranjero: «¿Te mandó ella para que me espíes? Lárgate de aquí, vete a casa». Entonces se acercó Corto, un muchacho raro con cara de niña y un cuerpo largo y delgado, también como de niña,

aunque su voz era grave para su edad, y le dijo: «Déjalo. A lo mejor quiere jugar a la pelota con nosotros». Su hermano Édouard se quedó inmóvil, como si no entendiera. «Ven, niño, vamos a echarnos un buen partido.» Entonces David siguió a Corto como un autómata hasta donde estaban sentados en las piedras formando un círculo. En medio de la ronda, en el piso y sobre una bolsa de plástico, vio un tubo de solvente tapado; también había una hoja de papel secante doblada en dos que los muchachos se pasaban de mano en mano. Por turnos metían la cara en la hoja y aspiraban con los ojos cerrados, tosiendo un poco. Entonces Corto le ofreció la hoja doblada a David y le dijo: «Anda, aspira un buen trancazo, vas a ver estrellas». En el papel había una gran mancha viscosa de pegamento, y cuando David la olisqueó, el olor se le metió de golpe hasta el fondo, la cabeza le dio vueltas, se puso a temblar y luego a llorar por causa del vacío que había ahí, en la playa, cerca del muro sucio, con Édouard que no había vuelto a casa desde la mañana.

Luego pasó algo extraño, David lo recuerda bastante bien. Su hermano Édouard le pasó el brazo por los hombros, lo ayudó a levantarse y a caminar por la playa, lo acompañó por las calles de la parte vieja de la ciudad y entró con él al departamento. Su madre no se atrevió a decir nada ni a gritarles aunque David se había pasado todo el día fuera sin comer. Lo llevó hasta la cama en la alcoba, lo ayudó a acostarse y luego él también se acostó. Pero no lo hizo para dormirse porque justo en el momento en que entraba en el sueño, David vio sus ojos abiertos, observándolo.

Ahora experimenta lo mismo, el torbellino regresa, le forma un vacío en la cabeza y el cuerpo, le hace sentir que se hunde en un agujero profundo. El silencio y la soledad son los culpables. David observa a su alrededor la extensión de guijarros polvosos, los restos que pueblan el lecho del río, y siente el peso del silencio. El cielo está muy claro, un poco amarillo debido al sol que se está poniendo. Nadie viene por aquí. Nadie. Nunca. Es un lugar sólo para las ratas, o para las moscas planas que buscan comida entre los desechos que los hombres dejan en el lecho del río.

David también tiene hambre. Piensa que no ha comido ni bebido nada desde ayer en la noche. Tiene sed y hambre pero no quiere volver a la parte vieja de la ciudad. Camina sobre los montones de guijarros hasta llegar a la corriente de agua que serpentea con lentitud. El agua es fría y transparente. Arrodillado sobre las piedras, David bebe largamente con la cara cerca del agua Se siente mejor al haber tomado agua así. Ahora tiene fuerzas para andar por el lecho del río hasta la rampa de acceso que está más arriba. Los camiones van ahí a descargar basura, piedras, grava, lodo.

David abandona los bordes del río seco y vuelve a caminar entre

las casas en busca de comida. Los edificios blancos forman una especie de semicírculo, enmarcando una gran plaza repleta de autos estacionados. Al fondo de la plaza hay un centro comercial con una amplia puerta oscura. En los bordes de la puerta las luces brillan para simular que ya es de noche.

A David le gusta la noche y no le teme. Al contrario, sabe que puede esconderse cuando ésta llega, como si se volviera invisible. En el supermercado hay demasiadas luces. La gente va y viene con sus carritos de metal. David sabe qué es lo que debe hacer. El primero en decírselo fue su amigo Lucas. Hay que escoger a la gente con la que vas a entrar, elegir bien a las personas que tienen un aire decente. Por ejemplo, las que van con un niño pequeño. Lo mejor son los abuelos que empujan un carrito con un bebé. Caminan despacio y no se dan cuenta de lo que pasa a su alrededor. Entonces puedes entrar con ellos, adelante o atrás, y hacer como si estuvieran juntos. Los guardias no vigilan a los abuelos con niños.

David espera un poco en una esquina del estacionamiento. Ve un gran auto negro que se detiene y del que salen un hombre y una mujer todavía jóvenes, acompañados por toda la familia: cinco hijos. Hay tres niñas y dos jóvenes. Las niñas son grandes y lindas, con un largo cabello rubio cenizo que les cae en cascada por los hombros; salvo la más pequeña, de cuatro o cinco años y cuyo pelo es castaño. Los dos jóvenes tienen doce y quince años y se parecen a su padre, altos y delgados, con la piel bronceada por el sol y el pelo castaño también. Van todos juntos a la puerta del súper. La más pequeña se carcajea sentada en el carrito de metal que empuja la más grande. La madre la llama, dice sus nombres en voz alta: «¡Christine! ¡Isa!». Los chicos corren tras ellas y detienen el carrito.

David va tras ellos. Primero los sigue a lo lejos y luego entra con ellos al súper. Está tan cerca que los oye hablar, escucha lo que dicen. Los niños van por pares, se reúnen, corren, vuelven, incluso rodean a David pero sin verlo, como si sólo fuera una sombra. Los niños arrastran a los padres hasta la pastelería y David aprovecha para agarrar un pan que se come trozo a trozo sin ninguna prisa. Las chicas son lindas, David las observa con una atención casi dolorosa. La luz eléctrica brilla en sus cabellos rubios, en sus impermeables de plástico azul o rojo. David sobre todo mira a la más grande, Sonia, quien debe tener unos dieciséis años. La chica es muy segura de sí misma, habla muy bien y con una voz cantarina, mientras aparta los mechones que le caen sobre las mejillas y le rozan los labios. David piensa en su hermano Édouard, en su cara sombría y dura, en sus ojos negros que ardían de fiebre. También piensa en Corto, en su mirada turbia en la playa, en su palidez, en las ojeras oscuras que manchaban su cara. Piensa en el viento frío de la playa desierta. Los niños dan vueltas a su

alrededor, gritan, ríen, dicen sus nombres. David escucha con avidez cómo resuenan: «¡Alain! ¡Isa! ¡Dino! ¡Sonia…!». En algún momento los padres se voltean y miran con asombro a David que sigue comiendo sus trozos de pan. Parece que le van a decir algo pero David se desvía, se detiene y los deja irse. Luego vuelve a seguirlos, pero de lejos. Cuando pasa frente a la sección de galletas escoge un paquete de galletas de queso y se pone a masticarlas. Sin embargo, como están demasiado saladas le da sed, entonces deja el paquete abierto y toma una caja de galletas de higo, de las que le gustan. Más adelante la familia amontona una gran cantidad de cosas en el carrito: galletas, agua mineral, leche, bolsas de papas, paquetes de espaguetis, jabón. El carrito está tan pesado que quienes lo empujan ahora son los dos jóvenes, mientras que la pequeña que va sentada en él se chupa el pulgar con cara de aburrimiento.

David piensa que le gustaría mucho seguirlos así toda su vida, hasta el fin del mundo, hasta su hogar. En la noche volverían a una hermosa casa iluminada, rodeada por un jardín verde cubierto de flores y sauces. Todos comerían en torno a una gran mesa, como las que se ven en el cine, donde habría todo tipo de manjares y frutas y helados en copas. Sus padres hablarían con ellos, les contarían todo tipo de historias, largas historias que los harían morirse de risa. Luego llegaría la hora de acostarse, primero la pequeña Christine, y uno tras otro le contarían una historia para dormirla hasta que se le cerraran los ojos. Por último irían a acostarse a su propia cama, cada quien tendría una cama individual y el cuarto sería grande y estaría pintado de azul claro. Antes de dormirse, Sonia vendría vestida con su camisón y con sus largos cabellos rubios ondulando sobre sus hombros a darle un beso con la punta de los labios: David sentiría el calor en su cuello y el perfume de su cabellera justo antes de sumirse en el sueño. Las cosas serían así y no de otro forma, David puede verlo al cerrar los ojos.

Ahora pasan todos frente al área de frutas y se detienen a escoger unas cuantas. David se vuelve a poner en medio de ellos, ¡tantas son sus ganas de volver a escuchar sus voces y oler sus perfumes! Se detiene justo al lado de Sonia y le ofrece una hermosa manzana roja que escogió para ella. La chica lo mira un poco asombrada, sonríe con amabilidad y le da las gracias, aunque no acepta la fruta. La familia se aleja de nuevo. Entonces David se come despacio la manzana mientras sus ojos se ven cubiertos de lágrimas, pero no sabe por qué tiene ganas de llorar. Los ve alejarse hacia el otro extremo de la tienda y ocultarse detrás de una montaña de cerveza. Entonces, sin esconderse, David sale del súper. Ya afuera se termina la manzana mientras observa la noche que cubre el estacionamiento.

Durante largo rato se queda sentado en un pilote de concreto,

cerca de la salida del estacionamiento, para observar a los autos encender sus luces y partir. Unos tras otros azotan sus puertas, se alejan y desaparecen junto con sus luces rojas y sus intermitentes. A pesar del frío nocturno, a David le gusta mucho ver las luces y los reflejos en las carrocerías de los autos cuando se van así. Sin embargo, hay que tener cuidado con los policías y los guardias que manejan autos negros, a veces velomotores, y dan vuelta lentamente por los estacionamientos en busca de ladrones. De pronto David se da cuenta de que alguien lo observa. Un hombre grande y fuerte de cara brutal, el cual salió del súper por una puerta de servicio y caminó a espaldas de David por la calzada sin hacer ruido. Ahora que está ahí lo observa: a la luz de la fachada del súper sus ojos brillan de forma particular. Pero no se trata de un guardia ni de un policía. En su mano lleva una bolsa de palomitas de maíz. De vez en cuando aplasta su mano contra la boca para tragar los granos reventados de maíz, sin dejar de mirar con sus ojos negros y chispeantes hacia donde está David. David lo mira con el rabillo del ojo y ve que el hombre se aproxima. Escucha también el ruido que hace su gruesa mano al hurgar en la bolsa de palomitas de maíz. Ahora el hombre está muy cerca y el corazón de David se pone a latir con fuerza porque recuerda las historias que circulan en la escuela sobre tipos locos y obsesos que se roban niños para matarlos. Al mismo tiempo, el miedo le impide moverse y se queda sentado en el pilote de concreto, viendo hacia el estacionamiento casi vacío donde la luz de las lámparas forma unas manchas amarillas.

«¿Quieres palomitas de maíz?» Cuando escucha la voz del hombre que habla suavemente (aunque con un cierto temblor, como si él también tuviera miedo), David brinca del pilote y se echa a correr tan rápido como puede hacia la entrada del estacionamiento, donde todavía hay autos estacionados. Apenas rebasa un coche se detiene, se tira al piso y se arrastra bajo los autos pasando de un vehículo a otro. Luego se vuelve a quedar quieto y mira a su alrededor. El hombre, que echó a correr tras él, está ahí también dando grandes zancadas junto a los coches porque es demasiado gordo como para agacharse. David ve pasar sus piernas, ve cómo se alejan. Espera un poco todavía, se arrastra hacia atrás. Cuando sale debajo de un camión a la distancia observa la silueta del hombre que se aleja mirando a su alrededor.

Ahora David no tiene tanto miedo pero no se atreve a caminar a mitad de Ja noche. La plataforma del camión está cubierta con una lona, David la jala y se desliza por debajo hacia el interior. La lámina está fría, cubierta con polvo de cemento. David encuentra unas telas usadas cerca de la cabina y se hace una cama con ellas. El hambre, el miedo y todo lo que caminó a lo largo del día lo han dejado exhausto. Se acuesta en las telas y se duerme escuchando el ruido de los motores

que pasan por la calle a un costado del río seco. Quizá piense de nuevo en su hermano Édouard, tan solo como él, en la noche, al final de aquella jornada.

Cuando despunta el alba, incluso antes de que abra el día, David se despierta. El frío de la noche y también la dura base de la plataforma del camión lo han dejado todo adolorido. El viento sacude la lona, y filtra el aire frío y húmedo junto con la luz gris de la mañana.

David baja del camión y atraviesa el estacionamiento. La gran avenida está desierta, todavía iluminada por los charcos amarillos de las lámparas. Pero a David le gusta aquella hora. Es tan temprano que parece que todos los habitantes de la ciudad han huido lejos de las colinas. ¿Será posible que tampoco ellos regresen?

Atraviesa el camino y el largo muelle sin prisa. Abajo el río seco es vasto y silencioso. El lecho de guijarros se extiende hacia ambas direcciones del río hasta donde se pierde la vista. Al centro, el delgado hilillo de agua corre sin descanso, oscuro todavía, color de la noche. David desciende la rampa para acceder al río y camina sobre las piedras. Tiene la impresión de que el ruido de sus pasos despierta a los animales dormidos, las gruesas moscas planas, los tábanos, las ratas. Cuando llega junto al agua se pone en cuclillas y mira la corriente que fluye con fuerza, arremolinándose.

La luz aumenta poco a poco, las piedras grises empiezan a brillar, el agua se vuelve más ligera y transparente. Hay una especie de bruma que sube por el río y David ya no puede ver las orillas, las lámparas, las casas de ventanas cerradas. Tiembla, toca el agua con la punta de la mano, la toma entre los dedos. No sabe por qué pero de pronto piensa en su madre, quien debe estar esperándolo en el departamento oscuro, sentada en una silla frente a la puerta. Quería volver a casa con su hermano Édouard, aunque ahora sabe que por eso se fue y que tampoco va a encontrarlo. No quería pensar en ello para no atraer la mala suerte, creía que la casualidad lo guiaría entre todas esas calles y bulevares, en medio de toda esa gente que sabe adonde va, a ese lugar que él desconoce. No encontró nada. La casualidad no existe. Aunque buscara cien años no podría encontrarlo. Se ha dado cuenta de esto sin sentir desesperanza, como si algo hubiese cambiado en su interior y él ya no pudiera ser el mismo.

Entonces mira Ja luz que ilumina paulatinamente el lecho del río. El cielo es frío y puro. La luz es fría también, aunque a David le hace bien y le da fuerza. La bruma del alba ha desaparecido. Los edificios gigantes vuelven a ser visibles a cada lado del cauce. El sol ilumina de blanco las fachadas al oriente, haciendo relucir los grandes vidrios detrás de los cuales no se ve a nadie.

Cuando le da hambre David vuelve al súper. Casi no hay gente a esa hora y la música gangosa de las bocinas parece resonar dentro de

una inmensa gruta vacía. Al interior de la tienda el brillo de los tubos de neón es duro y estático, hace que las cosas y los colores resplandezcan. David ya no se esconde. No hay familias o niños con los que pueda mezclarse. Sólo hay personas con prisa, vendedores de bata blanca, las cajeras detrás de su caja. David come frutas de pie frente a la mesa: una manzana amarilla, un plátano, uvas negras. Nadie se fija en él. Se siente todo pequeño, casi invisible. Sólo en una ocasión una chica que lleva una bata de la tienda lo mira comer. La joven dibuja una risa curiosa en su cara, como si lo reconociera, aunque sigue acomodando los estantes de comida sin decir nada.

Fue al salir del súper que David tuvo ganas de tomar algo de dinero. La idea le vino de súbito, tal vez por culpa de la noche o de la soledad en medio de las piedras del río seco. De pronto David entendió por qué su hermano Édouard no volvía. Por qué no podían encontrarlo. Fue en la tienda de zapatos. David recuerda el día que fue con su madre a la comisaría de policía: esperaron mucho, mucho rato antes de entrar en la oficina del inspector. Su madre no decía nada mientras el hombre hacía sus preguntas con voz suave; a veces el inspector miraba a David a los ojos, quien se esforzaba en sostenerle la mirada y sentía que el corazón se le salía del pecho. Quizá su madre supiera algo, algo terrible que no quería decir, algo que le había pasado a su hermano Édouard. Estaba tan pálida, tan muda. Y el hombre, cuya mirada brillaba como el azabache, intentaba informarse haciendo sus preguntas con voz dulce sentado detrás del escritorio de metal.

Por eso David se detiene frente a la gran tienda de zapatos, donde hay una gran luz blanca que destella en las losas de plástico rojo. Actúa casi maquinalmente, como si repitiera los gestos que alguien más ha hecho antes. Recorre con lentitud los pasillos que conducen hasta el otro extremo de la tienda. Y aunque pasa frente a los zapatos acomodados no los ve, sólo percibe el olor acre del cuero y del plástico. Las losas rojas crean una luminosidad embriagante. La música tranquila que desciende del techo lo asquea un poco. No hay nadie en la gran tienda. Las empleadas están de pie cerca de la puerta y hablan sin ver al muchacho que se dirige hacia el fondo del local.

La música tranquila emite ruidos de voces que lo cubren todo, unos:

Ahú, awá, guahahú…

que parecen gritos de pájaros en el bosque. Pero David no le presta atención a lo que dice la música y camina hacia el extremo de la tienda aguantando la respiración, ahí donde está la caja. Nadie lo ve. Nadie piensa en él. Camina sin hacer ruido entre los estantes de

zapatos, botas, tenis y botines de niño. Camina hacia la caja, apretando con la mano izquierda la piedra redonda que recogió en la playa del río la noche anterior. Le late el corazón con tanta fuerza en su pecho, que tiene la impresión de que las palpitaciones se oyen en toda la tienda. La luz de los tubos de neón es deslumbrante, los espejos en las paredes y los pilares reflejan fulgores estáticos. El suelo de plástico rojo es inmenso y desierto. Los pies de David se deslizan sobre él como si fuera hielo. El niño piensa en los guardias que vigilan en los comercios, en los estacionamientos, en los autos grises. Piensa en las personas malvadas que acechan con sus ojos brillantes y feroces. Su corazón late, late; el sudor le moja la frente y las palmas de las manos. Allá, al fondo de la tienda, la ve bien, enorme e iluminada por sus lámparas: la caja inmóvil. Avanza hacia ella, hacia el lugar donde al fin va poder enterarse, donde por fin va a encontrar a su hermano Édouard. Avanza hacia ese sitio ardiente donde está escondido el mensaje secreto. Lo entiende ahora, lo sabe ya perfectamente, por eso se fue de la casa ayer por la mañana con la llave atada al cuello: para llegar hasta ahí, hasta el sitio donde podrá encontrar a su hermano. Camina hacia la caja como si en verdad el objeto estuviera escondiendo a Édouard y que al acercarse pudiera ver su silueta delgada y sombría, su hermoso rostro de ojos negros brillando por la fiebre, sus cabellos rizados enredados como si hubiese caminado al viento.

David aprieta en su mano la piedra redonda, toda caliente y mojada por el sudor. Así es como hay que luchar en la guerra contra los gigantes: completamente solo, en el inmenso valle desierto, en medio de la luz resplandeciente. Se oyen a lo lejos los gritos de los animales salvajes, los lobos, las hienas y los chacales que gimen en el silencio del viento. Retumba la voz del gigante que ríe y le grita al niño que se le acerca: «¡Ven! Te daré de comer a los pájaros del cielo y a las bestias de los campos. ¡Ven…!». Y su risa hace que a la piedra redonda del río la recorran los escalofríos.

David está ahora al fondo de la gran tienda, frente al mostrador donde se encuentra instalada la caja. La luz blanca del techo rebota en los ángulos de metal, en el plástico negro del mostrador, en el suelo rojo sangre. David ya no ve nada salvo la caja. Camina hacia ella, la toca con la punta de los dedos, rodea el mostrador para estar aún más cerca. Los suspiros y los clamores distantes de la música tranquila no cesan y las palpitaciones de David se mezclan con los ruidos lentos de las notas. Es una extraña embriaguez, como la que le invadió la cabeza cuando inhaló la hoja de papel impregnada con el olor picante del solvente. ¿Será posible que el rostro de su hermano Édouard esté ahí, muy cerca, sombrío y hierático, como el rostro de un apache de pómulos prominentes en actitud de espera? ¿Quién lo ha hecho

prisionero? ¿Quién le impide regresar? Pero el vacío que lo ciega y que da vueltas como un torbellino le impide comprender.

David está apoyado contra el mostrador. Su cara está a la altura de la gaveta de la caja que, precisamente, está entreabierta, y se desliza con lentitud sobre sí misma, como si la abriera la mano de alguien más, la misma mano que toma un fajo de billetes y lo aprieta con fuerza, arrugándolo entre los dedos.

Pero de pronto el vacío cesa, lo único que permanece es miedo. Hay alguien junto a él, un joven algo gordo cuya cara casi femenina está enmarcada por una cabellera castaña y rizada. El muchacho tiene a David agarrado por la muñeca y lo aprieta tan fuerte con ambas manos que el niño oye cómo crujen sus coyunturas y grita de dolor. El rostro del muchacho brilla por el sudor. Sus ojos relucen con un duro fulgor mientras repite con los dientes cerrados: «¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón!», y lo dice con tanta violencia que escupe gotas de saliva. David no dice nada, ni siquiera lucha. Su mano izquierda deja caer al piso la piedra redonda del río que rueda sobre el plástico rojo antes de detenerse. «¡Ladrón! ¡Puto ladrón!», sigue diciendo el joven, aunque ahora habla mucho más fuerte para atraer la atención de las vendedoras a la entrada de la tienda.

«¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Puto ladronzuelo!», grita, y por la expresión de excitación y cólera que hay en su cara, a David ya no le da miedo. Tan sólo cierra los ojos y aguanta el dolor de aquellas manos que le hacen trizas los metacarpos y la muñeca. No quiere gritar ni hablar porque tiene que actuar así si es que quiere encontrar a su hermano Édouard. La voz ahogada del joven retumba en sus oídos, cargada de amenazas y odio: «¡Puto ladrón! ¡Puto ladronzuelo!». David no debe responder, suplicar ni llorar, y menos aún decir que no fue él quien llegó hasta ahí o que no quería el dinero sino el rostro de su hermano Édouard. Ya ni siquiera debe pensar en eso porque el gigante lo ha vencido, ya no será rey ni tampoco encontrará lo que busca. Debe callarse, callarse para siempre, incluso cuando vengan los guardias y los policías para llevárselo a la cárcel. Llegan las mujeres y forman un círculo a su alrededor. Discuten, hablan por teléfono. Una de ellas dice: «Suéltalo, caray, es sólo un niño». «¿Y si se escapa? Es un puto ladronzuelo, como tantos otros que hay por aquí. Esperan a que te des la vuelta para meterle mano a la caja.» «Así es como los crían los padres, están obligados a llevar dinero a la casa cada noche.» «¡Ladrón! ¡Ladronzuelo cabrón!»

Al final el muchacho afloja sus manos, no tanto por piedad sino porque sus brazos se cansan de apretar la muñeca de David. Entonces el niño cae en el piso rojo sangre y se desploma suavemente como si fuera un montón de recortes de tela. Su mano y puño tumefactos yacen a un costado de su cuerpo. El dolor le llega hasta el hombro

pero no dice nada. No pronuncia una sola palabra a pesar de que las lágrimas saladas le escurren por las mejillas y le mojan la comisura de los labios.

Lo único que hay ahora es silencio, silencio que dura unos cuantos instantes. Ya nadie habla y el muchacho se aleja un poco de la caja, como si lo embargara el miedo o la vergüenza. David sigue escuchando los ruidos indolentes de la música distante que recuerda los gemidos de los animales cuando se lamentan. Escucha su corazón latir con fuerza en las sienes, en el cuello, en las arterias de la sangradura del codo. El ardor de la mano es menos insistente, siente entre los dedos el papel arrugado de los billetes que a nadie se le ocurrió quitarle. Se levanta un poco con mucho esfuerzo y avienta a lo lejos los billetes que ruedan en el linóleo como una bola antigua. Nadie se mueve para levantarlos. Entre la bruma de las lágrimas ve también la cara de su madre que espera en el departamento oscuro, lejos, más allá de los muros abruptos y los valles turbulentos de la ciudad moderna. Ve eso con rapidez al mismo tiempo que aparecen, en el extremo de la gran tienda, los uniformes de los guardias. Pero todo eso le da igual, la soledad ya no le da miedo, no le teme al mundo ni tampoco a la mirada de la gente porque ahora conoce la puerta que conduce hasta su hermano Édouard, hasta su escondite secreto del que no hay vuelta atrás.

J.M.G. Le Clézio nació en Niza en 1940, y en 1948 se trasladó con su familia a Nigeria. Mauricio, Albuquerque, México, Bristol, Perpiñán y Austin se cuentan también entre sus lugares de residencia. Su prolífica obra incluye novelas, libros de viajes, libros para niños y ensayos, además de una célebre traducción al francés del *Chilam Balam*. Ha sido galardonado con los premios Larbaud, Grand Prix Paul Morand, Jean Giono, Príncipe de Monaco y Stig Dagermanpriset, además del Premio Nobel de Literatura, que le fue otorgado en 2008.